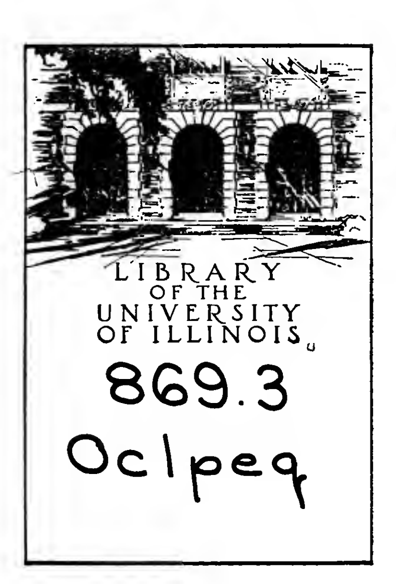


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

CARLOS MARIA OCANTOS

PEQUEÑAS MISERIAS



BUENOS AIRES
1915

VOLUMEN 651

PEQUEÑAS MISERIAS

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

CARLOS MARIA OCANTOS

PEQUEÑAS MISERIAS



BUENOS AIRES
1915

Imp. de La Nación.—Buenos Aires

PEQUEÑAS MISERIAS

I

En la estación Central, feo armatoste de carpintería condenado a desaparecer por el Progreso y el Arte, dos ediles celosos si los hay, se agrupaban, codeaban y estrujaban los allegados y amigos de los novios, todos los que, en procesión lujosa de magníficos trenes, habíanles acompañado hasta la Merced, donde acababan de recibir la bendición nupcial Josecito Esquendo y Victoria Stuart, los dos seres felices que, asomados a una de las ventanillas del convoy próximo a partir, sonreían a todos y entre todos repartían apretones de manos, frases amables y flores de azahar. De los Esquendo, alguno faltaba, además del gran don Fabio; de la aristocracia, así la advenediza como la de abolengo, brillaban los principales nombres que avaloran el Gotha social bonaeren-

se, descollando entre las preciosas capotas y los sombreros de felpa la figura arrogante de la abuela, misia Justita González de Esquendo, la hermana política de aquella misia Sandalia, madre de los últimos Tejera, hermosa aún en su vejez soberbia, a pesar de los setenta y cinco ya cumplidos ; y a su lado el único Stuart, Ladislao, tan alto como ella, correcto y fino, a fuer de buen hijo de británico, el único que guardaba compostura en medio de tan grande guirigay, contentándose con mirar a la hermanita de manera paternal, mientras la enguantada mano retorcía las luengas guías del bigote rubio.

En torno de ambos, por asaltar la ventanilla, se revolvían capotas y sombreros, amenazaban los abanicos y chispeaban los ojos y las joyas. El calor de noviembre, en toda la fuerza del mediodía, abría las fuentes del sudor, que a muchas bonitas caras despojaba de sus afeites, y obligaba a otros, los mártires de levita y chistera, a huir del enjambre, y frente al río, cerca de las obras comenzadas del gran puerto, olfatear ansiosos mezquina ráfaga de aire.

Sonó la campana y arreció el tumulto ; Victoria, algo pálida, seguía sonriendo y repartiendo los capullos de su ramillete de desposada ; Josecito se inclinaba a un lado y otro, saludaba con las manos y la cabeza, sin saber a quién

atender, mareado, a veces, en su desconfianza de sordo, mirando de hito en hito y no recobrando el aplomo sino cuando los ojos de la abuela Justa le calmaban. Sonó nuevamente la campana, en seguida un horrible pitido y el convoy arrancó de pronto ; los brazos eleváronse por última vez... Ni Victoria ni Josecito se apartaron de la ventanilla, agitando los pañuelos ; no se apartaron hasta que la distancia confundió a Ladislao y a misia Justa en el numeroso y pintoresco grupo del andén.

Entonces, más pálida, Victoria se sentó y se cubrió los ojos para ocultar que lloraba. Como no iban solos en el vagón y el viaje de tres horas refrenaba impaciencias, Josecito se estuvo quieto en su rincón. Su sordera le impedía hablar ante testigos y no habló palabra. Miraba y admiraba a su mujer con estúpido enajenamiento : el lindo talle que modelaba elegante vestido gris, la cabecita rubia defendida por el sombrerín de paja encantador, la oreja de rosa, la barba y los labios, todo lo que el pañolito de encajes dejaba ver, y como el perro satisfecho, gruñía, enseñando los feos dientes cariados. Ya era suya, ¡ suya ! aquella orgullosa Stuart que durante dos años le trajo maliciosamente al retortero, burlándole, humillándole y sumiéndole en el purgatorio de los pretendientes en desahucio, para entreabrirle luego las puertas del

cielo, sabia estrategia en que todas son maestras consumadas; suya, ¡suya! ¡oh! ¡Victoria cruel! ¡costosa victoria!

Gruñía, pensando en la llegada al Trigal, en la inefable soledad de la *estancia*, en los quince días que en *La Justa* le aguardaban... Porque, naturalmente, el tío Fabio se marcharía en seguida, y ni la abuela, ni la cuñada Melchora, con el arrapiezo de Pastorita, vendrían a molestarles. ¡No faltaría más!

Como entrara el sol con desvergüenza a besar en la nuca a Victoria, Josecito, celoso, se levantó y lo echó fuera, bajando la cortinilla. Ella no apartaba el pañuelo, por evitar también la curiosidad de los vecinos. Pero, secas ya las lágrimas, al través de una abertura hecha adrede, disimuladamente la joven observaba a su marido: el cuerpecillo enclenque, el largo pescuezo de nuez enorme, los pelos ralos de la barba, la boca dentuda, los ojos muertos, la frente estrecha... Y como la primera vez, sentía el amargor de la repugnancia y el desdén. ¡Dios mío! ¡qué feo era! y ¡qué memo! ¡y sordo, sordo por añadidura! Un cuerpo y un alma incapaces de escuchar ni comprender nada, insensibles a todo lo que no fuera los fines de la animalidad. ¿Por qué cedió? sí, ¿por qué?

Entre el rumor de las ruedas, parecía contestar Ladislao a la pregunta desesperada :

—¡ Porque es rico, riquísimo ! ¿Qué importa que sea tonto y que sea feo? Hay que mirar el matrimonio como una operación comercial : así lo han impuesto las costumbres, las exigencias del lujo, las necesidades sociales, solemne vulgaridad ésta, en fuerza de ser repetida y practicada, pero que es preciso tener siempre presente. ¡ Un Esquendo ! aunque fuera jorobado y cojo, y anduviera en cuatro patas. Piensa en el palacio que te espera, en los coches, en los trajes. Cuando él se acerque a ti, cierra los ojos, e imagina que es el galán más apuesto del mundo. Debemos hacernos servir por la imaginación y no ser esclavos de ella. Todo consiste en la educación de la voluntad. No olvides que nuestro padre, el que aun llaman el misterioso míster John Stuart, descendiente de noble familia escocesa, semilla regia, tal vez, que las vicisitudes aventaron hacia estas playas, aunque casó muy bien con la heredera de los Solaños, parienta lejana de estos Esquendo millonarios, quedó arruinado, y que los últimos años de nuestra pobre madre fueron angustiosísimos ; piensa que en esta *Barraca* para la venta de cueros y lanas que la necesidad obligó a poner a orillas del Riachuelo a nuestro padre, paso yo la pena negra por darte a ti el regalo que mereces y sos-

tenernos en el pie a que estuvimos acostumbrados... Cierra los ojos, Victoria de mi alma, ciérralos, repito, y con el oro de tu marido cómprale las gracias, perfecciones y donaires que le faltan. ¡ Es sordo ! ¡ Ojalá fuera ciego también ! Así estaría completo. Hay que ser prácticos, Victoria, que de ingleses descendemos...

Ladislao tenía razón. Pero hay razones amargas como el acíbar, muy difíciles de tragar. Mirándole por la abertura del pañolito, Victoria aquilataba las dificultades inmensas para hacer de su marido otro hombre distinto, ni con todo el oro del mundo, así pusiera en la empresa, además, toda su voluntad y sus mejores intenciones.

Y a la voz fraternal, con el pensamiento, respondía de esta manera :

—Te empeñé mi palabra y la he cumplido. Ya me has oído en la iglesia decir que sí, que le aceptaba por mi señor y marido, a este hombre tan feo, tan feo, Ladislao, a quien no podré yo querer jamás. He dicho que sí, pensando en eso mismo, en el fausto y en el favor que te presto, a ti que has sido el padre de esta huérfana. Pero, me sacrifico, Ladislao ; créeme que hago un horrible sacrificio, tan horrible que no sé si podré soportarlo hasta el fin ; no sé si, aun atada de pies y manos en poder de la señora abuela, que dicen es de *navaja en la liga*,

no me sublevo y recobro mi independencia... ¡ Ay ! ¡ cuando te enfadaste conmigo porque no cedía a tus consejos y a tus exigencias, poniéndote furioso por la primera vez con esta tu hermanita que tan sumisa fué siempre y cariñosa, te dije que no atribuyeras mi negativa a otros amores ; lo repito ahora que este tren me lleva corriendo al precipicio, como si me llevaran los mismos demonios : por aquí no ha pasado un alma, Ladislao ! Yo no quiero a nadie más que a ti. Y aunque te burles, te confesaré que no cambio yo ahora los esplendores que me aguardan y me han cegado, por la vida modestísima e independiente de la Barraca. ¡ Ay ! ¡ pobre cuartito mío azul ! ¡ mis pájaros, mis macetas, mis libros, mis alegrías de soltera ! Las lágrimas acaban de borrar de mi vista su odiosa cara de animalucho. No sabe más que enseñar los colmillos... ¡ Ay ! ¡ Ladislao, estoy arrepentida, muy arrepentida ! Ayer, mareada con los regalos, las felicitaciones, las crónicas anunciadas, la perspectiva deslumbrante de la ceremonia nupcial, te manifesté mi contento ; pues bien, ahora, sola con él, frente a frente, como en nuestra sala, en sus visitas de novio, le veo tan cerca y me siento ya suya, me contradigo, me sublevo, libre de tu sugestión malhadada y de los vapores del incienso, recobro la conciencia y comprendo ¡ ay ! Ladislao de mi al-

ma, que estoy arrepentida... ¡ Dios mío ! ¡ ¡ Dios mío ! !

Bruscamente se detuvo el tren, y con grosero envión se arrastró de nuevo pasando majestuoso ante los muelles y los galpones repletos de mercancías, junto a la ría cuajada de mástiles, entre el movimiento colosal de factoría que en este extremo característico de la gran ciudad suspende y asombra ; cerca del puente de Barracas, Victoria se descubrió los ojos para echar una mirada tristísima a sus balcones : ahí estaba, cara al Riachuelo, pintada de color de café la antigua *Barraca de Stuart;* en ella quedaba su alma entera, vagando de la alcoba azul a la salita, donde el padre y la madre en sus cuadros dorados se sonreían uno al otro, él, míster John, con su porte nobilísimo, la levita ceñida, el chaleco floreado, la gruesa cadena, el cuello alto y su hermosa cara de rosa recién abierta ; ella, misia María Josefa, de miriñaque, manteleta y cocas de azabache, resplandeciendo todas las virtudes en sus ojazos de criolla agraciada... Y de la salita al despacho de Ladislao, y de aquí a la terraza y por la escalerilla exterior a la azotea donde en las tardes de verano se entretenía, ya espiando con los gemelos marinos la llegada de los buques de ultramar, ya contemplando la carga y descarga en los muelles. ¡ Vida dulcísima ! ¡ Melancólicas

añoranzas! ¡ Ay ! ¡ Sus pájaros, sus macetas y sus libros, la grata compañía de su danés plateado, el hermoso *Boy*, y de la fiel doña Mónica, la criada vieja, servidora que fué de su madre, nacida en la casa misma de los Solaños y apegada perpetuamente a la familia !

Abrumada por los recuerdos, sollozó detrás del pañolito ; y se rehizo, de súbito, descubriendo otra vez los magníficos ojos zarcos y fijándolos serenos en su marido, que le preguntaba inquieto : «¿Qué tienes...?» con baboso cariño. Ella se quejó del calor y del polvo espeso que resecaba la garganta ; y Josecito, adivinando lo que se le decía, rezongaba :

—¡ Naturalmente ! si el tren parece una carreta... ¡ Viaje más aburrido ! deja que lleguemos al Trigal. Desde el Trigal a *La Justa* hay sus cinco leguas largas, pero como iremos en el *break*...

En la estación la locomotora descansó buen rato, y el joven pataleaba como si quisiera meter espuelas a la perezosa cabalgadura. Habían bajado un sacerdote y un vascongado de ricos arreos que con ellos venían, pero no quedaron solos, porque era el coche de estos salones a la americana y estaba lleno de diputados y empleados de La Plata, que hablaban todos juntos y discutían. El ir y venir de tanta gente en el andén distrajo a Victoria ; pero cuando se pu-

so en marcha el convoy con rechinamiento de ejes y sacudidas epilépticas, y suelto el freno, echó a correr por las verdes llanuras del Sur, sintió espantosa angustia porque cada tranco del monstruo era un paso hacia el abismo, y la llegada al Trigal, la intimidad del carruaje, la soledad y el abandono de *La Justa* la alarmaron más que antes. Pegados los labios a su dulce confidente, el pañuelo de encajes, repitió la pavorosa pregunta :

—¿Por qué he cedido? ¡ Ay, Dios mío !...

Y Josecito, entretanto, se esponjaba en su rincón, satisfecho. Su pensamiento, de corto vuelo, rasando iba sobre estas cosas vulgares :

—La pobre está que no sabe lo que le pasa de alegría, de emoción o de impaciencia. Ya llegaremos, mujercita mía... No sé si será bueno que tome yo un baño en llegando, porque con el calor y el polvo... A veces me parece indiferente : tiene ese aire pretencioso de quien le ha hecho a uno un gran favor. Pues no, señorita de Stuart, que quien hace aquí el favor soy yo, por más reina y emperatriz que usted se crea. Al fin y al cabo, con *mi plata* podía yo tener todas las que quisiera. Usted se hizo de rogar, o lo fingió, y esto me irritó, agravó mi capricho. Abuelita Justa, temiendo sin duda que fuera a cometer una barbaridad como la de mi hermano Jacobo, que se casó con la sir-

vienta, aquella vascongada tan bonita, arrastrando el apellido de Esquendo por los suelos... Pues, temiendo de mí cosa parecida, no se opuso, aunque se hizo de rogar también, pues quería algo de mayor substancia pecuniaria: conque ya ve usted, orgullosa señorita Victoria... ¡Qué linda es! ¡Qué formas! ¡Qué seno! La mano es tan chiquitita que parece la de un ratón... Mía, toda mía, desde la punta del pie hasta el último cabello... ¡Cómo tardamos en llegar, y lo que aun falta!... No, tendré que bañarme, porque con este calor... En el *neceser* traigo buen acopio de perfumería... ¿Habré olvidado?

Cogió una maleta de la red y la registró, luego todas, las cuatro de roja piel y cantos de níquel; también los portamantas y un saquito de mano. Se volvía a la joven disculpándose:

—Creía que se me había olvidado algo... pero, no. Aquí está. Como *La Justa* es poco menos que un desierto... ¿Quieres el agua de Colonia o tu frasco de sales?

Victoria pidió el frasco, y con languidez levantó el tapón de esmalte orlado de brillantes. Josecito gruñó alegremente:

—Este fué mi primer regalo, ¿te acuerdas? El día de Santa Victoria, el 23 de diciembre... Permíteme que me acerque: me sentaré a tu lado, puesto que el cura ya no está y aquellos

viajeros se han cansado de espiarnos. Unos novios siempre llaman la atención, aunque nosotros, por lo formales, no lo parecemos. Tú estás como si volvieras de un entierro o te llevaran a la cárcel. Quítate ese pañuelo de la cara, déjame que te vea...

Resignóse la joven a privarse del antifaz que encubría sus dolorosas sensaciones, y sonrió a Josecito haciéndole un hueco a su lado, previniéndole sólo con el gesto, pues no entendía él de palabras, que debía guardar compostura. El prometió que sí, que la guardaría, pero acercábase tanto, que sus calientes resoplidos molestaban a Victoria y el machacar de sus sandios alardes de riqueza, mostrando, por la opuesta ventanilla, los innumerables ganados que filosóficamente pastaban a lo largo de la vía :

—¡ Pues tenemos nosotros más en *La Justa!* Vacas, así, como moscas, y ovejas, así, como mosquitos. De las *caballadas* hemos perdido la cuenta. ¿Y la granja para la fabricación de quesos y mantecas? ¿Y las cien incubadoras con sus miles de pollos? Las faenas agrícolas todas, todas, se hacen a máquina, según los sistemas más perfeccionados. Ya verás, ya verás. La capilla de Santa Justa es gótica, y parece un relicario de oro ; en el órgano, traído de París, toca Melchora los domingos divinamente, y cuando hay fiesta mayor viene a predicar un

dominico de Buenos Aires. La escuela es grandísima : entre chicas y muchachos suman unos setenta... Te digo que es un condado *La Justa*. En todo observarás la mano inteligente de mi tío Fabio, que ha consagrado a la *estancia* sus ocios de solterón, y en ella vive casi el año entero ; ya le conoces, mitad gaucho y mitad señor, un hombre fornido, alegre y bondadoso. La transformación del establecimiento se la debemos a él exclusivamente : mi padre murió muy joven ; mi hermano mayor, Alberto, el marido de Melchora, el más apto y quien ayudaba al tío, se desbarrancó en un rodeo hará siete años ; mi hermano segundo, Jacobo, tomó mal camino y ni le vemos ni le oímos, y yo, francamente, no sirvo... A mí que me den una yunta y la guío con más seguridad y elegancia que el mejor cochero de oficio. No sirvo para otra cosa.

Después de esta sincera confesión, se achicaba con la humildad del convencimiento de la propia insignificancia, y repetía :—No, no sirvo...—palmeándose las puntiagudas rótulas.

Por más que quisiera Victoria huir de su pegajosa vecindad no podía, porque el ardiente resoplar seguíala en todos sus movimientos, insinuándola amorosas soserías, despertando el recuerdo de sus relaciones, desde la primera mirada en Palermo hasta la primera visita en Ba-

rracas, bajo la vigilancia de doña Mónica, y todas las vicisitudes, sus desdenes, vacilaciones y rigores hasta confirmar el sí solemnemente en la Merced, poco antes, a la faz de Dios y del concurso más aristocrático que pudo reunirse jamás.

—¡ Estabas más bonita ! Nunca me has parecido tanto como con el velo y los azahares. Ahora también me lo pareces... Si soy tu maridito, ¿por qué huyes? No nos ven, te digo que no. Mira, hazte cuenta que soy tu perro, tu *Boy*...

—Cuantos argumentos forjo para convencerme de que no es tal como es, sino como la imaginación quiere fingirlo—susurraba allá adentro el pensamiento de la casadita—se desmoronan apenas le veo o le oigo. ¡ Inútil porfía ! Diga lo que quiera Ladislao, sacrificada he sido, y como la oveja más mansa de *La Justa* me he dejado yo sacrificar. No he pensado bien lo que he hecho. ¿Por qué no lo he pensado bien? ¡ Que tenía que soportarlo, no un día ni dos, sino la vida entera ! Vergüenza me da confesar que me ha comprado su fortuna... Y aunque no lo confesara, ¿quién, viéndole a él, dirá otra cosa? Anoche mismo he sentido ímpetus de retirar mi palabra, y a Mónica se lo conté hoy al prenderme el velo. La pobre Mónica lloró :— ¡ Pero si estás arrepentida, aun es tiempo ; las cosas que se hacen por puro interés, no salen

bien! ¡Aun es tiempo, niña!—No, ya no era tiempo, ¿qué hubiera dicho la sociedad? ¿Qué Ladislao? Ladislao, que en este matrimonio tiene puestas todas sus esperanzas... ¡Horrible sacrificio! Y cuanto más cerca le siento, más asco me inspira. Y yo no quiero, *no quiero*, que mi marido me inspire... eso; haré de tripas corazón, cumpliré mi deber, porque es preciso que yo cumpla mi deber y mis juramentos... ¡Ay, Dios mío! ¿Es el Trigal?

No era el Trigal, sino una de las tantas estaciones de la línea, y allí holgazaneó a su gusto la locomotora, engullendo carbón, refrescándose y haciendo ejercicios sobre la vía con grande furia de Josecito, que hubiera deseado poder castigarla y llevarla hasta el Trigal a trallazos como a sus caballos. Iba de una ventanilla a la otra, echaba la cabeza fuera para preguntar o protestar, y se impacientaba más, volvía a su asiento con ridículos ademanes:

—¡Pues no salimos todavía! ¡A que pasamos la noche aquí! Vaya si tendría gracia...

Al fin salieron, y se calmó entonces, y se distrajo con el vocear de los señores diputados. Poco a poco el pesado calor aplanaba los espíritus y desmadejaba los cuerpos el zangoloteo; reclinábanse sobre el duro respaldo las cabezas, buscando ficticio reposo; secas las lenguas, callaban o se movían a desgana; las narices, ob-

turadas por el polvo, aspiraban sedientas de aire... Victoria, presa de intolerable vahído, se abandonó con resignación a aquella fuerza que a todo correr, por la pampa infinita, endriago que en sus brazos la arrebatara, la conducía a *La Justa* sin remedio posible. Escuchaba, de vez en cuando, gritos de aves en la campiña dormida, de lechuzas, de torcaces y de *teros*, y se le figuraban alertas, gemidos o anuncios agoreros de inmediatas desdichas. Ahora, en el silencio interior, el martilleo de las ruedas aumentaba y el balanceo del convoy, como larga sierpe que se descoyuntase.

Cuando en la estación siguiente bajaron en tropel los de La Plata, Josecito demostró su alegría de modo que la joven hubo de contenerlo poniendo los labios en la abertura de sus caídas orejas, porque los gestos no bastaron.

—¿Que tienes jaqueca?—dijo él con empacho,—bueno, pero esa no es razón, ¡soy tu marido y puedo besarte! Ya no hay testigos... Pero me estaré quieto, no te tocaré ni con la punta del dedo; me sentaré lejos, aquí, más lejos, si te parece. ¡Nadie creerá que somos recién casados! Te digo que si vas a seguir así se lo contaré a la abuela Justita. Yo no me he casado para esto...

Como animalejo que se mete dentro de su concha, herido o desconfiado, se arrinconó si-

lencioso y ya no se movió hasta llegar al Trigal, esperando que Victoria le llamase para desenojarle; pero Victoria no le llamó, ni pensó en ello siquiera. Él enfurruñado, pues, y ella preocupada, pasaron la media hora larga que para llegar aun faltaba, y con los primeros pitidos saltó Josecito, se asomó y palmoteó:

—Ya estamos. He visto al tío Fabio... También a Pardales, el Juez de paz... Hay mucha gente. Vengan acá esas maletas. Supongo que no bajarás con esa cara... No te quejarás de que te molesto. ¡Dichosa jaqueca!

Con palidez de muerta, Victoria se levantó maquinalmente, sin hablar, se echó sobre el rostro el velo de motitas, cogía los sacos de mano y los dejaba, con un atolondramiento próximo a la idiotez: empujada por Josecito salió a la plataforma y distinguió a sus pies un enjambre de cabezas que no conocía, brazos que se alargaban para recibirla y voces que saludaban: «¡Bienvenidos! ¿qué tal? muchas felicidades...» Un hombre de aventajada figura, de rico poncho listado y chambergo a la usanza gauchesca, de aire rudo pero con ciertos dejos señoriles, las barbas grises y crecidas como las de un capuchino, hendiendo la multitud se aproximó al coche, y alegremente, con graciosa presteza, arrebató a la muchacha y en medio del círculo respetuoso la dejó, exclamando:

—Señores, ésta es mi sobrina, tengo el honor de presentar a ustedes a mi sobrina, la más linda porteña que habrán conocido ustedes.

Aquel era el tío Fabio, el hijo mayor de misia Justa, pero estaba Victoria tan atontada que no acababa de reconocerle. Y don Fabio comenzó la serie de presentaciones :

—El señor don Celedonio Armero, capellán de *La Justa*... La señorita doña Clotilde Paces, maestra de la escuela de *La Justa*, maestra normal con diploma y muy distinguisa poetisa... don Zacarías Pardales, juez de paz del Trigal... Misia Petrona Pardales, la señora *jueza*, diremos, del partido... don Ignacio Churrigorría, cura de esta parroquia... el señor intendente, don Blas Herreros... don Alejo Pardales, estudiante simpático e hijo de su papá...

A todos saludaba Victoria muy gentilmente, a pesar de que todos se la figuraban sombras movibles y de los nombres no le quedara ni el eco en los oídos. Se cogió del brazo de don Fabio, y achuchada por unos y otros siguió a Josecito, que metía prisa con furibundas voces, llegando en revuelta procesión a la explanada donde esperaban un bonito *break* de campo lujosamente enganchado, la oronda volanta, un carretón para el equipaje y los caballos de aquellos señores ; abrasaba el sol, y a pesar de las amables insinuaciones de misia Petrona porque

pasaran a refrescar a su casa, les pareció mejor a los novios refugiarse en el *break* bajo la elegante toldilla, pues en llegando a *La Justa* sobrado tiempo habría de descansar, y como hasta *La Justa* mediaban unas cinco leguas y eran ya las tres de la tarde, no podían entretenerse sin que se expusieran a que les cogiese la noche en el camino. Allí mismo se despidieron, los apretones y besuqueos de sombras renováronse con mayor fatiga de Victoria e impaciencia de Josecito, y al fin acomodáronse éstos en el *break*, empuñando el joven las riendas, naturalmente, porque allí donde él estuviese holgaban cocheros, la señorita Clotilde y el capellán en la volanta, con los saquitos de mayor cuantía para su cuidado, con los baúles y mundos Regino, el criado, a la turca sobre el pértigo del carretón, y don Fabio a caballo sobre su *Lobuno* de buena alzada, que así él y el jinete imponían por la desmesurada grandeza. Y ¡ hala ! al trote vivo por la polvorienta, caldeada y malísima senda que pretendía honores de carretera.

Ni la hora ni el paisaje eran a propósito para recrear el ánimo y los ojos, que todo en contorno, en el amplio horizonte de la llanura, no percibieron más, a poco de salir del pueblo, que el amarillear de los *potreros* con tal cual ombú solitario. Iba don Fabio al estribo del ca-

rruaje, expuesta la hermosa cara al sol, que la había tostado de modo que parecía un morazo con sus luengas barbas; desenvuelto como un jovenzuelo, tomaba a veces la delantera, volvía al galope, se quedaba a la cola de la caravana, y al seguro golpear de los cascos del *Lobuno* reaparecía junto a Victoria, terciado el poncho, el ala del chambergo levantada, en toda su rudeza campesina. Su voz poderosa resonaba en la soledad de la llanura...

¿Qué tal la ceremonia? ¿qué tal? el tío Fabio deseando estaba conocer los detalles, como que muy a disgusto suyo no pudo asistir. ¿Quién les hubiera recibido entonces y quién preparado hubiera todo en *La Justa*, si el tío Fabio se marcha aquel día y deja el poncho por la levita? Preparado de la manera que él sólo era capaz, con la meticulosidad, con el notable instinto de organización que le distinguía; la mesa quedaba puesta, la merienda a punto, hasta un ramo de jazmines tenía cogido para su sobrina, pues recordaba que era el jazmín su flor favorita, y los balcones de la *Barraca de Stuart* ostentaban en verano soberbia colgadura de jazmines. Nada faltaba. Y además muchas otras cosas que ya verían... sorpresas, amables sorpresas que les aguardaban, cuyo mérito, si alguno se les reconocía, en justicia había de com-

partir con la señorita Clotilde y el señor don Celedonio. Conque, ¿qué tal? ¿qué tal?

El sordo, atento únicamente a sus caballos, no podía responder, y Victoria lo hizo con gusto, porque la franqueza y la afabilidad del bondadoso señorón la distraían de sus melancolías. ¡Qué regocijo! ¡qué risas produjeron los detalles de la atareada mañana! No, aquello no era para él, acostumbrado a la libertad pampeana: ¡levita, sombrero de copa, botas de charol, guantes y alfileres! mayor suplicio de cuantos se han inventado. Si el casarse, además de las durísimas trabas que supone, obliga al paciente a tales exigencias, bien hayan los solterones que hábilmente escaparon de las redes traidoras de Himeneo.

—Digo, los que como yo, por mi desgracia —agregó galantemente,—no han encontrado Victorias en su camino...

Rióse la muchacha y le preguntó si se quedaría en *La Justa*.

—¡Dios me libre!—contestó don Fabio enarbolando el rebenque con cabo de plata. — El amor es egoísta y la felicidad despierta la envidia. Yo, hija mía, viejo y todo, aun tengo sangre en las venas. Tan pronto como deje a ustedes instaladitos, me vuevo en mi *Lobuno* a tomar el tren de las nueve, y en ocho días no me ven ustedes la cara, no prolongando más mi

ausencia, porque los trabajos de la siega empiezan en diciembre... ¡ Quedarme ! ni a palos. ¡ Bueno se pondría también el señor sobrino ! ¡ él, que no ha aprendido a dominar sus impresiones ! Cuando en la estación me dispuse a venir de escolta, no se olvidó de torcer el hocico...

—No lo crea usted—dijo Victoria,—Josecito es un niño...

—¡ A quién se lo adviertes !—clamó el caballero.—Si yo le he sufrido como a sus hermanos... ¡ A falta de hijos !... ¡ Eh ! cuidado, José, que el puente no es muy de fiar...

Pasaron el puente de madera tendido sobre el reseco lecho de un arroyo, que, al decir de don Fabio, arrastraba en invierno tan grande caudal de aguas que apenas si podía vadearse, y ya por dos veces había destruído el paso y causado muchas fechorías en las tierras vecinas y en los ganados ; llamábanle del *Cura Magro*, porque un sacerdote de tal nombre, paisano del señor don Celedonio, o sea asturiano (si antes no se ha declarado el origen del digno capellán) y párroco que fué del Trigal, allí se ahogó una noche con el santo Viático : decían los gauchos que por sus orillas vagaba el ánima envuelta en la sotana negra así que obscurecía, y no cruzaban el puente sin persignarse. Este puente debía ser reemplazado por otro de hierro, pero como la política mete en todo la pata, el

proyecto empedernido estaba en manos del intendente Herreros, que tan sólo se ocupaba en cubileteos electorales.

En esto asomóse la señorita Clotilde, que era en verdad muy guapa (si antes no se ha dicho tampoco), y llamó a don Fabio; fué don Fabio, y sin refrenar el trotecito que llevaba, junto a la portezuela habló misteriosamente un rato con los de la volanta acerca de sabe Dios qué pícara intriga que entre los tres tenían amasada. Cuando volvió el caballero al estribo del *break*, Victoria, ensimismada, inclinaba la cabecita rubia al peso de la fatiga y de sus pensamientos... Bajaban una pendiente y Josecito azuzó a los caballos; ya se distinguían, a lo lejos, los primeros cercos de alambre, majadas, reses vagabundas, el tejado de algún rancho y en el último confín el oleaje de los trigos, un mar de oro derretido que limitaba la redondez del horizonte.

Y dijo don Fabio, señalando con el cabo del rebenque:

—¿Ves allá, allá, aquella tranquera?; pues ese es el término de *La Justa:* desde ahí hasta la casa tenemos más de una hora todavía; es decir, que antes de las seis no habremos llegado. Aquel rancho es la *pulpería* de Donato, el piamontés: no nos dejará pasar sin ofrecernos un vasito de caña y de ginebra... Su mujer es

criolla y tiene dos hijas muy monas. ¡Buena gente toda; buena! ¡Qué tierra, Victoria! ¡qué aire! ¿no se te ensancha el alma?

Orgulloso, recreándose en la obra maravillosa de su constancia y de su esfuerzo, abrazaba de una sola ojeada los campos cultivados y fecundos que surgían en el fondo del camino, y tendía la diestra:

—¡Todo lo he hecho yo! ¡yo solo! quince años atrás ésto era un *potrero* inmenso. Espera, ya verás...

Aun tardaron media hora en arribar a los dominios de *La Justa*; en la *pulpería* de Donato estaban, debajo del fresco emparrado, la criolla con sus dos chicas, muy agraciadas morenas, en efecto, pero no todo lo limpias que debe parecer la hermosura, de falda de percal y pañuelos de seda al cuello, sueltas las recias trenzas negras y desnudo el pie: a sus voces de alegre bienvenida, acudieron el gordo piamontés y cuatro paisanotes que jugaban a las bochas, pretendiendo todos que bajaran los señores y catasen un trago de la mejor ginebra del partido, o un mate que la más lista de las mozas prepararía en un decir amén; pero Josecito no quiso admitirlo ni dar respiro a los caballos, y dejó a todos con los obsequios en la boca y los sombreros en la mano, arreando el equipaje a riesgo de descalabrarlo.

Mientras él porfiaba con Donato y sus amables huéspedes, hizo don Fabio que la volanta se pusiera a la cabeza de la caravana, sin duda a fin de facilitar la ejecución del plan que concertado había con sus cómplices, y así no fué escasa la rabia de Josecito cuando vió el armatoste que le cortaba la carrera; mandó que se quitara, pero no hubo medio, pues más apresuraba él, más corría la volanta, y tanto, que desapareció en una hondonada y entre los árboles, que adelantábanse a pregonar los cuidados del plantío, se perdió luego, provocando espesa polvareda. A todo esto se internaron en el bosque, y la algarabía de los loros, que de rama a rama charlaban como si fueran personas, les aturdió y distrajo alegremente; dijo don Fabio que eran aquellos los discursos que el alado congreso dedicaba a la nueva y hermosa castellana, y fueron tales y tan elocuentes, que Victoria se tapó los oídos, demostración que antes que imponer o cerrar el pico a los parlanchines, los alborotó más, sin duda escandalizados del ruido del carruaje.

Ya podía respirarse, y en la frescura de la arboleda los asoleados y molidos viajeros (excepción hecha de don Fabio, que era el más famoso centauro del contorno), hallaron lenitivo a sus fatigas y anticipo deleitoso del descanso apetecido. No daba paz al látigo el auriga

y a poco salieron del bosque y entraron en la inmensa zona de cultivo, cruzando campos de alfalfa y de maíz, tan extensos que inundaba el verdor todo el paisaje ; luego praderas, donde *las moscas y los mosquitos* anunciados por José pululaban, en efecto, y no había quien los contara ; y verdes alfalfares, otra vez maizales que se perdían de vista, y más allá, más allá, tapices de lino y de centeno, y al cabo el trigo, el dorado mar sin límites, derroche de fecundidad, riqueza desbordada de la madre tierra, que sonreía orgullosa. Don Fabio, erguido, como un dios a cuyo poder estuvieran sometidos los gérmenes todos, tendía de nuevo la soberbia diestra.

—Yo solo, ¡ solo ! ¡ Tierra de bendición !... ¿Qué vale tu gran ciudad, Victoria, al lado de este templo de la Abundancia, donde la vida brota lozana por todas partes?

Aunque no quisiera Josecito, hubieron de detenerse en el primer *puesto* que al paso se encontraron, y era el de *ño* Camilo, un gaucho de melena gris que esperándoles estaba a la puerta del rancho ; pero apenas diez minutos de descanso se concedió a los sudorosos caballos, y de nuevo el látigo les cosquilleaba en las orejas, sumergiéndose entre los trigales, donde anduvieron sin parar y sin que pareciera el término del viaje ni del sendero... Al cabo divisáronse

las torrecillas de *La Justa;* con chasquidos y trallazos por la calle de altos eucaliptus emprendió carrera Josecito, y galopando gallardamente, siempre junto al estribo don Fabio; del carretón de Regino no se tenían noticias, ni se preocupó nadie en pedirlas.

Rápidamente desfilaron, pues, coche y caballero ante una serie de blanqueados galpones, que eran otros tantos depósitos de lanas y cueros secos, y cuyo hedor característico salía por las puertas abiertas, las que exponían la pródiga riqueza almacenada, de fardos y de pieles; otros más eran graneros, repletos como para alimentar un ejército, y en otro amplísimo se guardaban las máquinas de labranza, de arar, sembrar, segar, trillar, desgranar: la actividad multiplicadora puesta al servicio de un solo brazo. Aparecieron luego, del siniestro lado, edificios que, por lo rústicos y de agradable vista, parecían de alquería holandesa, muy pintaditos de rojo, cuyo destino lo proclamaban el mugir de las muchas vacas que en los limpios establos ofrecían las ubres generosas y el batido de cremas que alegremente se escuchaba, entre el pasar y repasar ante las ventanas de chicas no tan bonitas e ideales como lo soñaría el romanticismo, pues eran campesinas negruzcas y cerdosas, pero todo lo pulcras que el arte de la mantequería exige; del lado derecho, sobre el

hermoso tapiz de un jardín, surgió, a la vuelta de un recodo, el elegante pabellón bajo el cual la señorita Clotilde enseñaba lo que no sabían a los hijos de los *puesteros* de la finca y a cuantos niños, por la distancia u otros inconvenientes, no podían asistir a las escuelas del Trigal, y de pronto, en el fondo, rasgó el espacio la aguja de la capillita gótica, cuya campana empezó en seguida a voltear, anunciando feliz y extraordinario suceso.

Declinaba el sol, y en el parque cantaban zorzales y calandrias. Al son de esta marcha triunfal, pues, llegaron coche y caballero a la plazoleta de naranjos que precedía la entrada de la casa, y la vieron ocupada por un batallón de chiquillos, las hembras de un lado y los varones del otro, cepillados todos y apañaditos como en día de fiesta, presididas las niñas por la señorita Clotilde y por don Celedonio los niños; a una señal del capellán, rompieron a berrear todos un himno o epitalamio que, según se supo después, era parto de la musa de la maestra ; al mismo tiempo, dos rapazas de las mayorcitas, adelantáronse y presentaron a Victoria ramilletes de jazmines, mientras el eco repetía el estribillo de los desaforados cantores :

—*Salve, señora, salve...*

Celebró mucho la joven la ocurrencia, y ayudada del radiante don Fabio, fué a besar a la

chiquillería y felicitar a los directores del coro, los cuales se deshicieron en corteses excusas por la falta de ensayos, sobre todo el don Celedonio, que era un viejecito miope y desdentado, cuya timidez le sacaba los colores para decir :

—He compuesto yo la música en dos días... Luego, tres días nada más de ensayos... Gracias que son todos muy listos, porque a listos no hay quien gane a sus paisanos de usted, señora : se lo aprenden todo como sorberse un huevo.

—¡Oh! eso sí—apoyó Clotilde parpadeando con afectación de bella inspirada,—no tengo ninguna cabeza dura en la clase, afortunadamente.

Entre dimes y diretes, Josecito había desaparecido; despidióse don Fabio, sin que valieran los ruegos que para retenerle la sobrina le hizo, escuchando ésta las siguientes expresivas palabras de adiós, que lo mismo eran advertencia que consejo :

—Sobre todo cuida de ganar la voluntad de mi madre. Mi madre es muy rara... Estúdiala y no la contraríes. Mucho tacto, sobrinita...

Marcháronse la maestra, el capellán y su cortejo de bulliciosos angelotes, y Victoria, guiada por una doncella respetuosamente, subió la escalinata de la casa suspirando, atravesó el recibimiento, la sala y el comedor, que la pare-

cieran muy ricamente decorados si no llevara los ojos cuajados de lágrimas otra vez ; volvió a subir por una escalerilla de caracol, y ya en el piso principal, al cabo de un pasillo, la doncella abrió una puerta :

—Aquí es, ¿desea la señora alguna cosa?

Victoria entró en la alcoba, tendida de azul y de color de rosa, colores alegres con que se visten las ilusiones, y derrochados en la pintura de amorcillos, que en ronda picaresca revoloteaban en las cortinas y en el techo. Imaginósele, sin embargo, todo negro, horrible calabozo en el que la recluían para siempre, y temerosa de que estallara su amargura, despidió a la criada, arrojó los jazmines sobre una consola y se apoyó en la ventana abierta... La tarde caía, serena ; en el parque el concierto de zorzales y calandrias, interrumpido por la campanita bullanguera, recomenzaba con mayor brío : enamorados aéreos que celebraban sus esponsales con envidia y regocijo de la naturaleza entera. Victoria lloró largo rato. En la heredad magnífica, en medio de las riquezas que don Fabio la señalaba durante el camino y suyas eran ya en virtud del eterno vínculo que a la casa de Esquendo la ligaba, se sintió más infeliz que la última muchacha de *La Justa.* No, no previó esto, cuando instigada empeñosamente por Ladislao, llegó a ambicionarlas...

Y llorando, apoyada en la ventana, casi a obscuras, la sorprendieron los pasos de Josecito en el pasillo, cuya presencia adivinó porque repercutieron en su corazón como golpes que se dieran en la puerta de una tumba.

Victoria cerró los ojos...

II

Inútil será que busquen ustedes en la nomenclatura de los partidos provinciales el del Trigal, a donde acabamos de llegar después de tanto molimiento, porque no le hallarían, como tampoco hallaron los de Ombú y Las Piedras, sitios imaginarios en los que pasaron curiosos sucesos ya referidos. ¡ Pues medrado andaría el autor si no cambiara nombres y supiera despistar a la maliciosa curiosidad, que entre líneas gusta de filtrarse para descubrir intenciones y levantar la careta de los personajes ! Conste, pues, que el Trigal existe realmente, si bien no sea éste el nombre oficial con que se le conoce, y es tal como se ha visto y se ha tratado de pintar con la ayuda del gran don Fabio Esquendo, el más ilustre de los *trigaleños*, y

acabará de pintarse cuando visitemos el pueblo, que será pronto, Dios mediante.

Obligados a respetar las expansiones de los novios, interésanos más, por ahora, averiguar quiénes eran estos Esquendo...

No todos ellos, especialmente los de la última hornada, aunque todos muy ricos, gozaron de la estima y limpia fama que don Fabio, lo cual daba a su figura mayor relieve. Pasa por verdadero que el hermano menor de don Fabio fué algo calaverón, y acaso el algo sea favor de la benevolencia ; lo cierto es que dió tan grandes disgustos a misia Justa, hoy con deudas, mañana con trapisondas y con escándalos todos los días, que, ocurrido el más ruidoso de su carrera, no sé qué escalos y adúlteros manejos en la casa de un trigaleño acomodado, le casaron a la fuerza ; y como estaba el hombre que se caía a pedazos de la mala vida, la arrastró penosamente, dejando horrible herencia a la esposa infeliz, que murió también a poco, hecha una lástima, y a sus tres hijos.

De éstos, el mayor, Alberto, prometía grandes cosas, aunque era de salud precaria, pero apenas casado con Melchora, su prima, se desnucó cayendo de un caballo ; el segundo, Jacobo, escarnio y vergüenza eterna de la familia, dió su nombre a una mujer de baja estofa, y llevaba en la sombra el grillete de su falta ;

el tercero, Josecito, era tonto y, según el fallo médico, propenso a la locura, cuyo estallido impediría la sabia higiene y un método severo.

Matrona de grandes alientos, misia Justa soportó el peso de tantas desdichas con valerosa firmeza. Viuda desde muy joven, había aprendido a vencer los obstáculos de la vida; porque misia Justita González poseía un carácter realmente varonil, altas dotes de masculinidad asombrosas en quien no podía ser tachada de marimacho, pues conservaba las gracias de su sexo, y ni gastaba barbas, ni voz gruesa, ni las brusquedades hombrunas que parece exigir el personaje; en suma: que siendo misia Justa hermosa dama de refinados modales, en lo externo, era hombre *por dentro*, un don Fabio con faldas, o más claro (si en esto hay confusión), un alma de varón embutida dentro del cuerpo de la hembra más guapa que, según la tradición, floreció jamás en los porteños jardines, alma que sentía y obraba como no acostumbran a hacerlo las que, por regla general, animan e inspiran a la belleza. De tal modo, que, navegante en porfiada lucha con las olas, enmedio de los disgustos, muertes, catástrofes y adversidades de todo linaje que afligieron en cincuenta años a la familia, mientras a sus fieros golpes caían vencidos los Esquendo unos tras otro, la abuela Justa permanecía erguida, insensible, al pare-

cer, como la misma piedra, sin una lágrima, estereotipada la sonrisilla de desdén que a su fisonomía de imagen, dentro del marco de plateados bucles, bajo la luz de sus ojos negros, dábale reflejos de singular estoicismo.

—Lo que tiene remedio, hay que remediarlo; cuando no lo tiene, ¿qué le hemos de hacer?—decía sencillamente explicando el fundamento de su filosofía.

Alguien la ha acusado de dureza de corazón. Es posible, pero a mí no me toca defenderla. La verdad es que en las trastadas y bellaquerías del segundón de sus nietos se mostró la señora tan implacable que no la conmovieron ruegos, llantos y humillaciones; Jacobo quedó desterrado para siempre de su presencia, y por no perecer de hambre tuvo que sostener largo pleito, porque la abuela, con argucias, le rehusaba lo que le correspondía de la fortuna de su padre.

No puede negarse que mucha parte de la grande obra de don Fabio en el Trigal se debía a misia Justa, al menos en la ayuda pecuniaria, sin la cual la idea práctica muere apenas nacida en la mente generadora. Siendo misia Justa un don Fabio al revés, pero un don Fabio sin corazón, don Fabio tenía por dentro y por fuera rasgos y parecidos de misia Justa notables, compenetrándose los espíritus de la madre y del hijo

como si formaran uno solo, y mostrando en lo físico tanta semejanza, que muchos decían de don Fabio que era misia Justa con entrañas.

Pecaríamos, pues, de menguada imparcialidad, si en la cuenta de misia Justa apuntáramos los defectos y errores que el público la enrostra con malevolencia notoria. Así en el caso desgraciado de Jacobo, como en cuantos sufrió o hubo de intervenir la familia, sea por el natural respeto de don Fabio y su bondadosa debilidad, o por el despotismo incontrastable de misia Justa, madre e hijo marcharon de acuerdo, con tan absoluta armonía, que la palabra del uno pasaba, con razón, por traducción fidelísima del pensamiento materno; y en la casa, lo mismo Melchora que el último criado, sabían que bastaba consultar a cualquiera de ellos para obedecer y agradar a los dos.

Lo que más preocupaba a misia Justa (y de consiguiente a don Fabio) era la sucesión de aquella inmensa fortuna de Esquendo. ¿Quién la tomaba en sus manos y se ponía al frente de la *estancia* el día que ambos faltaran? Porque a don Fabio fácilmente le reemplazaría ella misma, que le sobraban conocimientos y energía, y empresas mayores sentíase capaz de acometer y las acometió; pero a ella, ¿quién la reemplazaba? Solterón incorregible don Fabio, o por inclinación, o el apartamiento de la vida social

que de tentaciones le libraba, parecía excusado pensar que llegara a casarse bien corridos los cincuenta ; Alberto, el mayor de los nietos, dejó sólo una hembra, Pastorita, y las hembras, de no ser de la madera de misia Justa (y desgraciadamente Pastorita no salía a la abuela), no sirven para otra cosa que para enredarlo y descomponerlo todo, según la opinión de don Fabio ; en cuanto a Jacobo, ¡ alabado sea Dios !, no tenía hijos.

De esto hablaron mucho la madre y don Fabio, sin discutir, pues jamás discutían ; pero como los sucesores no se improvisan, dejaron que el tiempo resolviera el asunto, casando, por ejemplo, a Josecito. Los defectos de Josecito no se les figuraban obstáculos, ni como tales defectos debían tenerse en cuenta ; cuando él quisiera, y la que él quisiera mágicamente se entregaría a su albedrío, que por conquistarle todas las chicas casaderas se tirarían del moño.

Verdad tan grande ésta, que no pasó mucho tiempo sin que se comprobase, mediante el descubrimiento de las artimañas puestas en juego para atrapar al niño tonto, y que la malicia atribuía a los Stuart, de Barracas.

Misia Justa, gravemente, reflexionó y don Fabio también. Sus dos cerebros, trabajando de consuno, alumbraron esta misma idea : que si la Stuart era de buena familia no debía con-

trariarse a Josecito, pues si le contrariaban, caería en manos de una de igual calaña que la de Jacobo, o quizá peor. Y acordaron no contrariarle, aunque el instinto de la desconfianza escamó a misia Justa, desde luego, tocante a los interesados propósitos que la atracción del nieto suponía en los Stuart, y sobre estas dudas sopló vivamente la agria y maligna Melchora, alarmada por un proyecto que podía despojar a su hija de la herencia universal de los Esquendo. Naturalmente, ¿qué otro móvil que el interés más descarado guiaba a los Stuart?

La abuela Justa no se opuso, además, por el lejano parentesco de los Esquendo y los Solaños, la buena fama y la hermosura de Victoria, pero no abrió las puertas de su familia a la intrusa sin grande recelo y escaso aprecio, altiva y seca siempre, guardando sus energías para la ocasión oportuna.

En esta campaña desplegó el ambicioso Ladislao todos sus recursos de astucia, de paciencia, de serenidad y de cálculo. Aconsejaba, guiaba y empujaba a Victoria, consolábala en sus desmayos y fortalecía sus indecisiones; hasta sugeríale aquellos juegos de coquetería que la frialdad de la muchacha olvidaba, no ciertamente por ignorados. Preso en la red Josecito, en la Barraca de Stuart se emplearon cuantos medios y cábalas y artimañas permite la decen-

cia convencional que rige en las altas sociedades, para que de la red no se escapase, siendo de estos manejos Ladislao el alma y el director supremo, Victoria el instrumento dócil y resignado; pero cayó tan a gusto el preso, que no le sacaran a la fuerza, y si le sacan se mata o acaba de perder el seso.

¡ Válgame Dios, y qué trabajo costó casar a Josecito ! Tanto como criarle, vigilar su adolescencia tardía y meterle en la cabeza las cuatro reglas... Sus impaciencias llegaban al delirio, y las vacilaciones mal disimuladas de Victoria le enfurecían; y como entre una y otra familia había cavado la intriga hondo abismo de rencores y desconfianzas, el soldar de incidentes sólo la habilidad de Ladislao podía conseguir, habiéndose apresurado los preparativos de la ceremonia por temor de que todo quedara en agua de cerrajas.

Cuanto se diga, pues, de lo preocupada que el señalado día de la boda volvió misia Justa a su palacio de la calle de la Victoria, solar patrimonial de los Esquendo, parecerá inútil, y con ella Melchora, la avispada viudita de Alberto, eco e instrumento suyo, sometida incondicionalmente a su despotismo en beneficio de la niña Pastora, una chiquilla de ocho años, hermosísima, rubia y sanota, en quien los instintos varoniles de la abuela habían degenerado en per-

versa inclinación, y era más mala y traviesa ella sola que cien muchachos juntos.

Muy preocupada estaba, pues, misia Justa, contribuyendo, sin embargo, las noticias que de allá trajo don Fabio a calmar un poco su disgusto : instalada ya la pareja en el nido, la naturaleza y el tiempo, dos maestros de la vida, se encargarían de remarchar la unión. El que pasaran los primeros días sin que Josecito la solicitara, ni se acordase del santo de su abuela, fué para ella excelente augurio ; si bien, hablando con don Fabio y Melchora, propuso que, antes de acabar la semana, marcharan todos a la *estancia*, pues el mozo no era muy de fiar, y, por dares o tomares de la remilgadísima inglesa podía arder la casa, lo cual sería ahora de más grave trascendencia que en la temporada del noviazgo ; que, acostumbrado Josecito a someter sus acciones y pensamientos a la vigilante intervención suya, cuanto más cerca de él estuviera menos peligro habría de conflicto, y, por último, que dejarle solo más de ocho días exponíasele a que se nublara su luna de miel. Con una de estas razones bastaba para que don Fabio y Melchora se convencieran de la necesidad de marchar a *La Justa*, y aun con ninguna ; pero la tiránica señora no resolvía nada sin consultarlo antes... para hacer luego aquello que tenía acordado de antemano.

Y así se hizo, llegando a *La Justa* los cuatro una mañana, a tiempo que don Celedonio, terminada su misita, paseábase en la plazoleta de los naranjos muy campante. No se esperaba aquel día a los amos, y con tal motivo hubo su regular alboroto en la servidumbre, sin que, durante el largo rato que duró la atropellada recepción, por puerta ni ventana aparecieran los novios, ni por parte alguna. Llamó la señora abuela al capellán y le llevó a remolque hasta una glorieta próxima, donde estaban a salvo de la curiosidad y del sol, y con aquel acento napoleónico que empleaba para los subordinados a su dictadura, le preguntó :

—Dígame usted, padre, ¿a dónde han ido, que no se les ve?

—Pues... la señora Victoria está en la capilla y don Josecito en su *break*, como todas las mañanas. Me parece, me parece, que tomó la dirección del Trigal.

—Ella en la capilla... El de paseo... ¡ Padre, esto no me gusta, repito que no me gusta !

Se encogió el pobre hombre, como quien teme recibir un cogotazo, y se excusó humildemente de lo que no le cabía la menor culpa, «porque si él hubiera sabido...» «si la señora se lo hubiera mandado...»

—Pero, ¿quién le hace a usted cargos? Digo

que no me gusta, naturalmente. ¡A los ocho días de casados!

—Si la señora me lo permite—insinuó el tímido sacerdote...—desde el día siguiente de la boda viene sucediendo lo mismo.

—¡Lo mismo! Ella baja a la capilla, y él... ¡Padre Celedonio! Cuénteme usted y hábleme con franqueza, con sinceridad. La cosa no va con usted. No se ande usted, por lo tanto, con miedosos repulgos... ¡Parece mentira que lleve usted cuatro años en la casa!

—Es que la señora... en verdad, me intimida un poco.

—Bueno. Hable usted. ¿Qué ha observado usted? ¡Padre, que me pone usted nerviosa!

Poca cosa pudo arrancarse por este medio al pusilánime señor, que, puesto a balbucear, no dió pie con bola: desde el día que llegaron, no se había visto juntos a los novios sino a la hora de la comida, y eso, según los informes de Blasa, la sirvienta, sentados sin hablar. La señora Victoria se levantaba muy tempranito, y lo primero que hacía era meterse en la capilla; luego repartía su tiempo entre la lechería, donde gustaba mucho de ayudar a las mozas, y la escuela, con la señorita Clotilde, enseñando el inglés a los chicos y ejerciendo de pasanta a satisfacción general... Todo esto lo adivinó misia Justa, traduciendo al estropajoso capellán;

y aumentó su disgusto, porque preveía desavenencias precoces en los recién casados, iniciales de perturbaciones futuras.

La niña Pastora llamó a voces a la abuela, y ésta y don Celedonio volvieron a la plazoleta en el propio momento que Victoria salía de la capilla, llevando colgada del brazo a la chicuela: estaban allí también Melchora y don Fabio, de palique con la Blasa, sin duda a la pesca de los mismos informes que sonsacar quería al capellán misia Justa; y a todos pareció la novia una animada figura de las góticas del pórtico, tan amarilla y triste que ni las monadas de Pastorita, ni el saludo familiar de sus parientes adornaron sus labios de una sonrisa. Dejóse besar fríamente por las damas, tendió la mano a don Fabio y se encaminó a la casa rodeada de todos, dejando a todos en el pasillo para encerrarse en su alcoba...

No había menester de más para que la abuela se escamara y se apercibiese a disparar sus rayos olímpicos. ¿Qué pasaba? Y fuera lo que fuese, ¿qué se figuraba la pobretona, la *guaranga*, la *orillera* de Barracas? Sin quitarse los guantes, ni la capota, ni el polvo del camino siquiera, reunió en seguida a sus hijos en consejo, cerrada la puerta del magnífico *hall*, que ahora se dice, o sea la desahogada antecámara sobre el jardín que servía ya de fumadero, o de

agradable pretexto de tertulia. ¿Qué decía de esto Melchora? ¿Qué pensaba don Fabio? Erguida junto a la vidriera, el coraje la hacía estremecer. Los consultados callaban. Melchora daba a entender su pensamiento con visajes y moviendo de hombro a hombro la cabeza morena y vivaracha; don Fabio fruncía el gesto, repitiendo:

—No sé... no sé...

Analizados los informes recogidos por unos y otros, coincidían tan asombrosamente en lo esencial, que apenas se dudó que la discordia había estallado el día mismo de la boda; ¿por qué motivo? ¿Tan grave era éste que en los días siguientes no pudo ser remediado? ¿o el carácter de la Stuart era de tal naturaleza que no se doblegaba a la razón, ni a las conveniencias, ni al impulso del afecto de su marido?

—Ya me lo sospechaba...—dijo Melchora con aires de profetisa.

—Pues a esa—prorrumpió misia Justa desbordándose,—la domaré yo con mis propias manos y la pondré más mansa que una oveja. ¡Conmigo no va a jugar! Y tampoco le permitiré que se burle de mi pobre nieto...

Como, al cabo, la discusión estaba fundada sobre conjeturas, creyeron lo mejor esperar las explicaciones de Josecito, las cuales se encargó la abuela de conseguir, pues a su influencia

todopoderosa el joven se entregaría en seguida. Y apenas regresó de su excursión, antes del almuerzo, en el mismo *hall*, sola con él misia Justa, le interrogó por el método que acostumbraba cuando no quería que la oyeran y era el siguiente: cogía un papel en blanco, o más bien la pizarra que servía para los ejercicios escolares de Pastorita, y con un lápiz escribía las preguntas, las observaciones o los consejos que daba a leer al sordo, el cual debía responder lo más bajo posible; de esta manera la conferencia sería pesada, pero quedaba secreta.

Se armó, pues, del lápiz la señora abuela, y sin hacer caso del asombro y disgusto del mozo, francamente expresados, por su intempestiva llegada, escribió con resolución, letra clarísima y firme pulso, estas preguntas:

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué andas tú por un lado y Victoria por otro? ¿Por qué nos ha recibido ella con tan mala cara?

Metió por los ojos del nieto el papelote, y esperó la respuesta con nerviosa impaciencia; pero Josecito, aunque leyó de corrido el cartel, no contestó palabra; gruñó e hizo ademán de marcharse incomodado, lo que no había osado jamás, lo que significaba el mayor atrevimiento contra la abuela, el primero de su vida. Ella insistió, añadiendo una pregunta más y esta amenaza:

—Si no me lo dices, te obligaré. ¡ Ya me conoces !

Y el sordo, como si no supiese leer. Al cabo, de un zarpazo puso fin al interrogatorio, rasgando el papel y con rabiosas lágrimas diciendo :

—Déjeme usted en paz... No hay nada... Lo que hay es que ella no me quiere... Y si no me quería, ¿por qué se ha casado conmigo?... ¡ Yo no me he casado para esto !... Y ahora vienen ustedes a meterse... Lo van a empeorar... ¡ Ay, abuela, abuela !...

Echado en un diván de aquellos, Josecito lloraba como un niño, y desconcertada misia Justa esgrimía el lápiz inútil, dudando si castigar con él al nieto o proseguir el juicio en otra forma que de tan obscuro suceso le diera la clave. Sonó, en esto, la campana del almuerzo, y esclava de la disciplina por ella impuesta, la señora hubo de decidirse a interrumpir la tarea interesante de las averiguaciones ; y Josecito delante y ella detrás, ceñuda y de mal humor, salieron del *hall* para entrar en el comedor...

En el cual, rodeando la bien vestida y espléndida mesa, esperaban sentados Melchora, don Fabio, Pastorita, el señor capellán y Clotilde, que comían con la familia ; sentóse a la cabecera misia Justa, luego de cambiar con los hijos una expresiva mirada ; se deslizó en su

asiento Josecito, y el criado iba a presentar el primer servicio, cuando la abuela le detuvo:

—¡Falta la señora Victoria! Son las once, sin embargo. ¿No sabe la señora Victoria que es la hora del almuerzo?

—La señora Victoria ha mandado aviso con Blasa que la dispensaran si no bajaba hoy al comedor—respondió el criado respetuoso.

—¿Está enferma?—dijo misia Justa temblando de cólera.

Nadie contestó. El mismo don Fabio, muy contrariado, desmenuzaba su pan, por hacer algo. La maestra indicó temerosa:

—Esta mañana la oí quejarse de la cabeza...

—Pastorita—ordenó misia Justa,—anda, hija mía, y dile a tu tía que la esperamos... Dile, ¿oyes?, ¡que *yo* la espero!

Salió escapada la niña Pastora, como un torbellino, y mientras ella desempeñaba la difícil comisión, ninguno de los comensales habló ni se movió, oprimidos los pechos por el disgusto; don Fabio hacía pirámides de pelotillas, Clotilde y Melchora miraban sus platos, Josecito parecía un muñeco, el padre capellán se encogía, como si quisiera desaparecer debajo de la mesa... El criado, granadero que da la guardia, con la fuente en las manos, esperaba tras del sitial del ama, tan espetado como ella.

La vuelta de la mensajera se anunció por un terremoto en las escaleras y corredores, presentándose toda sofocada a comunicar que «la tía Victoria no podía bajar...» El concurso entero agachó la cabeza, como cuando se presiente el estallido del trueno.

—¡ Vuelve a decir a la tía Victoria que yo la mando bajar !—resonó la voz airada de la señora.

Repercutió la orden en toda la casa, y el efecto del trompetazo fué la aparición de la rebelde, que, con tímidas excusas, se sentó entre don Fabio y su marido. Todos respiraron. El criado sirvió.

Pero, como si algo les atragantara, ninguno pasaba bocado. En medio del silencio general repicaban los tenedores, y las desenfadadas mandíbulas de Pastorita, a quien no quitaban las preocupaciones el apetito voraz, mascaban con el estrépito de una piedra de molino ; en las copas caía el rojo chorro de líquido, que nadie cataba, y apenas se oía la repulsa de alguno ante un nuevo plato : «No, gracias...» Estaban en el tercer servicio, cuando volcó su vaso Pastorita, inundando el mantel, lo que provocó su despedida ignominiosa del comedor, con pellizcos y palmetazos que desataron una tormenta de gritos propia para envidiar el privilegio de Josecito.

Así terminó el fúnebre banquete; escurriéndose uno a uno los comensales, en el deseo de resarcirse del mal rato con tranquila siesta a que convidaba el pesado calor de mediodía, y ya Victoria, la última, se retiraba, cuando misia Justa, secamente, la llamó de esta manera:

—¡Victoria, ven; tenemos que hablar!

La joven obedeció, sumisa; dejóse llevar por la terrible abuela al *hall*, donde ya don Fabio, espatarrado, fumaba a sus anchas, y de donde le arrojaron en términos perentorios, y frente a frente las dos, la dictadora y la humilde reo, sentadas en el diván, empezó así misia Justa:

—Espero que lo que hoy ha sucedido sea la primera y la última vez que suceda. A las siete es el desayuno, a las once el almuerzo, a las tres la merienda, y la comida a las siete y media: nadie en la casa se atreve a faltar a este horario, a no ser por causa de enfermedad grave, y a nadie le tolero, ni aún a Fabio, que peina canas, la indisplicina o el desorden, Mi casa es un reloj... ¿Entiendes?

—Señora — dijo Victoria dulcemente, — crea usted que yo no he querido faltar... Mi intención no ha sido... Cumpliré, estoy dispuesta a cumplir...

—Perfectamente. La lección que acabas de recibir debe aprovecharte, y si no, peor para ti. Ahora, óyeme, y contesta derecho...

Reprodujo la anciana aquellas preguntas del cartel de Josecito, adobadas con apremiantes razones que no dejaban otra salida a la joven que la de la franqueza, cerrándole los atajos del disimulo, de tan hábil modo, que cuantas veces intentó àmpararse de él, misia Justa le cortó el paso.

—No ; conmigo no valen tapujos. Tienes que decirme la verdad, para disponer, para obrar. Vuestra conducta es inconveniente : hay que poner remedio, evitar, prevenir... Yo miro muy lejos, muy lejos... Leo en el fondo de tu alma... Tú no quieres a tu marido... Y sabe Dios por qué. Sabe Dios lo que ocultas. ¿Me entiendes? Tengo la vista encima de ti, te vigilo, ¡ te vigilaré ! Cuidado, porque no consentiré la menor... la menor mancha ; sí, mancha, en el apellido que te hemos dado. Con un marido bobo se pueden hacer muchas cosas ; ¡ pues haz cuenta que te has casado conmigo !

—¡ Señora !—exclamó herida Victoria ; — yo no he dado lugar... Usted me ofende... ¿por qué me ofende usted así?

Rompió a llorar. La abuela apenas hizo ademán de prestarle consuelo. Esperó un rato, y viendo que el llanto no cesaba, se impacientó, exigiendo explicaciones categóricas, porque las lágrimas ni explican, ni disculpan nada...

—¡Dios mío!—murmuró la joven.—¿Qué puedo yo explicar a usted?

Bien que conocía ella a Josecito. Por cualquier cosa se atufaba, tan desconfiado de todo, que le alucinaba la misma verdad; una palabra inocente, un mohín involuntario, descomponíanle y trastornaban... Pues eso, eso, no sabía cuándo, ni cómo, ni por qué. Llevaba seis días de berrinche, sin atender a razones. Ella hacía lo que podía; más de lo que podía, por atraerle, por convencerle. Si leía la señora abuela dentro de su alma, según dijo, ¿cómo no descubría aquellas sus intenciones sinceras de cumplir todos los deberes a que se había obligado, de labrar la felicidad de su marido, y obedecer todas las campanadas del reloj de la casa? Sí, sí. En otras cosas más hondas, en la pretensión de remover sus sentimientos y examinarlos como un confesor, ahí nadie tenía decho a llegar, porque ella tampoco lo consentiría. Juzgáranla por sus hechos y dejasen en paz su conciencia.

—Te despachas de lo lindo—interrumpió ásperamente misia Justa;—entre sollozo y suspiro das el arañazo. Pero a mí no me tocas. Capaz eres de creer que te hemos casado a la fuerza, que has aceptado el lazo de Esquendo, que importa una gran fortuna, sacrificándote. El aire de víctima te sienta y lo explotas, porque lo sabes. Todavía va a resultar que nos has he-

cho un gran favor. Gracias, hija mía, muchas gracias. Como si no supiéramos todos a qué atenernos... Lástima que María Josefa, tu madre, haya muerto, y tu padre don Juan, aquel inglés de los misterios y las nebulosidades, no se halle presente, para que declararan si soñaron jamás casar a su hija con un Esquendo. Pues sí : aquí la tenemos secuestrada, tiranizada, hecha un mar de lágrimas, a esta alteza real de Barracas, a quien hemos sacado de entre los fardos de lana sin corona, y poco menos que sin camisa ; la fortuna, el lujo, todo es poco para ella, y, sin embargo, mírenla ustedes : cualquiera diría que la matamos de hambre y a disgustos. Que no lo sepa tu hermano, pues todavía puede venir a interpelarnos y ¡ figúrate ! ¿ qué le responderíamos ?

Rióse con cruel ironía, mientras la otra protestaba :

—¿ Por qué me dice usted estas cosas ? No tiene usted razón de agraviarme, no.

—Pero, hija mía—exclamó misia Justa,—¿ de cuándo acá la verdad es una ofensa ?

Y la verdad patente era que no demostraba ni gusto ni gratitud por la honra que se le había dispensado. Su conducta daba ya lugar a habladurías entre la servidumbre, y no tardaría en correr en gacetillas malévolas por la ciudad, cosa que ella, la abuela, estaba decidida a evitar

a todo trance, sofocando el germen de los chismes. Por sabido callaba que hasta Barracas llegó la fama de perversa, de ogra, o poco menos, que la daban ; pues bien, lo sería en este caso que la felicidad de su nieto y el honor de la familia hallábanse interesados. De manera que, lo primero que su *querida hija* tenía que hacer era componer la cara y el humor, buscar al marido y desenojarle luego, someterse a lo que él quisiera y acompañarle donde él quisiera, que así lo mandan Dios y San Pablo, y por último, prestar buen oído al reloj de la casa... ¡ Afortunadamente, había llegado a tiempo !

Se puso de pie. Tan alta parecía, en su rigidez de tiránica superioridad, que Victoria, sin alzar la cabeza, no veía su cara de hermosa imagen, avejentada y severa.

—¡ Anda—dijo la abuela,—por hoy es bastante ! No olvides lo que te he dicho, y cuidado : ¡ yo vigilo !

La empujó después de besarla, caricia de pura etiqueta que le enfrió la piel, y desapareció sin que Victoria supiera por dónde, aunque bien podía asegurar que no fué por resquicio ni hendidura de pared. Oyó cuchichear muy cerca, las voces de la abuela, de don Fabio y de Melchora, y supuso que hablaban de ella, comentando los pormenores de la reciente conferencia ; afuera cantaban las chicharras en medio de la calma

de la siesta... Aturdida y confusa permaneció Victoria en el diván. ¡ Ay ! ¡ Qué desamparo el suyo ! ¡ Y Ladislao que no venía, ni doña Mónica ! Todos la olvidaban, abandonábanla a merced de los rencores y suspicacias de aquella familia que nunca miraría como suya, con la que jamás entablaría intimidad ni haría confianza. ¡ Sola, sola ! ¡ Prisionera, víctima infeliz de mezquinos intereses, recluída allí en aquella cárcel magnífica para pasto de un amor odioso ! ¡ Contados sus pasos, analizadas sus palabras, sondeadas sus intenciones, aherrojada perpetuamente a la jurisdicción inquisitorial de misia Justita González !

Había cesado el cuchicheo, y se aventuró a salir del *hall* y cruzar el pasillo, a tiempo que el padre Celedonio, que del comedor salía a su vez, con andar gatuno, la tropezó y detuvo.

—He venido por el bicarbonato—dijo el capellán muy bajito ;—en estando aquí la señora Justa, mala digestión tenemos y gasto de bicarbonato por arrobas. Nosotros, con permiso de usted, la llamamos la *Nerona*, porque, a la verdad, es un trasunto de aquel personaje, si no tiene algún parentesco. Ya verá usted : ahora ha sido porque usted no bajó a tiempo, pues esta noche será por pitos y mañana por flautas, y lo mismo en todas las comidas ; pretextos no le faltan para turbarnos las digestiones, y así

estoy yo que, en los cuatro años que llevo en la casa, no ha habido día que no se me agriara el alimento. ¡ Ay, señora Victoria ! ¡ Y pensar que estos revoltijos de bilis preparan las enfermedades y la muerte ! ¡ De estos dimes y diretes comineros, causas mínimas, vienen las malas digestiones, que repetidas a diario le pierden a usted el estómago, y a la larga hacen impotente al mismísimo bicarbonato ! ¡ Señora Victoria, por la espina de Santa Rita bendita, que no nos falte usted esta tarde al dar la media de las siete !

—¡ Ya, ya !—agregó notando en el resignado silencio de la joven benevolencia y deseo de confianza.—Cuando la señora mayor está en casa, los síntomas son mortales : así, pasamos unos veranitos realmente insoportables. La señorita Clotilde ha sufrido un soponcio, de resultas del almuerzo, y eso que ya lleva también sus buenos chubascos recibidos ; pero, ¿qué quiere usted? ¡ el pan nuestro !... Yo, con mis años, y ella con su pobreza vergonzante... ¡ Más padeció nuestro divino Redentor !... ¡ Estábamos tan bien solos, señora Victoria !

No respondía ésta sino con suspiros ; y mordido don Celedonio del mal deseo de dar gusto a la lengua, la soltó en obsequio de la primera víctima de la mañana. ¡ Virgen santísima del Carmen ! ¡ si allí hasta para respirar había que

pedir permiso a la señora Justa! El mejor barómetro era la cara de misia Justa, que anunciaba buen o mal tiempo encapotando o desarrugando el gesto, y a veces, en pleno sol, despachaba una granizada que quitaba el sentido. Pues, ¿y de joven? Decía Donato, el piamontés, uno de los primeros pobladores de la *estancia*, que era lo mismo, quizá peor: montaba a caballo en pelo, *boleaba* avestruces, *pialaba* y ejecutaba todas las faenas campesinas como el gaucho más atroz. ¡Un hombre! ¡un hombre! salvo el sexo, gráfico disparate que retrataba admirablemente a la señora Justa. ¡Ah! ¡cuánto podría contar, si tuviera tiempo y su estómago se lo permitiese!

—¡Señora Victoria de mi alma!—insistió,— que no falte usted esta tarde. Y si desea usted pasarlo aquí medianamente, haga buen acopio de paciencia y de bicarbonato.

Iba a marcharse, escabulléndose como felino que retorna a su madriguera, y se volvió nuevamente. ¿Sabía que al día siguiente comenzaba la novena de la Purísima? Pues sí, y con todo el esplendor acostumbrado, porque, en rigor de verdad y mal genio aparte, la señora mayor era muy mano abierta en general y particularmente en lo relativo al culto. ¡Qué función de la Purísima! ¡Qué derroche de incienso, de flores y de cera! Del mismo Trigal ve-

nían muchos vecinos y el cura, don Ignacio Churrigorría, enfermaba de celos el pobre señor...

—Si a usted le parece bien, baje luego a la capilla, que entre usted y la señora Melchora arreglarán el altar. Y siempre que en la capilla quiera refugiarse, si la llave no está puesta, mande por mí que, como mis piernas no dan para muchos trotes, o he de hallarme recogido en mi habitación o no andaré lejos... Distráigase usted, señora Victoria, y no preste a lo de ahora más importancia que la que tiene. Eso sucederá todos los días: sólo cambia el beneficiado. ¡ Ay! ¡ qué flato más ardiente!

La joven sonrió con tristeza, y escapóse el viejo, a la vez que en el piso principal sonaban alaridos y por la escalera abajo se despeñaba Pastorita, perseguida de cerca en castigo de alguna de sus infinitas y varoniles travesuras. ¡ Alabado sea el Santísimo Sacramento! ¿estarían seguros?

Don Celedonio atravesó la plazoleta y se dirigió a la capilla, a cuya espalda arrimada estaba la bonita caseta que él habitaba solo, compuesta de tres piezas muy amplias y bien alhajadas, con ventanas sobre el parque; llegó a ella corrido por el calor y el susto, pues a pesar del solideo y el lienzo que echó sobre la cabeza, el sol le derritió los sesos, o a él parecióle

que los traía derretidos, y los nervios de punta a causa del estruendo de la casa. Seguían cantando las chicharras, y los chicos de la escuela vecina, bajo la férula de Clotilde, se ejercitaban en la tabla a coro: dos por una, dos; dos por dos, cuatro; dos por tres, seis...

De una alacena, ya en la fresca y sombreada pieza que le servía de despacho, sacó el capellán la botella del agua y un vaso, echó la narigada de bicarbonato, revolvió el brebaje y se lo zampó de un trago, con gestos de desagrado y asco. Entonces observó que pasaba ante la ventana un mozalbete a caballo, vestido como los señoritos de pueblo, es decir, de pantalón largo y chaqueta, botines de elástico, pañuelo al cuello y chambergo, un *compadrito* muy garboso, en quien reconoció al hijo del juez de paz del Trigal, Alejo Pardales, que venía de visita o de merodeo, sabiendo, como sabía el curioso capellán, que las gracias de la señorita Clotilde le interesaban más que los libros, y en sus vacaciones se ocupaba más en rondarla que en el repaso de mal aprendidos programas. Le dió el alto con un ¡ hola ! oportuno y corrió a la ventana, sobre cuyos floridos barrotes se apoyó para preguntar al contrariado jinete:

—¿Qué te trae, Alejito, a estas horas? ¡ Ponte a la sombra, muchacho, que vas a pillar una fiebre! ¿Sabes que ya tenemos en casa al pam-

pero en forma de la señora Justa, y ya ha habido un terremoto, en comparación del cual el de la Martinica es torta y pan pintado? Pues si te sorprende, te luces, Alejito. ¿A qué vienes?

—Vengo—contestó el estudiante vuelto siempre del lado de la escuela,—vengo a dar un recado al señor don Fabio.

—¡ Ah ! ya ; seguramente tu padre ha encontrado la pista del *Mandinga*, el gaucho malo, terror de estos campos trigaleños...

—Eso que lo descubra Herminia, la mayor de Donato, que es la prenda del *Mandinga*, o su padre *ño* Camilo. No, señor capellán ; el recado que traigo es que se preparen ustedes a recibir a la langosta, porque tenemos noticias telegráficas de que ha caído en Ombú una buena manga.

—¡ San Antonio nos favorezca ! ¡ En Ombú ! ¡ Y poco que hallará aquí que devorar la indina ! ¡ Buena noticia para don Fabio ! Ahora estará durmiendo la siesta... ¿ Quieres esperarle? Entra y descansarás.

—Sí, le esperaré ; pero no entro, muchas gracias ; aquí se respira mejor.

—¡ Qué se ha de respirar mejor ! Vapor de plomo derretido, atmósfera del infierno... ¡ Alejito, Alejito ! A ti no te gustarán los libros, pero los maestros, digo, las maestras...

Sonrió el buen mozo y en el pabellón de la escuela clavó la mirada, en aquella hermosa jaula asentada entre la verdura donde los humanos pajarillos, al compás de las chicharras, piaban: cinco por una, cinco; cinco por dos, diez; cinco por tres, quince; cinco por cuatro, veinte... himno monótono que parecía una oración.

III

A principios de diciembre dió comienzo la siega. Como aquellos capitanes que en la historia pasan por grandes y fueron segadores de vidas, don Fabio, al frente de su regular ejército de peones, y en línea de batalla las poderosas máquinas que llamaremos de paz, inició la fructífera campaña, una alegre mañanita, jinete en su *Lobuno*, cuyos cascos, al revés de los del corcel famoso, allí donde se posaban hacían crecer la hierba.

Coincidió con esta faena, que regocijaba la casa entera, la primera visita de Ladislao Stuart a su hermana; y aquella marcha triunfal entre la cortada mies, y al son de la portentosa maquinaria, renovó su satisfacción por el logrado

objeto de sus ambiciones, saludando así, desde el carricoche que le traía, al general que tan hábilmente dirigía las rurales maniobras:

—Amigo Esquendo, ¡esto es un prodigio!

Prodigio era, en efecto, y mayor que cuanto él imaginara. Descolorido el rostro, de corrección femenina, espeluznados los mostachos rubios, esbelto, con su traje de campo irreprochable, paseaba sus ojos garzos por el contorno; mirada de amo futuro que calcula y descifra el porvenir.

Bajo el sol ardiente, entre la lluvia de oro, el gran don Fabio avanzaba por el camino, agitando el chambergo, que descubría su cabezota morisca, erguido sobre el caballo con magnífica apostura; rodaban las segadoras a ambos lados: tres del uno y tres del otro; en el alto pescante de una de ellas Regino, el oficial, diré, de la compañía, y sobre otra el capataz, don Patricio, un criollo viejo y robusto aún, antiguo colaborador de don Fabio, a quien tengo el agrado de presentar a ustedes... abatiéndose a su paso mansamente los trigos, que sobre el campo quedaban en apretadas gavillas, como si la mano del hombre las hubiera formado. Los gritos de *teros*, de urracas y de loros, en la mañana esplendorosa, parecían celebrar la alegre fiesta del trabajo.

Llegó don Fabio, y el del carricoche le asió la mano con mucho afecto; él sonreía, orgulloso, y como el Creador, tendía la diestra para señalar en torno, ademán suyo habitual, diciendo sin palabras: «¡He aquí mi obra!» Dióle la bienvenida y le acompañó largo trecho, hablando de la operación que se efectuaba, de la ópima cosecha y de sus rendimientos, del temor de que aquel mal enemigo, la langosta, levantara sus reales de Ombú y se corriera hacia acá: en el maíz, tierno aún, y en las hortalizas, podía hacer grave daño. Cuantas precauciones aconseja la práctica se habían adoptado; pero ante una manga tan espesa que cubre al mismo sol, ¿cómo defenderse? Contrariado de la proximidad del peligro, daba suaves rebencazos al *Lobuno*. Ladislao preguntó con mucha timidez:

—¿Y Victoria?

El gesto que contrajo la apacible fisonomía de don Fabio, ¿fué por causa del asunto que trataba o de la pregunta? Ladislao lo notó, y esperó lleno de zozobra la respuesta. ¿Habría la hermana hecho sentir sus repugnancias a la familia y existirían ya disgusto general, rozamientos, guerra declarada?

—Victoria—contestó Esquendo muy despacio—está buena... Creo, quiero creer, que contenta también. Ella se lo dirá a usted. Aquí no

tiene más dificultad que ganar a mi madre, y a mi madre se la conquista a fuerza de tacto diplomático... Victoria es inteligente y la conquistará, de seguro. Aconséjela usted que tenga tacto, tacto sobre todo.

Algo obscura la respuesta, pareció a Ladislao, sin embargo, bastante clara; y no quiso insistir temiendo descubrir lo que sospechaba y guardábase a comprobar en la conferencia a que sometería muy pronto a la muchacha. Echó, pues, la conversación por otro lado, diciendo:

—Sí, Victoria es una niña. Ya lo verán ustedes... ¿Sabe usted, amigo Esquendo, que las lanas están en alza?

Respecto del alza de las lanas discutieron mucho, del engorde del ganado, cierto proyecto de invernada y otros tópicos campesinos; y ya, cerca de los galpones, donde todo se preparaba para recibir el grano, despidióse don Fabio y volvió grupas al campo, porque la voz de don Patricio le reclamaba. Muy preocupado con aquel gesto y la breve respuesta de don Fabio, Ladislao, lejos de observar lo que por primera vez contemplaba, se reconcentró en la ingrata idea de que las chiquilladas y tonterías de Victoria amenazaban hacer fracasar los proyectos de engrandecimiento de la casa de Stuart, que ya creía realizados con una boda que tantos dolores de cabeza le produjo; era preciso tirar de

las orejas a Victoria, darla a entender que de su absoluta pasividad, de su completo sacrificio, dependía la fortuna presente y futura de los Stuart. Estúpido era que por el capricho de una niña sin seso se perdiera todo, la prosperidad de su comercio, el goce actual de riquezas inmensas, la herencia probable del dominio en que estaba... ¡ Estúpido ! ¡ completamente estúpido ! ¡ bah ! ¡ como si le costara tanto dejarse querer de Josecito ! ; otros peores hay y no falta quien los quiera ; al fin y al cabo la mujer es un instrumento...

Al ruido de las colleras del carricoche salieron de la lechería dos chicas, producto primoroso de la mezcla de sangre criolla e italiana, y con ellas otras más, no tan agraciadas, que en el amplio local, de recomendable limpieza, entre los fregados cántaros y la espuma de la crema trabajaban al son de gorjeos y batidores ; alborotáronse, asimismo, los chicos que correteaban por el parque en bandadas, y Pastorita colgada de una rama, como una mona del rabo, suspendió los volatines para anunciar al extranjero con chillidos de alarma.

Descendió en la plazoleta Ladislao, y vió que salían a recibirle la señora Justa, Melchora y Victoria ; la señora Justa en medio, aventajando a las otras su figura soberbia de generala que se siente tal y gusta de hacerlo sentir, y de

bracero con ella la regordeta Melchora, cuyos andares remedaban los del pato divinamente, y Victoria, luciendo en el bonito vestido de muselina blanca un cinturón color de rosa.

Sorprendióse el hermano de aquello, y apenas supo disimular, con vulgares frases de cortesía, el efecto del consorcio de las tres damas, íntimo al parecer, y cariñosamente familiar. Misia Justa dijo :

—Señor Stuart, me alegro mucho de su visita... Aquí tiene usted a nuestra Victoria, tan contenta, ¿verdad, hija?...

Para explicar cómo la visita fraternal no produjo en la recién casada la explosión de afectos que debía esperarse, bastará indicar que la política dictatorial de misia Justa, aplanando su ánimo, en pocos días la sojuzgó y redujo a una pieza más del aparato de relojería de que era ella el péndulo. Sí, Victoria se entregó sin luchar, convencida de lo irremediable de su situación, y entraba al comedor y salía a la hora marcada por la tirana ; hasta se la vió pasear con Josecito, figurando para todos la pareja de enamorados más feliz del mundo, resultado que en parte debíase también a la intervención oficiosa de don Fabio. No por esto eran las digestiones (según confesión del insigne astur don Celedonio) todo lo fáciles que la buena alimentación prometía, pero, al menos, la correcta

actitud de la inglesita evitó iguales disgustos y escándalos mayores.

Así recibió ella con mucha dignidad al hermano, y a sus preguntas contestó afirmando que si no podía llamarse dichosa, puesto que faltarla nada le faltaba y fuera injusticia declarar lo contrario, hacía todo lo posible por serlo y parecerlo; en la glorieta donde estaban solos (después de recorrer y admirar las dependencias todas de la finca), sentados en un banco lado a lado, estrechaba Ladislao a la hermanita para arrancarle alguna frase en consonancia con las repugnancias, vacilaciones y negativas que precedieron a la boda, y ella, gravemente, insistió:

—Te digo que hago lo posible por ser dichosa, ¿qué más quieres?

Ladislao, entonces, la abrazó. ¡Dichosa! ¡Cómo no serlo en medio de aquella magnificencia, si como a reina y señora la juraban todos! Dichosa tal y como había él deseado hacerla, en su sabia previsión de hombre práctico. ¿A que no miraba ya con los mismos ojos los defectos del marido? Educada su voluntad, día vendría en que no distinguiera sombra de ellos y dudase si los tuvo alguna vez, juzgándolo todo al tenor de su conveniencia y con entera abstracción de cuanto la perjudicara. ¡Dichoso era él también! ¿Sabía que por milagro de aquella boda su Ba-

rraca iba en camino de la prosperidad, eficazmente ayudada por la influencia omnipotente de los Esquendo? ¿Y que el nombre de Stuart en el mercado se cotizaba ya muy alto gracias a la misma causa? Pues, retornar a las tontunas sentimentales, parar mientes en físicos encantos que para nada el varón necesita, en sordera de más o chispa de menos, y la conquistada posición se comprometía, perdíase miserablemente. ¡ La verdad, la verdad ! Victoria repitió :

—Yo hago lo posible, haré lo posible. No quiero que mañana me acuses de torpe, de niña o de loca. A veces ¿cómo no? me cuesta, estoy a punto de sublevarme, pero me sé contener, me sé dominar, y pasa el trago. Ya sé que debemos hacernos prácticos ; ¡ el comercio, tu comercio ante todo !

Había amargura e ironía en su respuesta ; pero no la dejaba traslucir o el otro no lo entendía. No lo entendió, ni sospechó de la comedia en los dos agradables días que pasó de huésped en *La Justa ;* y viéndola, a todas horas, ya con la abuela, ya con Melchora, el tío y Josecito, en trato sereno y afabilísimo en apariencia, se convenció de que lo pasado eran sueños y vapores de niña histérica o mimada, y que había logrado infiltrar en ella todo su espíritu práctico y de moderno cuño. Tornó a Barracas contentísimo y orgulloso, llevando la impresión del

magnífico dominio de los Esquendo, y de la felicidad de Victoria, a la que había contribuído con sus esfuerzos; y como el mozo era aprovechado y nada hacía de balde, se trajo también buenas consignaciones que le dió don Fabio y aumentaban las entradas de su negocio. Muy contento, pues, permitió a doña Mónica fuera de visita a *La Justa*, donde no quiso se presentara antes por temor de que con sus lloriqueos y sensiblerías lo echara todo a perder, exacerbando la nostalgia de Victoria, y que con ella marchase *Boy*, el perro danés, éste para quedarse al lado de su ama, conforme se lo había prometido.

¡Ay! Todas las lágrimas contenidas durante la temporada derramó Victoria en el surco de las mejillas de doña Mónica y sobre la cabeza de su favorito. Libre de testigos extraños, incluso Pastorita, la centinela y espía que misia Justa le había impuesto, podía desahogar su pena y la desahogó sin rebozo, abrazada al cuello de la vieja sirvienta, que era y merecía ser su madre. ¡Ah, Mónica del alma! Este reclamo lastimoso decía más que todas las quejas, y la pobre mujer se echó a llorar también, y llorando las dos se pasaron amargo rato en la intimidad de la rosada alcoba nupcial, delante del soberbio perrazo impasible.

Limpiábase doña Mónica los ojillos, hipando

desconsolada. ¡ Si ya se lo sospechaba ella que cuanto fué cacareando el egoistón de Ladislao era pura mentira y bobería ! ¡ Qué dicha ni que berenjenas iban a proporcionar en aquella casa a la niña de sus entrañas (que como a tal la miraba) ! ¡ Ay ! ¡ Lástima de pimpollo, de botón de oro, en manos de aquel *tilingo* de siete suelas ! ¿Por qué cedió? ¡ A ver ! ¿Por qué no hizo caso, a tiempo, de sus buenos consejos?

—¡ Mónica, Moniquita de mi alma—sollozaba Victoria,—soy muy desgraciada ! ¡ Y lo peor es que ya no tiene remedio !

—¡ Qué ha de tener remedio ! Ninguno, ninguno.

—A ti te lo puedo confesar, Moniquita. ¡ Rabiando estaba por decírtelo ! Te lo diré al oído, para que ni *Boy* lo oiga : cada día me parece más feo, y más estúpido, y más repugnante. ¡ Dios mío ! Y es malo que así me lo parezca ; pero, ¿qué culpa tengo de que él sea así? Me combato a mí misma, cierro los ojos... ¡ nada !, es pretender hacer pasar una píldora como un caramelo. No lo paso, no lo trago... ¡ Ay, Mónica !

—Lo que merecía Ladislao, él que se metió a casamentero, era que le pusieran en tu lugar a ver qué tal le probaba... ¿Y la señora mayor? Por supuesto, tan amable...

—¡ Ay, Mónica ! Así, en un puño. Es una *Nerona*, como dice don Celedonio.

—¡ Claro, un sargentón con aire de ángel ! También te lo previne a tiempo, pues fama tiene... ¡ Hija, nos hemos lucido !

Mejor expresaba la cara avellanada de doña Mónica el dolor y la ira producidos por las confidencias de su niña, que cuanto se atrevía a hablar, pues a fin de burlar la sospechada vigilancia exterior, con visajes entendíanse ambas, lánguidamente desmayada en una butaca Victoria, y la vieja arrodillada sobre la estera. Y el menear de la cabeza, las manos que se plegaban, los sollozos y los suspiros, eran claro lenguaje para tan triste historia, que en todos sus detalles se contó y relató de nuevo, con desesperación mayor de la señora, a medida que escuchándolos iba y comentando. ¡ Buena la habían hecho ! ¡ Ah, si la señora María Josefa levantara la cabeza !

¿Qué remedio quedaba ya? ¡ Ninguno ! pero, sí, había uno... ¡ Uno ! ¿Cuál? No, si no podía ser... Sí, uno, el único : separarse de la suegra o de la abuela, que era peor que todas las suegras juntas ; vivir aparte, ¡ el casado casa quiere ! Así haría su santa voluntad, se evitaba la diaria y sistemática contradicción de todos sus gustos, que, a la postre, se resuelve en abierta rebelión y guerra a muerte, y los alfilerazos de

cada hora, de cada minuto, que se enconan y sangran como heridas profundas. Ella, la querida niña de sus ojos, no estaba acostumbrada a que la trataran así. ¡ Pobrecita ! ; una flor no se cuida con más mimo que ella lo fué... ¡ para caer en semejantes manos ! Todo por culpa de Ladislao, de su interés maldito, de los pesos miserables... La verdad, sí, señora, ¿y qué? Al mismo Ladislao se lo tenía dicho, usando de la confianza que sus antiguos servicios le permitían en la casa. La habían vendido a su niña como una esclava. ¡ Virgen Santísima ! ¿Les faltaba, acaso, qué comer? ¿Les faltó nunca, tampoco? Pues, entonces, ¿por qué entregar a la niña y traficar con ella de modo tan feo? ¡ Qué hombres, qué costumbres y qué leyes ! Antes de salir, Ladislao le había dicho : «¡ A ver si vas a soliviantarla con tus gazmoñerías, Mónica ! Ten cuidado, porque no te dejaré volver a verla. Te conozco y te temo. Aconséjala que se someta, que se aguante...»

Pues no, no la aconsejaría semejante cosa, así no la viera más, que sería lo mismo que cegarla y quitarle la vida. Que se defendiera, que resistiera con dignidad, que no consintiera en que la sobajasen, a ella, ¡ una Stuart ! En llegando el otoño, a poner casita aparte, y así podría su Mónica ir a servirla, como siempre, y si ni la señora abuela ni el pazguato del mari-

do querían, romper de una vez, separarse y tornar a Barracas, que más vale la paz servida en escudilla de barro que la guerra en fuente de plata.

Oía todo esto Victoria, palmeando la cabeza de *Boy*, turbios los ojos y haciendo gestos negativos.

—Es inútil, Mónica. Tu remedio me parece un disparate, ¡ la separación sería el escándalo! ¿Quieres papel más triste que el de la mujer separada de su marido? No haberlo hecho, haberlo pensado mejor, haber tenido mayor entereza... Lo pago, lo estoy pagando... Tus razones me aturden por lo claras y sinceras, pero no hay remedio; lucharé, lucharé hasta que ya no pueda más... Cuéntame, Moniquita, ¿cómo están mis jazmines del balcón? Y mis canarios, ¿se acuerdan de mí? ¡ Ay, no los veré más! De aquí me sacarán muerta; ¡ y ojalá sea mañana!

Todo estaba cual ella lo dejó, las plantas, los pájaros, sus libros y sus muebles, esperando el regreso de la que aquel triste día de noviembre les abandonó, cubierta de tules blancos, cual si la muerte la arrebatara: en la sala, don Juan y misia María Josefa la buscaban desde sus marcos dorados; los canarios, piando, la llamaban, y las flores, agitándose en el balcón; el catalejo con que en la azotea sondeaba los misterios del gran río, su vecino, nadie lo había

vuelto a tocar. ¡ Lástima que no la descubriera otros misterios ! El silencio y la tristeza reinaban en la casa : el mismo Ladislao no hacía su vida ordinaria, pues por no comer solo, comía fuera casi siempre y no paraba sino a las horas de oficina... En cuanto a ella, devorada de penas, acabaría por dejarse morir en un rincón.

Halló algún alivio Victoria en el recuerdo de los días pasados, y lloró más, sin embargo, transportada a su casita de Barracas, donde vivió libre y venturosa. ¡ Qué cambio ! ¡ Cómo pasa todo ! ¡ Y cómo una palabra sola puede trastornar los destinos !

El campanazo del almuerzo cortó las expansiones, protestando furiosa doña Mónica de que a su niña la tuvieran sujeta a reglamento, lo mismo que a los presos de la cárcel. Y como Victoria chapuzara el lindo palmito en la jofaina, para refrescar los irritados ojos, se excedió en la expresión de su cólera, hasta exponerse a ser oída : ¡ no faltaba otra cosa sino que la castigaran también, que la pegaran con un látigo por haber llorado !, o por retrasarse un minuto en bajar... ¡ Qué atroz tiranía ! ¡ Qué insufrible dominación ! ¡ Pobre niña Victoria de sus entrañas !...

El que *Boy* se quedara en su compañía aminoró el sentimiento de Victoria por la partida de doña Mónica, la que se marchó aquella tarde

muy quemada de la frialdad y recelo con que la trató misia Justa, en forma que dábale a comprender que bien haría en escasear sus visitas; y *Boy* se quedó con el real permiso de la señora abuela, pues tanto miedo habíala cobrado Victoria, que no se atreviera a guardarlo consigo si ella no lo consiente.

Fueron ambas visitas, por distintas razones, motivo de pesadumbre y melancolía para la joven, difícil de disimular ante el argos de la familia entera; la visión del pasado, aquella ráfaga de sus alegres días de soltera, que el hermano y doña Mónica le trajeron, entristeciéronla tanto, que, como prisionero a quien se abandona en negra fortaleza, y escucha el cerrojo y los pasos que se alejan, quiso gritar en demanda de perdón o de lástima. No gritó, sin embargo, y toda acongojada, repasó su papel de sumisión, para no desbarrar y estropear el asunto...

Con quien ella demostraba más confianza y sincero agrado era con Clotilde, la maestra. Chica muy bien educadita y modosa, Clotilde pertenecía a una familia de estas venidas a menos, que la necesidad ha obligado a hacer un oficio de las habilidades adquiridas para brillar en el mundo: muerto el padre, arruinado, la madre servía como ama de llaves en una casa grande, el hermano tocaba el violín en un tea-

tro, y ella logró aquella plaza en *La Justa*, muy bien rentada, eso sí ; allí pasaba todo el año, el invierno en compañía de don Celedonio, cuyos reumas y catarros le daban mucha guerra, y dos criados, que, para asistirles, dejaba la familia ; el verano, algo más distraída por las excursiones al Trigal y algún otro esparcimiento, que va a descubrirse pronto : esto, a pesar de que las ventoleras y ex abruptos de sobremesa de misia Justa le alteraban mucho los nervios, y al cabo de la estación quedaba muy flaca y melancólica, quizá por causa también de que la inspiración poética que solía inflamarla adquiría más intensidad febril en el estío. Era bonita, de dorada piel, ojos dormidos y pelo negrísimo, con finuras y remilgos de marisabidilla y dejos orgullosos de honradez selvática.

Habitaba la señorita de Paces en la torre de la casa, una pieza ochavada con ventanaje sobre el parque, gracioso nido que ella se había fabricado, bastante alto para la más fácil comunicación con las estrellas y absoluto dominio del camino del Trigal. Allí soñaba, pulía sus versos inocentes, distraía su aburrimiento y escondía sus penas y sus esperanzas... Y allí acudía muchas veces la casadita infeliz, siempre que la dejaban libre.

En un principio, pareció la nueva señora a la maestra insufrible, altanera, en su tiesura

de persona que se ha tragado una espada; otra variante de misia Justa, digna de formar pareja en inverso sentido con la vulgarísima Melchora, cuyos modales rabaneros y supina ignorancia la desesperaban; pero, cuando al siguiente día de su llegada la vió entrar en la clase, y con angélica sonrisa y amable tono dirigir acertadas preguntas a los alumnos, demostrando raros conocimientos en la ciencia elemental y, sobre todo, en lenguas vivas, se turbó y hubo de confesarse que era Victoria muy simpática e instruída, capaz de dar lecciones a la más normal de las maestras. Obligada fué también Clotilde a confesar que no conocía el inglés lo suficiente para enseñarlo con la perfecta pronunciación que es menester, e hizo inmediata entrega de su cátedra, satisfecha de la aristocrática compañía de quien la brindaba sus servicios modestamente, a título de pasanta o *monitora*.

Así dieron comienzo aquellas clases de inglés, fuente de consoladora distracción para Victoria, y sus amistosos tratos con la señorita de Paces. Diariamente, a la misma hora, de cuatro a cinco, entraba en el pabellón de la escuela, subía a la tribuna y explicaba su lección, metódica y razonada, como quien cumple un deber imprescindible; la chiquillería, esparcida en los bancos de la sala, no divertía ya la mi-

rada inquieta en la pintoresca fauna del friso, ni en las figuras anatómicas de la pared, los garabatos del encerado o los colores de los pendientes mapas; atentos, con magnética atracción, a la rubia dama de la tribuna, recogían sus palabras sin perder letra, y es fama (que tanto puede la hermosura) que los más torpes chapurraban la lengua británica en pocas lecciones, y que entre los niños trigaleños se distinguen, como una piedra falsa de la legítima, aquellos que en la escuela de *La Justa* fueron discípulos de la Minerva rubia y la morena. La misma Pastorita, capitana de los desaplicados y ejemplo perverso de travesuras, no se meneaba del banco, la hermosa cabeza de diablejo inmóvil, y tranquilas ambas piernas, cuyas regordetas pantorrillas, de áurea pelusa, eran blanco de pellizcos, que ella provocaba...

La vez primera que subió Victoria a la torre de la poetisa, la encantó el bonito atalaya, el gusto femenino con que cada objeto estaba colocado, el perfume de modestia y de placidez que la envolvía; desde la ventana del Norte divisábase el Trigal, el arroyo del *Cura Magro*, pedacito de vidrio perdido en la verdura, la pulpería de Donato, verdadera portería de *La Justa*, el rancho de *ño* Camilo, y muchos más diseminados en la campiña; de la ventana del Este, Ombú, muy lejos, un punto negro con

un puntito blanco, la descabezada torre de la iglesia. Como sultana enamorada que espera a su caballero, en la del Norte la morena Minerva sentábase a soñar al caer la tarde, puestos los ojos y el alma en aquel caminito que serpenteaba entre las mieses.

Clotilde enseñó a Victoria su tesoro de ropa blanca, trajes domingueros, alhajitas, fotografías, cuadernos de versos y baratijas que en repisas o bien cerrados cajones guardaba avariciosa ; y establecida más tarde la confianza la enseñó su corazón, su joya más preciada... ¡ Ah ! ¡ no había sido todo mieles su vida en *La Justa*, en los tres años y medio que llevaba ! ; primero, por la falta de costumbre de sumisión a la voluntad de un amo, ella que fué criada como señorita rica, para mandar y ser obedecida ; luego, a causa del carácter de misia Justa, cuyo despotismo no distinguía rangos ni jerarquías ; después, con motivo de los chismes, sospechas ofensivas e indignos rumores que del pueblo, como negro enjambre de moscas venenosas, se desparramaron contra su reputación : ya propalando que el señor don Fabio la rondaba con mal fin, y ella le mostraba fingidos rigores para asegurarle mejor y ponerle la casaca ; ya que no era con don Fabio, sino con don Josecito, y hasta con los dos a la vez, engañando al uno con el otro. Llegó la calumnia hasta la fami-

lia, y fomentada por la señora Melchora, misia Justa disparó contra la infeliz maestra tantas centellas que la pulverizaran si la coraza de su inocencia no la protegiese. Quiso marcharse y no la dejaron ; el mismo don Fabio tomó su defensa, y a Melchora y a los trigaleños deslenguados dijo tan firmes, levantadas y nobles palabras, que apagaron de súbito rumores y sospechas. El noviazgo y la boda de Josecito pusieron término, de una vez, al insoportable chismorreo.

Si hubiera podido descubrirse, antes se acaba todo, y su honra queda más pronto a salvo ; pero no podía descubrirse, porque como era Alejo Pardales menor de edad (tenía veintiún años, tres menos que ella), y ella más pobre que las arañas, los padres del estudiante, ambiciosos, y que soñaban para el hijo un partido digno de su futuro título de doctor, se opondrían a que ambos se quisieran, e influirían poderosamente para que la maestra fuese despedida ; el único que lo sabía era don Celedonio, pero el hábito que éste vestía imponíale discreción absoluta.

Se querían, sí, muchísimo, y su amor brotó en el primer encuentro, allá, en el Trigal, un día de fiesta que con la familia fué de visiteo a casa del juez de paz ; chispazo repentino, lo mismo que las damas y galanes de teatro; quedaron ambos heridos, deslumbrados y tontos de

remate. La manera cómo se lo confesaron, las tretas que inventaron para verse, el dolor de la ausencia en los inviernos, cuando el estudiante se marchaba a la ciudad, las cartitas que se escribían, la alegría del regreso, sus esperanzas, sueños e ilusiones, todas estas vulgaridades las refería Clotilde con derroche de retórica, exornadas de poéticas lentejuelas que fascinaban a Victoria, a quien Amor negado había cruelmente el goce espiritual e inefable, mostrando sólo de su posesión las bajezas. Profundamente interesada, palpitante el seno, escuchaba los detalles de la historia baladí, revolvía los paquetes de cartas perfumadas, leyendo y releyendo tanta frase que parece hueca al que no lo siente, y exalta y abrasa al enamorado; con la gentil narradora se perdía entre las nubes de su entusiasmo, y con sus alas prestadas la seguía por el cielo en que las estrellas todas, aquellos mundos misteriosos y brillantes, cantaban los amores de Alejo y de Clotilde...

¡ Ah, la pobre muñeca de carne, vendida al oro de los Esquendo, no gozaría tan grande deleite jamás! ¡ Nadie le diría cosas tan hermosas como aquel Pardales a la humilde maestra de *La Justa!* Corrida, a veces, de sentirse esposa sin haber aprendido a querer, huía de la torre de Clotilde, porque ésta no leyese en su frente la historia mezquina de su boda, aquel contra-

to vergonzoso ajustado por su hermano Ladislao y con la complicidad suya, sin otro fin que la prosperidad de la *Barraca de Stuart;* huía, pero el acicate de lo desconocido, la irritación del deseo, la hacían subir cada tarde la escalerilla de la torre donde el astrólogo aquel la descubría tantos y tantos secretos deliciosos.

A fuerza de hurgar en la cajita de sándalo, archivo de la correspondencia amorosa, y oir el apasionado relato, se contagió Victoria del mal que a la morena Minerva abrasaba, imaginariamente, por supuesto, y con tal inocencia, que el galán de su fantasía tenía alas como los arcángeles, casco de plata con penacho de blanquísimas plumas, coraza y espada resplandecientes, dios que no podía encarnarse en ser viviente alguno, y menos ¡ay! en Josecito; y con esta visión incomparable dentro del alma, muy poco adelantaba su empresa conyugal. Esposa mecánica, se sometía a los caprichos y tiranías de todos los de la casa; pero este sometimiento, por absoluto que fuese, no incapacitaba su imaginación ni sus sentidos, y los esfuerzos de la lucha la vencían... Aquel paseo diario en el break de Josecito por la ya conocida y aburridora campiña, sin hablarse, o poco menos, pues por señas se entendían; obligada a sufrir las expansiones de su afecto desordenado, el beso de su boca apestosa que la revolvía

el estómago, era suplicio intolerable, prueba durísima que sólo en las poéticas alturas de Clotilde hallaba lenitivo; subía, estremecida como la rosa que el viento ha sacudido brutalmente y enlodado, se pasaba cien veces el pañolito por la cara con asco infantil y pedía a la otra sus alas.

—¿Qué tal, Clotilde? ¿Ha recibido usted nueva carta? ¿Le ha visto usted? Cuénteme, cuénteme.

Escuchándola, figurábasele que por el camino del Trigal avanzaba, no el Pardales enamorado, sino su gallardo caballero, el ideal del casco de plata y penacho blanquísimo.

No conocía Victoria al estudiante aún, pues aunque recordase que en la estación le fué presentado por don Fabio, ni nombres, ni caras pudo distinguir; de creer a Clotilde, reunía todos los dones y gracias varoniles, como si las magas, en torno de su cuna, hubieran competido en otorgárselos: era guapo, noble, inteligente, altivo, robusto, valeroso, trabajador, aplicado... lo más perfecto que dentro de lo humano existía.

El que no viniera a la *estancia*, con estar tan cerca, no la extrañaba puesto que, según Clotilde, era amaño y conveniencia de los dos, a fin de evitar sospechas. Mientras el chico no cumpliera la mayor edad, estaría el asunto bien

tapadito; luego se haría público, y ni padres, ni leyes, ni obstáculos de ningún género se opondrían ya a su felicidad, porque aún en el caso que el señor don Zacarías extremara su negativa suprimiendo los víveres, tenía Alejo en el Banco cierto depósito, herencia de una tía suya, y con él habrían de sobra para sus necesidades y el fundamento de su carrera.

Un hombre así, que amaba y era amado, sólo en el teatro lo concebía Victoria: en la vida real, cortada al patrón de las doctrinas de Ladislao, todos parecíanle Josecitos de mayor o menor cuantía, y el matrimonio enlace brutal de intereses, comercio de almas, mercantilismo de familias, sacrificio y martirio.

Por Pastorita, la correvedile más atroz, don Celedonio y la última carta que ingresó en el cofre de sándalo, supieron que vino Alejo a la hora de la siesta un día a traer un recado del padre para don Fabio; pero, desgraciadamente, ocupada en la escuela Clotilde, no le vió, y Victoria, aunque le viera, ignorante entonces del secreto, no hubiese parado su atención en el enviado del juez de paz.

Con este motivo, la enamorada maestra decía luego, allá arriba, en sus expansiones de la torrecilla, único sitio, por su proximidad al cielo, donde se pronunciaba el nombre de Alejo sin peligro de que oídos extraños lo recogieran:

—¡ Qué discreción la suya ! ¿ Ha observado usted, señora Victoria, cómo vino y se marchó sin dejarse sentir ? Pues, aunque me viera, no me habla, o me habla tan poco que nadie sospecharía que lo tenemos todo arregladito, como que para mayo, en que cumple su mayor edad, nos casamos. Figúrese usted, señora Victoria, la sorpresa general cuando se destape... Y figúrese también si se destapara antes de tiempo, ¡ cómo se nos ponía la señora mayor, y don Zacarías y misia Petrona ! Sólo de pensarlo me da frío... Usted desea conocerle, ¿ verdad ?, no tardará mucho, porque para la fiesta de la Purísima suele venir, y si no viene, para el día de Santa Genoveva, que es la patrona del Trigal, iremos nosotros al pueblo : hay corrida de sortija, fuegos y músicas, además de la función religiosa en que el cura echa el resto por rivalidades que tiene con nuestro don Celedonio... Todos los años hemos ido el día de Santa Genoveva al Trigal, con el beneplácito de la señora Justa, naturalmente, y este año con mayor razón : pues, ese día conocerá usted a mi Alejo.

Pensativa, Victoria aprobaba : sí que irían y habían de divertirse mucho, en desquite de la monótona vida que llevaban. Pero ¡ qué lejos estaba el día de Santa Genoveva ! El alegre espectáculo de la fiesta popular pasaba ante sus ojos, y veía a Alejo Pardales, el paladín del

amor, con el casco de plata y el penacho blanquísimo...

Entretanto, mientras don Fabio, al frente de su pacífico ejército, proseguía su campaña, infatigable y madrugador como nunca, y resonaban los campos bajo el peso de sus máquinas, celebraban las damas cada tarde, bajo la dirección de don Celedonio, la novena de la Purísima, arrodilladas ante el sagrado camarín, que Victoria y Melchora habían prendido con gusto singular. De esta fiesta de la Purísima prometíanse todos, o casi todos, grandes cosas: don Celedonio, que tenía, en efecto, sus piques con el cura Churrigorría, un carlistón de negra historia, dar a éste en los hocicos con el lujo y la pompa desplegados, pues en la iglesia del Trigal, siendo, como era, parroquia de muchas campanas, ni había sermón de dominico bonaerense, ni organista mejor que la viudita, ni tanto cirio y tanta flor, ni el coro de niños, que ensayaba para deleite del concurso. ¿Dónde iba a parar su rival, si para Santa Genoveva escasamente reunía tres violines destemplados, un arpa detestable y dos cornetines que dejaban sordo al Padre Eterno? Del sermón no se habla, pues como no lo pagaba bien, decíalo el teniente, un seminarista acabadito de ordenar, algo tartamudo y de corta inteligencia. En cuanto al adorno de la iglesia, ¡válgate Dios!: unos

ramos de papel, dos floreros de la *jueza*, ¡ y gracias !

Prometíase don Fabio, asimismo, concluir la trilla y tener sus graneros repletos ; Clotilde, la visita del joven Pardales, o si no, una carta, o si no (que aquel que ama con muy poco se contenta y de todo saca substancia para mantener su ilusión), columbrarle desde su atalaya y corresponder con su pañuelo blanco al saludo de su chambergo. Victoria no se prometía nada ; primero, sí : ver de nuevo a Ladislao y a doña Mónica ; pero la tristeza de su ausencia luego era tan honda, que prefería que ésta se prolongase a renovar el escozor de una pena irremediable.

Mas, las que mayores cosas se prometían, y al oído, en mutuas confidencias, en lleva y trae de misteriosos mensajes, en gestos enigmáticos, en el extremar de la vigilancia y el alimentar de recelos, trabajo pacienzudo de araña, se descubriera a la perspicacia, si no se cuidaran de sorpresas, eran misia Justa y Melchora ; las dos, como polizontes que siguen una pista, en la que Pastorita hacía de sabueso, las dos, cada vez más desconfiadas de la aparente sumisión de la intrusa, a quien miraban con mayor antipatía desde la iniciación de sus hociqueos con la maestra, y producidas que fueron dos nuevas turbonadas, por motivos fútiles, que de-

bilitaron la ficticia armonía que engañó a Ladislao, entorpeciendo los buenos propósitos, a tanta costa mantenidos, de Victoria.

¿Qué esperaban aclarar misia Justa y Melchora el día de la Purísima? ¡ Cualquiera lo adivina!

Y en efecto, llegó el ansiado día... y no hubo nada. El único que triunfó completamente fué don Celedonio.

IV

El pueblo del Trigal no pasa, a la verdad, de mediano lugarejo, sin rasgo saliente, ni calle, ni plaza, ni edificio, que no sean los edificios, calles y plazas de los demás poblachos provinciales; por no tener nada, tampoco tiene club o centro de sociedad, pues el que existe junto a la iglesia es meramente político y hogar oficial de elecciones, por cuya razón las familias desafectas a las autoridades no van, y se contentan con el paseo de la plaza, bajo los *paraisos*, en las tardes de verano, y en invierno con estarse en casa calentándose los pies. Pero tiene, en cambio, y ya es algo, la *Confitería del*

Picaflor, en la misma esquina de la plaza, con billar muy concurrido a todas horas por la juventud trigaleña, y en toda estación, y desde cuyos portales y vidrieras cuajadas de pastas y dulces de la edad de piedra, se atisba, chicolea y enamora a cuanta muchacha guapa cruza la acera o desafía temerariamente a los galanes en la plaza ; llaman a la referida *Confitería* un *coche parado*, no sé si por lo del plantón o lo concurrido del sitio, y para conocer a la aristocracia del pueblo allí hay que ir y sumarse entre los grupos cuando cae el sol y la brisa de la tarde, de octubre a marzo, permite a las bellas trigaleñas lucir su talle, sus ojos criollos y la negra y florida cabellera.

Tiene también, olvidaba decirlo, dos periódicos, uno político, diario, y o tro literario, semanal, *El Aura del Plata*, palenque de las musas locales, catálogo amoroso y crónica elegante ; y, por último, una estatua de bronce que quiere representar a Belgrano, y un juez de paz y una *jueza* que merecen párrafo aparte, la dama primero, porque galantería obliga.

Era misia Petrona, la *jueza*, señora que no llegaba a los cuarenta, con pretensiones de hermosa, y en el pueblo la que daba el tono y servía de modelo ; figurín viviente, todas las extravagancias de la moda era la primera en acatar, y por aquello de que, oriunda de la ca-

pital bonaerense, trascendía en su porte la elegancia nativa, el sombrero que lucía un domingo, el color del vestido, tal perendengue o cacharpa vistosa, discutíase en son de admiración o censura, y se copiaban luego por todas, amigas y enemigas. Hay quien cree que, abusando de su influencia modistil, se salía a veces de los límites marcados en los códigos más famosos del ramo, e inventaba, para su uso particular, perifollos que a su delgadez de morena picante sentaban muy bien; pero estas son voces envidiosas de las feas, entre las que deben contarse, respetos a un lado, a la hermana del cura, Antonina, y a la hija del médico, Benita, que odiaban a misia Petrona: Antonina tan profundamente, que inspiró a don Ignacio aquel sermón sobre el lujo y sus estragos, causa de escándalo que le puso a dos dedos de ser arrojado de la parroquia por los *milicos* del comisario.

Quede, pues, establecido que misia Petrona personificaba, con mayor o menor aprobación, la elegancia en el Trigal, y que era guapa y de muy limpia fama; esta advertencia va enderezada a los maliciosos, que no conciben la coquetería sin la ligereza, y mujer de hombre viejo sin el correspondiente gatuperio. A más que llamar viejo a don Zacarías es agraviarle (ya que en la edad madura son agravios los años): don

Zacarías tendría sus cincuenta y cinco, muy campantes; robusto, sano, alegre, vulgar si se quiere, *hombre de campo* en genio y figura, al lado de misia Petrona no haría la mejor pareja en punto a la estética, pero como «la armonía conyugal no está en la forma corpórea, sino en la compenetración de las almas», según el cura Churrigorría interpretaba a San Pablo, la bonachona de don Zacarías y la pueril de su mujer encajaban tanto la una en la otra, que parecían perfectos casados, y lo eran, lo que no siempre acontece en caso igual; y eso que desde los quince, o sea con el vestido largo, se puso la coyunda misia Petrona, disponiendo ambos de tiempo suficiente para *compenetrarse* o tirarse los trastos a la cabeza.

Nada; que se *compenetraron* y soldó la unión el niño Alejo, orgullo de los Pardales, aunque no hubiera de qué, como se comprobará luego. Una de las cosas de mayor notoriedad en el Trigal, es, sin disputa, su juez de paz; tanto, que para encomiar a su pueblo un trigaleño, dirá, invariablemente: «Tenemos una estatua de bronce del general Belgrano y un juez de paz... ¡con unas uñas así!» ¡Alabado sea Dios! ¡Oh poder de la lengua! ¿Qué acero, ni qué plomo, ni qué explosivo moderno iguala a esta arma cobarde que no se atreve a asomar fuera de los dientes, y entre babas vive

y en la sombra se mueve? Nadie podía justificar lo que había robado don Zacarías, cuándo y a quién se lo robó, pero por ladronazo le tenían todos y todos le veían las uñas así de largas, a pesar de que se las mondaba lo menos una vez por mes.

Es verdad que en tiempos del *eneísmo*, afortunadamente ya pasados, con motivo de las elecciones y en expedientes donde mangoneaba a sus anchas don Blas Herreros, el intendente, otro de los acusados, pero con menor acrimonia e injusticia, se descubrieron faltas graves, mejor dicho, se sospechó que las hubo, porque descubrirse, ¿qué iban a descubrirse si de La Plata echaron tierra al chanchullo y bonitamente arreglaron todo en forma que nadie chistara? Así, decía don Zacarías, defendiéndose:

—¡Probadme que he robado! ¡Ahí están los tribunales; venga el caso concreto, el caso concreto!

Los deslenguados no hallaban el *caso concreto*, ni dieran con él en ningún archivo. Pero se preguntaban de dónde sacó el señor juez de paz los dineros para adquirir la valiosa finca de la *Confitería del Picaflor* y el campo junto al arroyo del *Cura Magro*, cuyas aguas, en sociedad con cierto alto empleado platense muy metido en los contubernios oficiales, proponíase utilizar para un molino de su propiedad... De dón-

de para sostener el lujo de misia Petrona, la carrera y los vicios juveniles de Alejito, si no se le conoció nunca otra hacienda que su sueldo exiguo?

Conteste quien pueda. Yo me limitaré a hacer constar que eran los Pardales muy ricos, vivían en la mejor casa del pueblo, y las uñas de don Zacarías no eran obstáculo ni pretexto a que las fiestas con que agasajaban a sus relaciones fuesen más concurridas que las de la iglesia, sacrílega preferencia que hizo decir desde el púlpito, en otro sermón también muy sonado, al bilioso vascongado don Ignacio, que: «*la plata*, como la capa, todo lo tapa».

Preocupados con las leyes y decretos de la última moda, misia Petrona, y sus enredos políticos don Zacarías, no descuidaban un punto, sin embargo, al joven Alejo, que estudiaba Derecho en Buenos Aires. En verdad, sólo a una persona atacada del delirio poético y del amor, dos enfermedades capaces cada una de por sí para anublar el buen sentido, se la ocurriera dotar de tan eximias condiciones como las que generosamente atribuía Clotilde a su Alejo. Alejo era, ni más ni menos, un jovenzuelo vulgar, ni mejor ni peor que otro, aficionado a divertirse mucho y a estudiar poco... Vamos, que no valdría la pena detenerse en bosquejar su carácter ni trazar aquí su retrato, si las cir-

cunstancias caprichosas no le mezclaran en el curso de los acontecimientos que van refiriéndose. De todos modos, no he de detenerme, y figúrese cada cual a Alejo Pardales como un quídam de veinte años, sin seña particular ninguna.

Claro está que a su papá y a su mamá parecíales un prodigio, como si aparejada con la paternidad fuese fatalmente la ceguera. Un prodigio era, sí, haciendo carambolas en el billar del *Picaflor* o gastando el tiempo y los cuartos paternales en la capital; prodigiosa era también su labia, y prodigiosa su fortuna en lides de amor, pues a pesar de sus audacias y desvergüenzas mil, conservaba sanos todos los huesos. A este *picaflor* trigaleño (que este nombre recibían los asiduos de la famosa esquina), llamaba *El Aura del Plata*, con frase cursi, *nuestro Lovelace*, esponjando a misia Petrona, aunque no supiera ella en realidad lo que significaba, si bien inducía que aludiese a lo más fino, elegante y primoroso.

De sus relaciones con la señorita de Paces, acaso ni la mamá ni el papá sabían nada; como sospecharlo, pudiera ser que lo sospechasen, mas no le atribuían importancia alguna, pues el mozo había ya dado pruebas de su inconstancia, brillante colibrí de Cupido, como diría *El Aura*, revoloteando de la una a la otra,

de la hija del médico, Benita (motivo del odio indicado), a la de don Blas, el intendente, y con la viuda del administrador de Correos, y Herminia, un cierto tiempo, la que por aquel gaucho malo, el *Mandinga*, le plantó de firme... amorcillos ya serios, o alegres, sin consecuencia. Si la maestra le creía, buena tonta estaba la maestra.

No hay para qué añadir, apuntado lo que va dicho, que en el pueblo la familia de Pardales era la de mayor viso. Además de sus fiestas, que emberrinchaban tanto al cura, su tertulia de las tardes en estío, o entre ocho y diez de la noche en invierno, gozaba fama de muy divertida, y así como para conocer al vecindario parecía obligatorio hacer el moscón en la *Confitería*, para oir noticias y enterarse de la vida y milagros del Trigal entero había que ir a la tertulia de Pardales.

La cual se constituía en la misma acera, del modo más llano y democrático, debajo de frondosas acacias, en verano por supuesto, que con las tertulias del invierno nada tenemos que ver por ahora; en el cordón de la dicha acera, que formaba uno de los costados de la plaza, frente a la Municipalidad, se colocaban hasta una docena de sillones de rejilla, y venga charlar y tomar mate los tertulianos, entre el hormiguear de los paseantes. Por cierto que misia

Petrona en esta ocasión se prendía y empolvaba curiosamente, vistiendo el traje juvenil de tonos claros ; pero don Zacarías, con el calor, no sufría albardas, y recibía en mangas de camisa, desabrochado el chaleco, a veces un pie fuera del zapato, según donde le apretaba, a caballo sobre una silla y con el pañuelo, que en lo grueso y cumplido podía pasar por servilleta, secándose la morena caraza. Allí acudía el intendente Herreros, otro personaje de peso, el cual era el más raro de los políticos que se han visto, pues no hablaba, o hablaba tan parcamente, que como suya corría esta frase sentenciosa : «La saliva es un humor muy útil y necesario para las buenas digestiones ; ¡ no hay que gastarla en balde !...» Y su hija Amelia, una niña espigada y anémica ; su mujer, Benita, con su padre, a pesar de enemistades y desilusiones, la misma solterona Antonina y el señor cura Churrigorría, que por cortés no dejaba de ser valiente, el propietario del *Picaflor* y muchos más que no hay para qué indicar qué facha tenían ni cómo se llamaban, pues con decir que gastaban una lengua más larga que las celebradas uñas del señor juez, basta al objeto de probar el alcance y la importancia de la reunión cotidiana.

Pues, figúrense ustedes con motivo de la boda

de Josecito Esquendo cómo se despotricaría en la tertulia de Pardales entre mate y mate. Cuando se anunció en runrunes y el periódico de la localidad, *El Independiente*, creo, lo estampó con todas sus letras, el estupor fué general en las damas, pues, a pesar de sus riquezas, no comprendía ninguna (sin duda porque ninguna de ellas era la elegida) que existiera mujer que diera el sí a aquel muchacho bobalicón, poco menos que idiota, feísimo y que dejaba correr la baba todavía como los párvulos: Antonina dijo que ni con un puñal al pecho la arrancaban a ella el consentimiento, y todas convinieron en que la novia sería un adefesio, una tarasca, y se rieron a espaldas de don Fabio la vez que éste, ocupando el mejor sillón del corro, afirmó que chica más bonita que su futura sobrina no se vió jamás, mejorando lo presente.

Así, el día aquel de la boda, diéronse todos cita en la estación, y a la estación acudió la mayor parte del pueblo, con grande curiosidad de ver a la nueva señora de Esquendo, y la vieron y se deslumbraron, atizando misia Petrona luego el fuego de la crítica, «porque parecía mentira que una muchacha tan mona...» Se discutió su aire, el traje, sobre todo el traje. Y todas, también los hombres, repetían:

—¡Parece mentira!

Misia Petrona, a pesar de la respetuosa deferencia que la familia de Esquendo inspiraba a todo trigaleño bien nacido, resumió de este modo la general opinión :

—Ya acabará eso como el rosario de la aurora. Todo lo podrá el dinero, menos inspirar cariño, quiero decir que a ese niño de oro, tan feo, no se le puede querer sino por lo que pesa. De lo que se deduce que la tal inglesita es una pieza muy fina. Trabajo le mando para soportar al marido, que suelen ser éstos de los más pegajosos, y a la suegra, o a la que por tal debe considerar : misia Justa.

No se habló ya de otra cosa, fué el asunto preferente de la tertulia, y cada tarde había porfía entre los tertulianos por ganarse de mano en soltar la noticia recogida : «Me ha dicho Regino...» ; o : «Asegura el capataz don Patricio...» ; o : «¿Saben ustedes?, ya estalló la bomba y andan los dos como perro y gato.»

El primer informe directo lo trajo Alejo, y aquello de don Celedonio : «Hemos tenido un terremoto como el de la Martinica...» hizo arder la tertulia. Las damas, con nervioso abaniqueo, convinieron en que no podía ser de otro modo :

—Pero, señor ¡ si se necesita humor y estómago y hambre ! De lejos, pase ; pero, a ver, aguántele usted, Antonina, día y noche !

La flaca, menesterosa y desengañada Antonina, que aguantaría al mismo demonio, frunció boca y narices en señal de asco irresistible; y don Zacarías, de burlas, aludió a lo de la *compenetración espiritual* por chocar a don Ignacio, y todos cayeron sobre el áspero vascongado, que se defendía:

—También hay casos... ¿Cómo han de entenderse, si uno y otro llevan fines distintos y contrarios al lazo sagrado, fines mezquinos y reprochables? La soldadura matrimonial no resulta sino cuando los elementos son homogéneos, es decir, simpáticos, es decir... El que no comprenda, que se destape las entendederas. Esto es hablar *como es deber*.

Reíanse los *picaflores*, que andaban zumbando en torno del corro, y don Ignacio enderezábase todo lo grande que era y con su voz militar les espantaba:

—¡Ea! afuera los mocosos, los *cajetillas*, los sinvergüenzas...

Y reanudada la discusión, acababan por quedar todos de acuerdo en lo esencial: que el tal bodorrio llevaba trazas de terminar de mala manera, juzgándolo por los datos que cada cual aportaba, si exagerados o erróneos, como provenientes de criados, lo bastante verosímiles para prestarles fe, sobre todo teniendo en cuenta la extraña conducta de la familia, que no salía

de la *estancia*, ni había pasado el *parte* aún. En esto las damas, especialmente misia Petrona, como la más encopetada, no transigían : tamaña falta a los deberes sociales era menosprecio patente al Trigal, desdén irritante ; ninguna de ellas iría a visitarla, mientras no cumpliera con ese requisito... La verdad es que ni el mismo don Fabio, tan campechano, venía ya, y los que le vieron le daban por muy cambiado y taciturno ; los novios, como parecía natural, no se preocupaban de acudir una vez siquiera, por pura fórmula o por curiosidad, a la parroquia, y de ello se quejaba acremente don Ignacio : también los que lograron verles en sus raros paseos fuera de *La Justa*, decían que no pasaban del arroyo, cual si ni el aire del pueblo quisieran respirar. ¿Era el orgullo de la inglesita, o cortedad, o el resultado de los disgustos reinantes?

—Es que tiene vergüenza que la veamos—interrumpió Benita la despechada :—si yo estuviera en su lugar, me metía en un zapato y me tapaba con otro. Hace bien. ¿Se acuerdan ustedes cuando me rondaba Josecito? Lloraba de rabia cada vez que me daban bromas con él.

—¡ Benita, por Dios !—saltaba don Zacarías ; —no hables de zapatos, hija mía, que con este del derecho estoy viendo las estrellas. Permítanme ustedes que me lo quite...

Naturalmente, el día de la Purísima nadie quiso ir a *La Justa*, porque «si se creían que ansiaban comer los dulces de la boda...»—¡ Buenos estarán !—rezongaba misia Petrona.—Nada, dejarlas, que se divirtieran solas y el dominico predicara en desierto. Ya se desquitarían todos con su fiesta popular de Santa Genoveva, no invitándoles ni de palabra, y si se les daba la gana de venir, no haciéndoles caso ; al fin y al cabo, todavía iba a salirse con la suya don Ignacio, de que la inglesa era protestante.

—¡ Qué barbaridad !—intervenía Alejo :—primero, que no es inglesa, sino hija de inglés, lo cual, para nosotros, es distinto ; segundo, que se ha casado por la Iglesia y va a rezar a la capilla...

—¿Qué sabes tú a lo que va a la capilla?—dijo misia Petrona.—También el diablo suele ir a misa. ¡ Por mí, aunque fuera mahometana !

Pero el exitazo lo obtuvo el mismo don Zacarías, que, llamado por don Fabio, fué a *La Justa* un día, se quedó allí a almorzar, y conoció y trató de cerca a la señora Victoria. Los asuntos que orillar quería el gran Esquendo, simplemente rurales, en particular aquel de la anunciada invasión de langosta, no eran de naturaleza propia para impedir que curioseara a su gusto ; y del aspecto de los comensales en

general, de la conversación lánguida y mal color de la inglesita y de ese no sé qué de las situaciones tirantes, deducía el señor juez temeraria consecuencia: como que estaban todos, usando su expresión pintoresca, «como cuando a uno se le atraviesa un *güeso* en el gañote.» Luego el padre capellán, a quien se le iba la lengua siempre después de la comida, corroboró estas impresiones confesándole en el corredor «que habían pasado días malos y días buenos, algunos malísimos y los últimos excelentes; pero que desde la Purísima a la fecha el cielo parecía tan tormentoso, que su influencia en el estómago dejábase sentir al extremo de que se gastara todo su bicarbonato, y así le pedía le mandase con el cartero veinte centavos de la dicha sal, indispensable en aquel que, si antes fué purgatorio, era infierno desde el malhadado casamiento de don Josecito.»

La tarde que el don Zacarías contó estas cosas se estrecharon en su torno los sillones de la tertulia, sobre los respaldos apoyáronse muchos de los desbandados *picaflores*, y todos le sofocaron con preguntas y exclamaciones; él, que no tenía ya botón que desabrochar, con permiso de la decencia, se echaba aire con una pantalla, y protestando del asedio, amenazaba suspender el relato y dejarse en el tintero muchos puntos más interesantes que acaso explicaran o, por lo

menos, pusieran a todos en el camino de la inducción para el descubrimiento de tantos misterios. ¿Qué habían de alzar el cerco los tertulianos después de esto? Le apretaron más; pero don Zacarías, o porque la respiración le faltaba o no sabía palabra, se estuvo resoplando y agitando la pantalla sin hablar; gracias que las damas lograron averiguar qué color de vestido gastaba la condenada inglesita.

Como de la tertulia de Pardales la murmuración corría y se desbordaba por todo el pueblo, el Trigal entero parecía preocuparse de lo que pasaba en *La Justa*, y sobre la base efímera de un rumor se edificaban castillos de disparatadas conjeturas. No poco se prestaba a ello la historia circulante acerca del génesis de la boda, en que hasta la figura de don Fabio mostrábase empequeñecida, aunque nadie supiera de fijo qué intervención le cupo; mas la rapacidad de los Stuart parecía tan evidente, que no quedó ninguno que no les diera su dentellada, y no se levantaba la sesión diaria de la acera sin que alguien cerrase el capítulo de la crítica de esta o parecida manera:

—De todos, el mayor indecente es el hermano. ¿Saben ustedes que exigió que le habían de dar trescientos mil pesos? Y, según aseguran, se los dieron, porque lo que la abuela quería era casar pronto al nieto, para evitar que, exa-

cerbado por la resistencia su estado mental, muy débil, como todos sabemos, se le volviera loco de veras o hiciese lo que su hermano Jacobo... Total, que en este asunto no hay más que pequeñez, interés ruín y bajeza. Todo esto revuelto levanta los caramillos que tanto molestan a don Celedonio, el buen amigo de nuestro don Ignacio. Y el día menos pensado, se hunde *La Justa*... ¡Ya lo veremos!

Entretanto, se aproximaba la fiesta de Santa Genoveva, patrona insigne del Trigal, y en el corro de don Zacarías, en el *Picaflor* y en todo el pueblo olvidaban el tema de marras para ocuparse algo de los preparativos.

Misia Petrona quería que su baile, este año, superase a los anteriores, para humillar a los de *La Justa*, a quienes no pasaría invitación: siempre la señora abuela y Melchora habían venido, asistiendo desde los balcones de la Municipalidad, engalanados con guardamalletas azules y blancas, a la función, vendiendo cedulillas para la rifa que, a favor del hospital, organizaban las damas, y en las que el premio más costoso era obsequio de la familia de Esquendo, y mostrándose con todos muy amables y llanas en demasía. Pues si esperaban esta vez convite, buen chasco las aguardaba: encabezando la conjura femenina misia Petrona, cu-

yos humos de *jueza* guapetona y elegante *El Aura* comparaba a la altivez de Cleopatra «en su esquife de oro y marfil» la lección que el cotarro daría a la familia vecina había de serle provechosa.

Con esto, el elemento mujeril andaba alborotadísimo : para organizar el bazar que se instalaba en una de las salas de Pardales, necesitábase la mar de objetos, baratijas de toda clase que los pocos comercios del pueblo, aun extremando su discutible caridad, no podían facilitar, y la que sabía bordar, bordaba, y pintaba un mamarracho la pintorcilla, y de lo que no valía, por su escaso precio o su mal estado, se desprendían generosamente unas y otras, colocándose todo con simétrica propiedad sobre la mesa tendida de blanco y festoneada de graciosas caídas de *tarlatán* celeste : pastillas de jabón, relojeras de terciopelo, almohadillas de canutillo, frascos de agua de Colonia, licoreras de metal, figuritas de barro, muñecas de madera... lo invendible y lo inservible en vistosa exposición frente a la ventana abierta, para tentación y gancho del público. La señorita Antonina, Benita y muchas otras de las principales, se pasaron sus quince días confeccionando chucherías con retazos y sobras de trajes archivados ; la médica regaló un jarrito de Bohemia, que tenía el asa pegada ; una caja

de música con la cuerda rota la mujer de Herreros, el silencioso; un caballito de tres patas la *Picaflora*, o sea la señora confitera, media docena de cartuchos y una fuente de yemas revenidas; misia Petrona dos *fichús* de encaje barato, que usó dos veranos, y que lavó, engomó y planchó a la perfección, cambiándoles las cintas... *El Independiente* cada mañana publicaba los nombres de los donantes, y el prurito de la vanidad removía los sentimientos caritativos del vecindario, que seguía echando al bazar lo que reclamaba el basurero.

Muy adelantada llevaban todos su piadosa tarea, cuando el mozo Regino, de *La Justa*, se presentó una mañana en casa de Pardales, y dejó a misia Petrona corrida y deslumbrada; porque de un gran cesto que sobre el caballo traía, sacó primero un almohadón de raso y terciopelo, bordado en oro por la señora Melchora; luego una muñeca mecánica que decía *papá* y *mamá*, ricamente ataviada, de Pastorita; un anillo de piedras finas en su estuchito blanco, de la señora Victoria, y un servicio de te, de porcelana china, de misia Justa. ¡Qué rumbosidad, cuánta riqueza! Asimismo, misia Petrona limitóse a dar las gracias, y no se ablandó enviando el recado de todos los años: que vinieran un ratito a aburrirse y tomar un

mate de confianza. ¡Ah, si supieran cómo iban a divertirse todas, rabiarían, de fijo!

Era la casa de Pardales de planta baja, tan amplia, que parecía cuartel, y en ella estuvo instalada la antigua Municipalidad; sobre la plaza tenía cuatro salones, empapelados de blanco y oro, con techo de lienzo, en el cual, lo mismo que en las paredes, las goteras, peste de casas bajas, habían dibujado mapas extravagantes; las cortinas, blancas, de tul; la sillería, de rejilla; por alfombra una estera ya gastada y ruedos delante de cada sofá, con el perro, el tigre o el cazador consabidos; sobre alguna consola, ramos de pluma y el álbum de felpa, panteón fotográfico de toda la parentela; pendiente de clavos dorados y de cordones rojos desvaídos el óleo criminal de misia Petrona y de Pardales, tan calumniados, que nadie les reconocía; como no había gas en el pueblo aún, gastaba la señora petróleo y bujías, que dentro de un fanal defendía del aire en delgados candeleros de cobre, y en un ángulo, el piano, un cascajo donde tocaba los valses, polcas y mazurcas de moda el concertista más famoso del Trigal, el negro *Isabelita*, apodo que denunciaba sus femeniles trazas e inclinaciones... Pues, tales eran los *salones* de misia Petrona, ni más ni menos; se necesita la imaginación fogosa de los cronistas de *El Aura del Plata*, y todos sus

recursos de retórica desbocada, para ver magnificencias, prodigios de arte y luz deslumbradora en la rústica y sombría desnudez que se ha descrito, sin agravio para la familia.

Así, los preparativos de que hablaba la señora *jueza* se limitaban a quitar los tules de las lámparas, estorbo de las demasías del insecto vil, enemigo de la pulcritud y tentador de la paciencia ; multiplicar candeleros, hacer fregar las losas del patio, comprar un par de kilos de dulces, llenar dos garrafones de limonada y enviar recado a *Isabelita;* con esto se llenaba la casa de alegre juventud y se inflamaba el estro de los de *El Aura.*

Mayor fatiga cabía al marido que, en su carácter de presidente de la comisión de festejos, se sofocaba discutiendo, disponiendo, tratando con la canalla funambulesca, los de la pirotecnia y sus colegas alborotadores e impertinentes, para ganarse, a la postre, el gran acceso de disnea y las críticas del vecindario descontentadizo, que medía las varas de tela gastada en banderolas, contaba los farolillos de la plaza, inspeccionaba la merienda municipal, y en todas las sumas del programa metía la nariz, en razón de la poca confianza que las famosas uñas de Pardales inspiraban al público, seguro de que, por lo menos, algunas migajas que-

darían entre ellas para pagar su fiesta particular.

Quedaran o no (*caso concreto* imposible de verificar, como los otros), lo cierto es que sin don Zacarías no se hacía nada, y gracias a su actividad todo estaba en su punto el día señalado, y la candidez trigaleña podía extasiarse en la admiración de tanto gallardete, del castillo de pólvora levantado frente a la iglesia y del vistoso ropaje de balcones y ventanas : en medio de la plaza el tinglado para los acróbatas, en un costado los aparatos, con trazas de horcas, para la corrida de sortija, y en un ángulo el popular *palo enjabonado*, atractivo mayor de cuantos bobos han sido en los pueblos. Tenía la corrida de sortija este año uno grandísimo también, y era que la comisión, presidida por don Zacarías, dispuso que el anillo de perlas de la señora Victoria fuese disputado entre los campeones, y lo mismo los gauchos que los señoritos que alardeaban de jinetes, soñaban con el triunfo de ensartar la preciosa joya, aun a riesgo de una descalabradura.

Pues, señor : el día 2 hubo vísperas en la iglesia, se iluminó lindamente la plaza y se quemaron cohetes ; la banda de música tocó hasta pasadas las doce, con regocijo general y especialmente de los tertulianos de Pardales, que aprovecharon la ocasión para dar unas vueltas

de vals en sus salones a media luz, a pesar de las protestas de misia Petrona, que sólo atendía al despacho de su *tómbola*. Y el día 3, muy temprano, ya el Trigal entero estaba en la calle, tocaban las campanas, ardían las bombas, atronaba la murga los aires, se asaltaban las sillas dispuestas en torno al tinglado, y los que tenían papeleta para la Municipalidad, los felices que iban a gozar desde sus balcones, a la sombra y con envidiable comodidad, de la fiesta y de la merienda (o *lunch* que decía *El Independiente* para que le entendieran mejor), poco después de las once se estrujaban en la escalera y olvidaban el sermón que en el propio momento predicaba el padre Churrigorría sobre los méritos supranaturales de la Santa por ganar el mejor hueco, que siempre ha sido la frivolidad resorte que mueve a las multitudes.

En esto, con alegre rumor de colleras, apareció en la plaza el *break* de *La Justa*, y la noticia de que en él venían los recién casados circuló por todas partes y alborotó a todos, hasta a la misma misia Petrona, que fué la primera en salir a la puerta, seguida de las principales damas de la conjura, y recibir a los Esquendo con exageradas demostraciones de agasajo :

—¡ Sean ustedes los bienvenidos ! ¡ Cuánto me alegro ! Afortunadamente me encuentran

ustedes vestida... Pasen ustedes, pasen ustedes, que todavía es temprano. Por supuesto que ya habrán almorzado... ¡ Zacarías ! ¡ Alejo !

Descendieron los que en el *break* venían, y eran, además de los novios, Melchora, la maestra y Pastorita, y se refugiaron en el patio de Pardales muertecitos de calor y ciegos del polvo, pidiendo sin remilgos un vaso de agua, que la señora *jueza* hizo sacar del aljibe en seguida y presentó fresca y cristalina como derretida nieve la china desgreñada que en su escasa servidumbre tenía honores de doncella ; sobre si había de servirla con *panal* o unas gotas de limón, hubo enfadosa disputa, y al fin la bebieron sin mezcla, con grandes protestas de misia Petrona que, por extremar la amabilidad, mandó que trajeran una bandeja de *rosquetes*, obsequio que no desdeñó la golosa de Pastorita, engulléndose uno y guardando otro en el bolsillo, que puso perdido de azúcar. A todo esto, ni don Zacarías ni Alejo parecían, como que no estaban en casa, y misia Petrona descuidaba su *tómbola* para agasajar a las visitas ; en rueda, entre los tiestos de rosales y jazmines, a la fresca sombra del toldo, charlaba y charlaba con afectación de finuras y rebuscamiento de frases insoportables. Ya lo decía ella : que no podían dejar de venir. ¡ El día de Santa Genoveva ! Los trigaleños no se lo habrían perdonado. ¿ Por

qué no vinieron misia Justa y don Fabio? ¿La señora Vistoria *se hallaba* mucho en el pueblo?

Ella y las otras, Antonina y Benita, que llevaban más lazos, bullones, prendidos y zarandajas encima que para un carnaval, se pasmaban de la sencillez con que Victoria vestía, y sobre todo del sombrerillo que traía, un sombrero chato de paja adornado con dos cándidas alas de paloma, que daba a su cabecita rubia gracioso aire varonil. ¡Qué linda era, y qué modo de hablar el suyo! ¡Parecía mentira, señor, parecía mentira; una chica tan encantadora!... ¡Lo que hace el dinero! Y junto al mastuerzo del marido, la desproporción, la escandalosa diferencia resaltaba más, sobre todo cada vez que, con angélica suavidad, volvíase ella a decirle algo y él gruñía *jú, jú*, como cerdote amable.

Por reservadas razones, ni Melchora ni Clotilde chistaban; Melchora dale que le das al abanico, sin disimular el guerrero empaque y la sorda irritación, y Clotilde atenta sólo al portal esperando que entrara el dios de su fantasía, el héroe romántico de sus poemas... Y ni el ingrato llegaba, ni dejaba de abanicarse Melchora, ni de charlar la *jueza*, ni de observar envidiosas las otras, ni de sonreir Victoria, máscara que no ocultaba su infelicidad patente, ni de hacer *jú*, *jú* Josecito, espatarrado muy a gus-

to en el sillón junto al aljibe, en incorrecta postura.

—¿No quieren ustedes vér el bazar? —dijo misia Petrona. —Vengan ustedes... De todos modos, hasta las dos no empiezan las *pruebas*. Tenemos tiempo. Luego iremos a la Municipalidad, que no nos faltará hueco en el balcón. Y comerán ustedes aquí, ¿verdad?, para asistir al baile un ratito siquiera: el camino de *La Justa* es seguro y hace luna...

Miró Victoria a Melchora, delegada en regla de la autoridad de la abuela, y Melchora, con sequedad impertinente, determinó que sí, que se quedarían al baile, aunque los trajes no fueran a propósito. Las damas trigaleñas protestaron. ¡Jesús! ¡Cuando estaban tan *paquetas!* ¡Con quitarse los sombreros!...

Aunque no tenían humor de abandonar el delicioso patio, fueron a ver el bazar, y se admiraron, o hicieron que se admiraban, ante el montón de baratijas, que no pocos pazguatos, amontonados en la ventana, disputaban a la suerte. Llena estaba la plaza de alegre muchedumbre, que, como desbordado arroyo en todas direcciones se esparcía, atropellaba, saltaba, retrocedía, y murmurando ante cada obstáculo se arremolinaba, entre el polvo, bajo el sol de plomo, a los sones de la murga escandalosa y del furioso repicar de las campanas, ebrias de tan-

ta voltereta, y el tronar de cien morteros... Ondulaban las banderolas al tope de los mástiles, y el contagio del regocijo popular invadía el ánimo.

—Mire usted, mire usted—decía radiante misia Petrona.—¿Qué tal le parece a usted nuestra fiesta?

De pie, delante de la ventana que un lienzo blanco cubría hasta la mitad con este negro letrero: *A beneficio del hospital...* la elegantísima figura de Victoria ofrecíase a la curiosidad trigaleña, como en un escaparate la obra de arte más hermosa. Ella miraba el tumulto, sin apreciar detalle, sin notar el interés descarado, compasivo y a veces malévolo con que de dentro y de fuera era asaeteada; miraba, sin ver, el alma ausente, un poco pálida, cargada de acíbar la boca por causa del reciente disgusto, del horrible disgusto...

Poco menos que a la fuerza la habían obligado a venir; ni pretextos ni quejas le valieron; hasta el mismo don Fabio, que solía prestarla el escudo de su simpatía, hubo de rendirse ante el imperioso mandato de la tirana. «¡Lo mando yo!» Y todo el mundo boca abajo. Hiciéronla vestir de prisa y corriendo, tomar el almuerzo abrasándose, subir al carruaje en volandas; olvidó la sombrilla, el pañuelo, un broche; quiso volver a su habitación, y la abuela y la cuñada

se lo impidieron con malos modos, con ofensivas reticencias, echando por ojos y boca la lumbre del odio. «Sí, sí, pretextitos...» «Nada, no es mal broche el que se te habrá olvidado...» «Métenos el dedo en la boca...»

La más fea palabra la dijo Melchora, que disponía de un vocabulario exquisito, y hostigada de esta manera subió al carruaje. Por cierto que en el camino ni con Clotilde cruzó palabra, reteniendo las desaforadas ganas de llorar... ¡ Ay ! la guerra de familia llegaba ya a un punto insostenible : sospechas injustas, vigilancia humillante, acechos, delaciones, insultos, todo se removía en contra de ella, sin razón ; ¿no era poco haber entregado su voluntad en manos de la *Nerona*, abdicado completamente, y hallarse sometida y esclava al extremo de que lo más insignificante le fuera prohibido? Seguida siempre de Pastorita, el pequeño y perverso espía, de comunicar con el aire mismo había de guardarse ; la vez que volvió doña Mónica, no se apartó Melchora de su lado... A la segunda visita de Ladislao, hubo de confesarle que, *aunque hacia todo lo posible*, no podía, no podía ; enfadándose tanto Ladislao, que creyó lo mejor callarlo todo y dominar como pudiera sus accesos de rebelión y desfallecimiento. Y así enflaquecíase y desfiguraba, ven-

cida en el diario combatir de aquella guerra casera...

El alegre gentío aumentaba en la plaza, y Victoria no veía nada, con la ingrata preocupación que la absorbía enteramente. Sintió que la maestra la tocaba el codo, y apenas despertó de su abstracción ; otro codazo de Clotilde, y la señal de su abanico que apuntaba a alguien que en derechura de la ventana venía hendiendo las masas, la distrajo y obligó a mirar ; y vió entonces que el que se aproximaba era un mozo vestido con elegante traje de equitación, bastante afectado en la postura y en la caída truhanesca del chambergo gris sobre los ojos ; no traía pluma blanca, ni espuelas de oro, y, sin embargo, era el héroe, el dios vislumbrado en la torrecilla de Clotilde, ante la evocación de sus versos amorosos, porque misia Petrona, traduciendo el ademán de la maestra, exclamó a sus espaldas orgullosamente :

—¡ Ahí está Alejo !

Era Alejo, el joven del chambergo gris, de las botas rubias de caña y del latiguillo, ¿aquél, aquél era? ; en verdad, nada de particular le hallaba Victoria, y cuando al pie de la ventana se descubrió ante las damas y mostró la cabeza reluciente de pomada, partido al medio el cabello por correcta raya de peluquero, Victoria

hizo una mueca de decepción y se volvió hacia Clotilde.

Pero tropezó con Melchora, cuyos ojillos, enterrados en las cuencas bajo la grasa que redondeaba su cara como una pelota, despedían llamaradas, y su abaniqueo furioso la advirtió elocuentemente :

—¡ Cuidado ! que no te pierdo de vista...

V

Cuando llegó don Zacarías, sudando como un botijo, ya las damas, capitaneadas por Alejo y escoltadas por Josecito, que galantemente las cedía la tarea de abrir paso, disponíanse a cruzar aquel borrascoso mar humano, empresa tan difícil como la de un barquichuelo que en el Océano se aventurase ; así, Melchora, cual arrepollada gallina clueca, revolvíase para defenderse entre las apreturas ; magulláronle un pie a la señorita de Paces ; a riesgo de perderse estuvo Pastorita bajo el oleaje de cabezas, y tan grandes achuchones sufrieron todos (particularmente misia Petrona, que vió desgarrado el nuevo *fichú* de su invención), que don Zacarías llamó

a dos obscuros *milicos* en su auxilio, los cuales, con empujones corteses y amables palabrotas, según regla y costumbre policiacas, despejaron el camino y les condujeron hasta el portal de la Municipalidad, sin quebrantos mayores, pero tan molidos y descompuestos que más no podía ser.

Estaba el portal adornado con plantas muy hermosas, y una tira de moqueta roja por el centro de la escalera ofrecía blando tapiz; sobre ella se precipitaron todos, y no fué empresa menos ardua la de entrar en el salón, lo bastante para que se deseara de nuevo el eficaz auxilio policial. Entraron, no se sabe cómo, pero entraron, al cabo, y siendo lo arbitrario indispensable recurso de toda autoridad que se estima, hizo el gran Pardales, con no mejores razones que los obscuros polizontes, que dejaran hueco en el balcón las damas que por derecho de conquista le ocupaban, instalándose a sus anchas, con perjuicio de las vecinas madrugadoras, las recién venidas, entre murmullos de desagrado... La señora *jueza*, como reina que ocupa un trono, saludó con sonrisitas de benevolencia a todos lados, y al cura don Ignacio, que en la próxima ventana de la iglesia erguía su marcial figura tras la cortina de enredaderas y los tiestos de claveles y alelíes, envió cabezadas amistosas, que decían:

—¡ Qué bien estamos, padre! De algo ha de servirle a uno la autoridad.

Por acaso, o de propósito, vino a quedar Alejo entre Victoria y Clotilde, más ocupado de Victoria que de Clotilde, con alardes de fatuidad impertinente que a los *picaflores* de abajo enrabiarían de celos. El sol no las molestaba, y desde la privilegiada altura era tan bonito el espectáculo, que la misma Victoria se distrajo plácidamente; como se vuelven los girasoles al astro que los deslumbra, todas las caras volvíanse hacia ella, y orgulloso de compartir la atención general, no daba paz Alejo a sus bigotes ni a la lengua, mientras la desdeñada maestra se impacientaba, fulguraban los ojillos vigilantes de Melchora, y el bobo de José y la niña Pastorita abrían la boca extasiados; él se esponjaba, afectando aire de misterio para decir a su vecina de la derecha cosas tan importantes como estas:

—¡ Hace un calor horrible, horrible!; aquí en verano hace siempre calor. Pues, ¿y en invierno?, se pasan unos fríos...

—Diga usted—preguntó Victoria,—¿qué palos son esos pintados de verde?

—Esos, ¿esos de enfrente?; son para la corrida de sortija. ¿No ve usted en este de acá una cosa que brilla y unos lazos blancos y celestes que cuelgan?, es el anillo de usted, que

nos vamos a disputar todos los jinetes del pueblo.

—¿Ahora?

—En cuanto acaben las *pruebas*. Por eso me ve usted con este traje... Está hecho en Buenos Aires por un sastre inglés. ¡Oh! yo soy muy inglés... y me precio de montar muy bien a caballo. ¡Lo que es su sortija de usted, me la gano yo!

—Pues tendré mucho gusto—contestó Victoria, apartándose algo del necio para dar a Clotilde pretexto de ajustar cuentas.

Mas él se inclinó de nuevo, preguntando en voz baja:

—¿Ha asistido usted alguna vez, señora, a una corrida de sortija?

—¿Yo?, nunca... Mire usted, Clotilde, ¡qué gracioso!; mira, Pastorita, ahí tienes al payaso...

—Es un *sport* muy entretenido. Se necesita mucha agilidad, buena vista, buen pulso... A mí me parece que nadie me aventaja, y si no, pronto lo va usted a juzgar. Porque yo...

—¿Ves el payaso, Pastora?—insistió Victoria.

—Sí—dijo la chica,—y también la que salta en la cuerda.

No hubo más remedio que concentrar toda la

atención en la plaza. Encima del tinglado habían puesto dos equis unidas por un delgado alambre, que recorría de un extremo al otro una niña de poco más de doce años, con mallas de algodón color de rosa, señalando sus formas mezquinas, y tonelete de seda verde: empuñaba una banderita argentina en cada mano, y sobre el alambre se acostaba, se sentaba y hacía mil piruetas inverosímiles, que el público aplaudía a rabiar y comentaba con visajes y sandeces el payaso que secundaba sus juegos, y en los intervalos de descanso con ejercicios gimnásticos muy celebrados, a los sones de la música infatigable.

Después de la niña del alambre apareció un mozallón muy recio, que hizo danzar un globo azul en la punta de los pies, y dió al que figuraba el mundo tales golpes, como en mala hora pesimistas y desesperados quisieran aplicarle; luego, otro que echaba cintas por la boca, y uno, cubierto todo de lentejuelas, relumbrando muy lindamente, que se tragaba carbones encendidos, mascaba lingotes de hierro y bebía tinta, petróleo y más porquerías, o lo fingía de tan pasmosa manera, que era la admiración de cuantos le veían.

—Pero, ¿es de veras que se come todo eso?— preguntaba Pastorita.

—¿Es de veras?—preguntaba, espantado, Josecito, dejando correr hilos de baba.

Y como no oía la respuesta, repetía sus *¡jú, jú!* de asombro, palmoteando infantilmente a cada nueva payasada.

—Lo bueno será la pantomima—dijo Pardales, que en la segunda fila se esforzaba por meter la cabeza;—parece que es graciosísima. Se titula *El poderoso caballero o la subasta de un corazón.*

—Maldita la gracia que tiene el título—indicó la maestra, a quien el desvío de Alejo ponía nerviosa;—pura vulgaridad.

Misia Petrona y Melchora, ambas a la vez, opinaron que lo vulgar no excluye lo gracioso, y que el titulillo aquel prometía, por lo menos, gran fondo de verdad, de moral y de sátira, todo lo cual era demasiado para una humilde pantomima al aire libre; subrayando Melchora su juicio con abanicazos sobre la palma de la mano, tosecita y zarandeos de la cabeza, dedicados claramente a la cuñada:

—¿Entiendes? Es tu corazón el que van a sacar a la vergüenza, a ponerlo en la picota. Si lo hicieran adrede, no lo hacen mejor. A ver si tu pachorra inglesa te deja salir los colores a la cara.

—Ese *poderoso caballero*—dijo el joven Pardales, insistiendo en el *sotto-voce* y con el aire

de quien ha descubierto un mundo—será algún viejo rico... Lo de siempre : que vence el rico y se lleva a la muchacha. Mi gran experiencia...

—¡ Ay ! Miren ustedes, miren ustedes.

Pastorita anunciaba el nuevo número del programa : el trapecio volante y las barras fijas ; todo en contorno del tinglado habían tendido una red, y lo curioso del espectáculo agitaba a la multitud, cuyo clamor subía mezclado al estampido de los cohetes y al golpear de bombos y platillos. Salieron tres muchachos, rubitos los tres y no muy granados todavía, y ya en el trapecio, ya en las barras, ejecutaron sorprendentes ejercicios, volteando rápidamente, haciendo de pelota por los aires, enganchándose el mayor de un solo pie mientras sostenía al mediano con las manos y al pequeño con los dientes... y otros arriesgadísimos juegos que ponían el alma en un hilo. Pero los aplausos, las risas y el triunfo inmenso fueron para el perro sabio, que se presentó luego vestido de juez a la moda francesa, con blanca peluca rizada, toga roja y enorme corbata como los *fichús* de misia Petrona : el cual sentábase delante de una mesa, que ostentaba tintero y campanilla, y hacía que juzgaba a cuatro falderillos, acusados de haber robado cierto pernil, y, después de ladridos elocuentes, les corría a mordiscos y sobre

la misma mesa, altar sagrado de Themis, devoraba tranquilamente el pernil en litigio... Ciertamente, no había en esta farsa alusión alguna al dignísimo don Zacarías; pero todos los ojos, en el balcón de la Municipalidad, buscaban intencionadamente la conocida estampa del que era gloria y orgullo del Trigal; mas él no se mostraba, dedicado en aquel momento a refrigerar su abrasada garganta con vasitos de limón helado en el *buffet.*

A donde no tardaron todos en seguirle y en imitarle, menos Pastorita y su tío, que no querían despegarse del balcón; misia Petrona, con la señora de Herreros, la intendenta, hizo los honores a su modo, es decir, ofreciendo todo a probar, las frutas, los dulces, los vinos y los refrescos (que como procedían del *Picaflor*, por sabido se calla era de lo más malo que han preparado las manos pecadoras de un confitero...) y mareando a fuerza de insistencia empalagosa, en lo que la intendenta, a la verdad, no le iba en zaga, y así las dos, en vez de atraer despedían con las exageraciones de su amabilidad. Por supuesto, que lo que llamaban *buffet,* a la francesa, para mayor rimbombo, era una mesa sola en un extremo del saletón principal, sin otro adorno que los platos de golosina, que nadie tocaba por no dejarse en ellos los dientes; pero, bastaba la vista de una garrafa

de aquéllas, llena de la turbia mezcolanza en que se sumergían amarillas ruedecitas de limón, y escarchada de frío, para alegrar los corazones.

Huyendo de los poéticos reproches de Clotilde, el joven Alejo, a fuer de caballero superfino, de *porteño* versado en las reglas de la galantería, sirvió a Victoria un refresco y la entretuvo con la relación de unas carreras en el Hipódromo, en que no hubo más héroe que él, ni mayor triunfo que el suyo, ni más soberbio caballo que su caballo; mezclando para expresarlo terminachos tales como *record*, *forfait* y otros extranjeros, aburriéndola de modo que no sabía ella cómo excusar y ocultar la poca atención que le prestaba; mas él, ya de un lado, ya del otro, la seguia para reanudar el cuento:

—Y apenas dieron la tercer palmada ¡zas!...

Algunas señoras, con manifiesta cortedad de lugareñas, se hacían presentar a las de Esquendo, y se armaban caramillos sobre el calor, el horrible calor... Volvieron al balcón, porque Pastorita anunció que empezaba la pantomima, y mal que bien, colocáronse como antes, a tiempo que en el tinglado aparecía el *poderoso caballero*.

El cual era un viejo con unas barbazas hasta la cintura, vestido como los nigromantes, de sotana negra con estrellas doradas y bonete apuntado de cucurucho; quería casarse el buen se-

ñor y también querían casarse tres mancebos de blancas túnicas, que le acompañaban, a cuyo efecto traía el viejo en la mano una bolsa y cada mancebo sobre el pecho un letrero que decía: el del uno *Talento*, el del otro *Valor* y el del último *Nobleza*, con lo que se daba a entender las cualidades que a cada pretendiente adornaban, y el capital que aportaba a la boda, bastando el detalle de la bolsa en el viejo para expresar que representaba la *Riqueza*. Todos cuatro, pues, llegaban a casa de un personaje que tenía tres hijas, las que, muy ostentosamente ataviadas, lucían también sobre el pecho, no un cartel, sino un corazón bordado en rojo, el de la mayor mordido por verdes culebras; el de la segunda por negras arañas, y limpio y puro el de la tercera, clarísima significación de que las dos mayores esclavas eran de malas pasiones y la pequeña dechado de bondad y de inocencia.

Luego de mudos parlamentos con el personaje aquel, papá o tutor o tío carnal de las tres niñas, que esto ningún rótulo explicaba, poníanse en fila los candidatos, el viejo el último, y delante habían ellas de pasar, poniendo la mano en el hombro de aquel que aceptaran. Pasó la mayor ante el *Talento*, y nada; ante el *Valor*, y nada; ante la *Nobleza*, y nada... yendo a posar su mano sobre el hombro de la *Riqueza;* pasó la segunda e hizo lo mismo, y

lo mismo la tercera, la del corazón puro y limpio. Huían entonces los desdeñados mancebos, y las tres doncellas se disputaban a golpes al viejo, venciendo la menor, la del corazón inmaculado, que, en el punto de su triunfo, aparecía con las verdes culebras y las arañas negras de las hermanas, además de otros bichos más feos y repugnantes...

¡ Qué bobo y qué estúpido pareció todo esto a la señorita de Paces ! ¡ Jesús ! ¡ qué vulgar, qué grosero ! Bueno para el público soez que lo aplaudía, sin darse cuenta del infame baldón que para la mujer importaba. ¿ No había amor entonces, desinteresado y leal? ¿ No había mujeres que amasen? ¡ El oro, el oro ! ¿ Qué es el oro para la mujer que ama? Y las había, ¡ vaya si las había ! Fijaba sus ojos aterciopelados en el distraído Alejo, excitadísima por la romántica indignación. Pero Melchora aplaudía. Muy bien, muy bien ; sí, señor. Aquello era la verdad pura. ¡ Qué filosofía más profunda encerraba la piececilla !

—A mi juicio—dijo misia Petrona descontenta,—mucho exagera ; además de injusta, peca de falta de galantería.

Y don Zacarías soltó la perogrullada :

—Naturalmente : las hay buenas y las hay malas...

Entre el rumor de las críticas, las risas y el vaivén de la gente, abajo, que asaltaba tumultuosamente posiciones para la corrida, Victoria callaba, en la actitud de inmovilidad e impavidez estudiada que en los asaltos caseros adoptaba prudentemente, y le servía de mejor defensa que ninguna otra, porque el silencio es también un arma, y manejada con habilidad, más poderosa en ocasiones que la elocuencia. Callaba, pues, Victoria, y sólo en el ligero sonrosado que, bajo el velo, encendía sus mejillas, demostraba su contrariedad, la mortificación de las alusiones asaz transparentes contra la mujer vendida, si no a un viejo, a un memo. Josecito, que nada había comprendido de la pantomima, preguntaba :

—Pero ¿por qué se van todas con el viejo? ¿Y por qué se fueron los otros? ¿Y por qué...?

—Mira, explícaselo—indicó cruelmente Melchora a la cuñada.

Alejo se despedía de las damas, muy arrogante, como gallo que sale al circo, alta la cresta y apercibidos los espolones, seguro de vencer a todos sus rivales. De abajo las saludó con el chambergo, y Clotilde agitó su pañuelo, como en la torre, oprimido el corazón por la ansiedad de su triunfo, y misia Petrona, inflamada por el orgullo maternal, se echaba sobre la barandilla para verle a gusto :

—Ahora viene lo bueno. Se los va a llevar a todos en el pico. Esperen ustedes... Como que monta como un *minotauro*.

Parecióle a don Zacarías que su mujer había dicho un desatino, pero no se atrevió a enmendarlo, de miedo de meter la pata. La que se rió fué Clotilde, discretamente, y soltara la carcajada si Victoria la secundase; pero Victoria no escuchaba, perdido el pensamiento entre la muchedumbre. Un pelotón de milicianos despejaba la calle, y a la manera de las aguas que van cerrándose tras de la barca que hiende la corriente, así que el piquete pasaba, cubríase de pilluelos nuevamente la carrera, y unos se encaramaban a los árboles, otros sobre los faroles, atropellándose con grande algázara y daño de los mirones pacíficos que en los bancos del paseo contentábanse con estar de pie; tres veces recorrió el piquete la carrera para el despejo, sin conseguirlo del todo, a pesar de tal cual mandoble, y no lo conseguiría nunca, que a tanto llega el desprecio al principio de autoridad, si el galopar de los caballos, anunciando el peligro, no dejara el espacio más raso que una tabla: entonces el vocerío fué inmenso...

Y a lo largo de aquellos maderos que parecían horcas, y a cuyo extremo colgaba una sarta de escalonadas anillas de cobre con cintas azules y blancas, aparecieron corriendo, a todo el furioso

correr de sus caballos, muchos hombres, unos doce, según la cuenta que al rápido desfilar se hizo, en ordenada procesión; traían todos levantado el brazo derecho, y en la mano una corta y puntiaguda varita con que al pasar debajo de los maderos aquellos ensartaban, o intentaban ensartar, una anilla, y a cada anilla que ensartaban la plaza entera aplaudía: y era el que venía a la cabeza un gaucho de bastantes años, curtido del sol, de barbas grises, de chaqueta y chiripá negros, la camisa y el *cribado* calzoncillo blancos, tan seguro sobre el arrogante potro, que daba la más acabada idea del centauro, que quiso decir la de Pardales; de menos edad era el segundo y casi un niño el tercero, con jaez de plata los dos, de plata las estriberas y adornado de plata el *tirador*, como los que venían detrás, los mejores jinetes del partido. Entre ellos, y haciendo contraste al gauchesco acompañamiento, se destacaban cuatro *picaflores* del brillante enjambre, gala social del Trigal, con todos sus arreos a la inglesa, la fatuidad a la grupa y la torpeza a la vista.

Porque era cosa de burlas verles cómo pasaban doblándose, saltando sobre las sillas, estirados los cuellos, las piernas tiesas como de palo, el brazo ansioso por llegar, y ni llegaba el brazo ni ensartaban nada, mientras los jinetes campesinos, con la tranquilidad y el aplomo de

maestros avezados a toda clase de proezas ecuestres, lo mismo los viejos que los jóvenes, metían la varita en la anilla con tanta limpieza y tanto desahogo y gallardía, que la plaza resonaba con los aplausos, y de ello corríanse los *picaflores* y se esforzaban por pescar una siquiera, Alejo sobre todo, que cada vez que bajo los balcones municipales tocábale ejercitarse, sudaba de vergüenza de los golpes marrados y de mostrar siempre virgen la vara.

Los palmoteos, los gritos y los apóstrofes enardecían a los jugadores, y de unos y otros la rivalidad aguzaba la destreza ; había gaucho que llevaba ocho anillas ensartadas, y el de las barbas grises y aquel niño del jaez de plata, maravillosamente de cada madero sacaban una, cuyas cintas nacionales, ondeando sobre sus cabezas, les formaban una aureola de triunfo ; pero la sortija de perlas finas de la señora de Esquendo, colocada muy alto a posta, ni el gaucho primero, ni el niño, ni nadie, lograban alcanzarla ; Alejo lo intentó varias veces, y una de ellas casi dió una caída, que fuera mortal si llega a darla, seguramente.

Todos lo intentaban, los diestros y los chambones, y como si disfrutase la joya de mágico encanto, no había varita que la rozara ; era la única que quedaba en los desnudos maderos, frente a la casa municipal, donde la flor y la

nata del pueblo apiñábase curiosa, pronta a vitorear al triunfador : el sol de la tarde le arrancaba chispas diamantinas, que deslumbraban a los jugadores, y ciegos, marraban todos fatalmente. Seis vueltas llevaban dadas, la ansiedad y el clamor crecían, la rabia de la impotencia confundía ya a los doce perdidosos... y de pronto apareció un nuevo jugador, sumándose a los demás como por ensalmo, pues nadie le vió venir ni que saliese de parte alguna, como no fuera de las entrañas de la tierra : jinete en un alazán soberbio, volcado el chambergo sobre la aguileña nariz, el poncho sobre el hombro, el chiripá negro y bastante estropeado, la barba y la melena como el azabache, hermoso en la apostura, caballero fantástico, que como un vértigo pasó bajo el madero encantado y de un solo golpe ensartó la joya, desapareciendo en la calle inmediata.

El pasmo, la admiración, se condensaron en un solo grito : «¡ Viva !» En los balcones los pañuelos saludaron. Y seguidamente se oyó un nombre que mil bocas pronunciaban, colosal trompetazo :

—¡ Es el *Mandinga !*

¡ El *Mandinga !* el gaucho malo, el cuatrero, el hijo de *ño* Camilo, el perseguido de la justicia, que en las propias barbas de la autoridad, y a la luz del día, delante de todo el pueblo,

salía de su escondrijo y de todos se burlaba. La confusión era grande, el alboroto en la plaza inmenso: los milicianos atropellaban, el señor comisario, furioso de la burla, daba órdenes y se hacía un lío, corrían las gentes, reíanse los maliciosos, aplaudían muchos, y arriba, en el balcón municipal, gritaban don Blas y don Zacarías.

Con tan espantoso tumulto, no quisieron las damas moverse del balcón, y allí se estuvieron hasta que vino Alejo y las contó que el *Mandinga* no parecía por ninguna parte, y tras de él había salido el piquete entero de milicianos; que en casa de Donato no podría refugiarse, como otras veces, porque acababa el comisario de cortarle el paso del puente desprendiendo una pareja, y que a Herminia, la novia, le dió un patatús en la misma plaza, donde presenció la insolente heroicidad del bandido. ¡Ah, criollo, gaucho montaraz! ¡Ya le ajustarían las cuentas! ¡Porque miren ustedes que llevarse la sortija de la señora de Esquendo!

Misia Petrona estaba disgustadísima de que de manera tal hubiera terminado la fiesta, y el intendente y don Zacarías se marcharon a unir sus fuerzas autoritarias a las muy mermadas del comisario, y tratar de castigar la temeridad y la desvergüenza del audaz cuatrero. Ya la multitud se esparcía en todas direcciones, y de

la Municipalidad, entre comentarios y sátiras, bajaban los escogidos del día ; decidiéronse entonces a bajar también las damas, y tranquilamente atravesaron la plaza, oyendo a Alejo que decía :

—Si mi caballo no hubiera estado cansado... ¡ La suerte del *Mandinga* es que mi caballo estuviera cansado !

Caía la tarde. Y mientras Melchora y misia Petrona comentaban el suceso, y Pastorita lo explicaba al tío, con gritos y a su modo, Clotilde, de bracero con Victoria, muy bajito, la confiaba sus dolorosas quejas.

—¡ Ay ! Es inútil que usted quiera consolarme ; ¿ acaso no lo estoy viendo desde esta mañana? ¿Qué motivo he podido yo darle para desvío tan marcado? Ya mostré a usted su última carta : esperaba la fiesta de Santa Genoveva con ansia, ¡ es el único día de la temporada que tenemos libertad para hablar ! ¡ y ni una palabra ! ¡ cuando hemos de casarnos en mayo... cuando nos debemos la explicación de tantas cosas como de la Purísima acá han ocurrido !

—Me parece tímido—dijo Victoria, disfrazando así el juicio que le había merecido el galán.—Y, además, está obligado a pecar de discreto.

—Nunca fué tímido—contestó la maestra con

rubores de antiguos recuerdos ;—y discreto, bueno está que lo sea, pero no tanto ; ¡ valiente día de Santa Genoveva estoy pasando !

Todo lo que en las poéticas alturas de la torrecilla soñara Victoria, evocado por el estro de su amiga, se desvanecía como de la pintada tela el cuadro que borra una mano brutal. ¿Qué era el paladín del amor, qué de las delicias de la pasión compartida? Marchando Alejo delante, mostrábase tan distinto del otro, de aquel Lohengrin encantado, que causaba risa : sobre su engomada cabeza el casco de plumero blanco chocaría como algo que está fuera de su lugar, prueba elocuentísima de la eterna lucha entre la ilusión y la realidad ; que también de lo que creía sereno y dulce, la enseñaba el fondo amargo por boca de Clotilde :

—¡ Me siento muy desgraciada ! No sé si provocar una explicación, o darle la espalda... Hacer como él. Aconséjeme usted, señora Victoria.

Suspiraba Victoria, como si las penas de la maestra fueran propias, o parte de su desengaño la alcanzara a ella también ; y apenas se oían sus consejos de pura fórmula :

—Eso, eso ; háblele usted... Exíjale usted una explicación... Con mucha calma, que al fin no serán sino chiquilladas de novio mimoso... Y si usted quiere, yo le hablaré también, tra-

taré de sonsacarle, que, a falta de confianza, puede servirme la astucia.

En medio de la plaza, empujadas por unos y otros, no sabían adónde iban, y aquí y allá se paraban y no se movían hasta que el joven Pardales, batidor en ejercicio, daba la orden: «Por acá, sigan ustedes...» Clotilde, prendida de Victoria, dábale las gracias efusivamente:

—Sí, sí, ¡Dios se lo pague a usted! y cuanto él confiese, me lo cuenta usted. Esto sin perjuicio que yo le hable luego. Porque en estas cuestiones, las cuentas claras.

Habían cerrado la puerta de Pardales, con motivo del tumulto, y dieron sendos golpes para que abrieran, siendo necesario que misia Petrona se anunciara con el: ¡Yo!... más sonoro, que si no no abren, tanto miedo tenían todos al *Mandinga* y de tal manera a su solo nombre temblaba el pueblo. La que abrió fué la china, aquella desgreñada de la mañana, algo más limpia y compuesta; y conforme entraron, cerró de nuevo y atrancó la puerta, «no se le antojara al gaucho malo de colarse y esconderse, y a la media noche vengarse de la autoridad degollando a todos con su facón.»

—Calla y no seas *autera*—dijo misia Petrona.—A ver, ¿está la mesa puesta?

—No la he puesto todavía.

—¿Y qué has hecho, indina? ¡ah maldita!

¡ habrás estado en la azotea la santa tarde viendo las pruebas, holgazana! Dispensen ustedes, pero, ¿quién no estalla con estas mulas arreadas?

—Mamá—intervino Alejo,—mejor que no la haya puesto todavía, porque así la sacaremos fuera y comeremos aquí en el patio. Hace un fresco delicioso.

—¡ Ay! sí—aplaudió Pastorita,—comeremos en el patio. ¡ Qué gusto!

—Bueno; ya lo sabes: sacar la mesa y ponerla aquí. Con el permiso de ustedes, voy a dar una vuelta por la cocina; sabe Dios los bodrios que estará haciendo la cocinera... Yo lo siento, porque acostumbrados a la cocina francesa, van ustedes a hacer penitencia.

—¡ Qué esperanzas!—exclamó Melchora;—no se apure usted, Petronita, que no somos tan exigentes.

Fuése la señora de Pardales y la china detrás rezongando, con tamaña jeta; Pastorita, con el tío, quisieron ir a la sala del bazar, y se fueron, quedando las damas con Alejo en el patio, que embalsamaban los jazmines generosamente. En los sillones de rejilla, rodeando el aljibe, sentáronse Melchora y Clotilde, y despojadas de los sombreros, sobre el respaldo reclinaban la cabeza, mirando al cielo, donde las es-

trellas se encendían ya una a una... Entonces, Victoria se acercó a Alejo, diciendo:

—Señor Pardales, tengo que hablar a usted.

Y echaron ambos a andar, conversando, desde el zaguán hasta el fondo del patio, en interminables paseos, yendo y viniendo, sin que se les escuchara más que el murmullo del diálogo, y tal cual frase: «¿De veras?...» «Cuando no hay motivos...» «Se lo juro a usted...», y otras obscuras o embrolladas por la distancia y el tono bajo en que la discreción las sofocaba: pasaban y volvían, alejábanse con pausa y pián piano se aproximaban discutiendo aquello que tan interesante debía de ser, que Victoria, en quien la acción comúnmente no acompañaba a la palabra fría, animaba su elocuencia con significativos ademanes y era ella la que más porfiaba, insistía y repetía sus no, no, de desaprobación quejosa, apurando al galán, que por toda defensa, hinchado como pavo real que tiende su brillante cola a la admiración de todos, decía aquella frase hueca, más alta que las otras... «Se lo juro a usted...», intercalada con desplantes de afectado asombro, manoseo incesante del bigote y algunas veces una parada en seco que parecía expresar: «Pero, señora, ¿y a mí qué me cuenta usted? ¿qué quiere usted que yo le haga?»

Por vulgar que sea, no puede compararse a

otra cosa la actitud de Melchora y Clotilde, siguiendo desde sus sillones las maniobras de ambos, que a la del gato que espía al descuidado ratoncillo ; porque así que los misteriosos paseos dieron comienzo, las dos, que miraban cómo iban los ángeles encendiendo las lámparas del cielo, se volvieron rápidamente, con perversa malicia Melchora, con ansioso interés Clotilde, y quietecitas, mudas, sin respirar casi, prendieron sus ojos a la zaga de la pareja, y desde la sombra del zaguán hasta el valladar que cerraba el patio y marcaba la entrada de la huerta, la siguieron en todas sus vueltas, en todos sus movimientos, recogiendo sus frases, interpretando sus apartes, y desde el valladar hasta el zaguán celosamente vigilándola. Una y otra no se confiaban comentario alguno, sino que parecía que, atentas sólo al acecho, se hubieran olvidado la una de la otra, y las dos quisieran disimular mejor su presencia por no descubrir el interés extraordinario que el sospechoso palique a una y a otra inspiraba, a Melchora erizándola de gozo ruin, y a Clotilde emocionándola, ya dulce, ya dolorosamente... La china reapareció con un quinqué encendido, y lo colgó de una escarpia, frente al portal, derramando escandalosa claridad por todo el patio.

Y en esto dieron nuevos golpes a la puerta,

pero la china no quiso salir a abrir, abriendo Alejo, que dió paso a don Zacarías y al cura don Ignacio. Venía don Zacarías tan furioso como al principio, porque aquel perro del *Mandinga* acababa de coronar su hazaña de la tarde con el hecho más atroz de que se puede tener idea... Figúrense ustedes que, perseguido por los cuatro *milicos* de más hígados de la partida, montados en los mejores *parejeros* del Trigal, le dieron tardío alcance, en la *pulpería* del que llamaban el *Mellao*, cerca de la estación; es decir, que le siguieron, rastreándole, porque no le veían ni era posible que le vieran, y cuando ya desesperaban de encontrarse de cara con él, como sabuesos que gruñen y alborotan cerca del sitio en que huelen la presa, delante de la dicha pulpería detuviéronse los cuatro y porfiaron con el Mellao y los paisanos que, bebiendo sus copitas de ginebra, estaban delante del mostrador, que aquel facineroso del *Mandinga* debía de hallarse dentro, «a la sombra de alguna enagua», y si no salía era el más canalla, indecente y cobardón de los nacidos. ¡ Válgate Santa Genoveva y todos los santos del cielo! ¡ qué trabucazo más certero y espantoso resonó dentro de la tienda seguidamente, y qué batacazo dió del caballo al suelo el que tal dijo! Tan grande, que ya no se movió, ni se habrá movido a estas horas; y los otros tres, quién con

el sable, quién con el trabuco, hubieron de habérselas con el mismo *Mandinga* en persona, que de a pie luchaba mejor que ellos a caballo, soberbio león de melena negra, el trabuco en una mano, el facón en la otra; desmontó al que más cerca tenía de una puñalada en el corazón, al segundo le tiró patas arriba de un trabucazo, y al tercero, el más maula, le azotó a su gusto con su propio rebenque, luego de desarmado, le cortó la cara y le dió suelta humillante con estas palabras:

—*Andá* con Dios, que ya *llevás* lo que buscaste. Y le *decís* a tu patrón que lo *mesmo* haré con él y con cien como él, si se me ponen delante. Paso al *Mandinga*, el hijo de *ño* Camilo, el rey del *pago!*...

Dieron las damas agudos gritos al escuchar el sangriento relato, porque lo contaba de tan viva manera don Zacarías, que les pareció ver a los tristes despanzurrados pataleando, y al bandido entrarse por aquellas puertas goteando aún la formidable faca; y a los gritos, misia Petrona, la niña Pastora y Josecito, acudieron asustados, oyendo decir a don Ignacio (menos Josecito, que no entendía palabra):

—¡Que estos hábitos hayan de impedirme el que yo vaya ahora mismo a la taberna del Mellao, y a ese valentón, y asesino y mal ladrón le acogote y someta, sin más arma que estos pu-

ños! ¡ Mayores hazañas he hecho cuando mi guerra santa! ¡ Que se ponga mi sotana el comisario...! ¡ Esto es hablar *como es deber!*

—Señor cura—contestó el juez muy disgustado,—¡ con las fieras no hay valor que valga! El *Mandinga* caerá en la trampa, como los lobos, y una buena trampa se le prepara, pues esto de darle ocasión de que se luzca y nos avergüence, es de zonzos rematados.

Opinó dogmáticamente lo mismo Alejo que el cura, y discutieron todos, mientras las señoras, angustiadísimas, preguntaban si estarían seguras en el patio; y entretanto la china, a trompicones por el mucho miedo que tenía, había puesto la mesa bajo el farol, brillando sobre el mantel la heterogénea vajilla de los días de fiesta, la plata falsa y dos candelabros de porcelana con guardabrisas; antes que los comensales, una multitud inverosímil de alados bicharracos de toda especie tomó la mesa por asalto, lozaneando sobre los platos, fuentes y cristales, de modo que no podía abrirse la boca sin que una legión de ellos se colara, y de entre ellos los más impertinentes eran los mosquitos, que no buscaban su manjar en la mesa sino en la piel de los convidados, picando y molestando a su sabor.

Asimismo, sentáronse todos, cuando la china presentó la sopera; y ya, en este primer paso,

hubo el primer tropiezo, porque misia Petrona quiso que se sirviera a la francesa y don Zacarías que no, que más fácil era que la señora de la casa hiciera plato a cada uno, evitando así torpezas y descuidos de la criada, verificándose, al fin, según lo dispuso don Zacarías... Estaban sentados misia Petrona en el centro, con el cura y Josecito, don Zacarías enfrente, con Victoria y Melchora; la señorita de Paces al lado de Alejo, y en el otro extremo Pastorita, que ella sola armaba tan grande barullo, derramándolo y ensuciándolo todo, que no había vecino que la aguantara.

De lo que se comió, no hay datos exactos, con excepción del segundo principio que, según pruebas formales, fueron ciertos rollizotes chorizos sobre un colchón de arroz azafranado, y como los más hicieran miedosas reservas, dijo el cura:

—Quiten ustedes y no sean injustos con estos inofensivos *pescuecitos de gallina*, como les llamaba graciosamente un mi tío. Hay que devolver su reputación al calumniado embutido.

Por las trazas, debió superar la cantidad a la calidad, pues fueron muchos los platos de cocina y variadísimos los postres, entre ellos la clásica cuajada, hecha con la más rica leche y la flor de cardo más hermosa que encontraron, según ingenua declaración de misia Petrona,

no probándose algunos de ellos, no porque no estuvieran muy apetitosos, sino por el empeño de don Zacarías en tratar de aquel desagradable asunto del *Mandinga;* pero es la verdad, que misia Petrona obsequió a sus convidados con argentina esplendidez, y si el servicio anduvo flojo, suplió esta falta, y alguna otra, la cordialidad de los anfitriones.

No hay para qué añadir que se charló bastante, y los que más charlaron, don Zacarías y don Ignacio, lo hicieron a gritos ; que las damas, especialmente Melchora y Victoria, parecían mustias, y ellas sabrían el por qué, y que la pareja del extremo izquierdo se despachó a su gusto, visible resultado de la intervención de Victoria en un negocio delicadísimo y cuyo mal cariz desde la mañana inquietaba a la señorita Clotilde, ahora tan satisfecha y rozagante, que despedía felicidad por su cara toda, como luz el sol, que al fin el amor es también vida y luz.

Acababa la china de colocar en el centro de la mesa la bandeja para el café, cuando el repique del llamador alarmó a todos. ¿Quién sería?

—Apuesto a que es *Isabelita*—se apresuró a decir misia Petrona.—El olor del café le atrae, y siempre que tengo fiesta, viene a la hora de servirlo para que le conviden.

Y era *Isabelita*, en efecto, el negro pianista, un joven de más de veinte años, feísimo, trom-

pudo, con las mejillas dadas de polvos y colorete, de chaqué muy ceñido para hacer resaltar la femenina cadera, blanco y recién planchado el pantalón, los zapatos de charol con lazos y tacón alto, la corbata roja, una chalina de cabos sueltos sobre la pechera, enguantadas las manos, de cabritilla color de patito y en la diestra un ramo de heliotropos ; el pañuelo asomaba la punta por el bolsillo del faldón, y el sombrero, de paja, tenía ancha cinta roja también, como la corbata.

Andaba a saltitos, como las niñas tontas, y con voz sobreaguda, de *sixtino* legítimo, entró diciendo :

—Muy buenas noches tengan ustedes ; ¡ que a ustedes les haga muy buen provecho ! ¿ Dan ustedes su permiso ?

—Entra, hombre—dijo don Zacarías,—o mujer o lo que seas, que esto no lo sabemos todavía... ¡ Y pensar que haya *Mandingas* sueltos por ahí, cuando nuestro gran *Isabelita* se halla dispuesto a ponerse al frente de la partida !

—Siempre está el señor juez con ganas de burlarse de mí—contestó el negro haciendo mohines.

—¿ A quién dedicas esas flores ?—preguntó el cura.

—Para mi señora Petronita. ¿ Dan ustedes su permiso ?

Con reverencias y sonrisas presentó el ramo a la dueña de la casa, quien lo agradeció mucho y mandó que le sirvieran una taza de café, porque ya se sabía que *Isabelita* no tocaba a gusto sin café. Sirviéronselo, y él cogió la taza y el platillo con grandes melindres y finuras, bebiendo muy despacio.

Los demás no se ocuparon ya de él, y vaciadas las tazas, dejáronle, porque eran pasadas las nueve y había que prepararse para el baile. Don Ignacio se marchó el primero; la señora de Pardales desapareció luego, encargando al marido que atendiera a la reunión, y mientras la china despojaba la mesa, *Isabelita* se dirigió a la sala «con el permiso de ustedes», se sentó al piano, quitóse trabajosamente los guantes, y como horribles arañas negras sobre la blancura del teclado, hizo correr sus manos... Allí le siguieron todos, atraídos por la deliciosa melodía de su ejecución, pues tocaba con tanta delicadeza y sentimiento, composiciones suyas las más, que encantaba el maldito.

Hallábanse las luces encendidas, y resplandecía el salón alegremente. Como no era cosa que Alejo se presentara en el baile vestido como estaba, pidió también permiso para ir a cambiarse, añadiendo:

—Porque ustedes se quedarán, ¿verdad?

—Nosotros nos marchamos, y en seguida— contestó Melchora.

Sí. ¿Qué creían entonces? ¿Que iban a arriesgarse por esos caminos a media noche, para que el *Mandinga* hiciera con ellos lo que con los soldados de la partida? Don Zacarías, Alejo, Pastorita y Clotilde (que se permitió una mueca de disgusto) protestaron cada cual según su entender y capricho, asegurando los caballeros que no había que temer nada del *Mandinga*, porque el *Mandinga* no era vulgar salteador de caminos, sino cuatrero que tenía sus cuentas con la justicia, y contra la justicia descargaba sus odios en defensa de su libertad.

—Pues, a pesar de eso, nos marchamos— insistió secamente Melchora.

—Pero, mamá—lloró Pastorita,—¿no dijiste que...?

—¡Silencio!—ordenó la madre.—Anda, José, que avisen a Regino.

Cerca del piano, como fascinada por las melodías de *Isabelita*, Victoria no se enteró de la orden de marcha. Y allá fué Alejo, con aire compungido, a decírselo, perseguido por la mirada de Melchora, que envolvió a los dos como en una red.

—¿Sí?—contestó la joven, indiferente.—A mí lo mismo me da. Lo siento por usted y por ella.

Trajo la china los sombreros, y poniéndo-

selos delante del espejo estaban, cuando reapareció misia Petrona con tan elegante atavío, que fué la admiración general. ¡ Qué bien ! ¡ Pero qué bien ! Si parecía una muchacha de quince años, y aquel celeste pálido, los lazos encarnados, las plumas verdes y la sobrefalda amarilla, formaban el conjunto más precioso, copia fiel de *La Ultima Moda*. Ella, muy hueca, explicó las pequeñas innovaciones que había introducido en el figurín, y de pronto reparó en los sombreros de las damas y sus preparativos de fuga... Pero, ¿cómo? ¿Por qué? ¡ Cuando se lo tenían prometido !

No cedió por ello Melchora, y entre quejas y protestas y los lloros de Pastorita despidiéronse en la puerta, subieron al *break* y emprendieron la vuelta a *La Justa* en el propio momento que, con estallido inmenso y algazara, prendían los fuegos artificiales.

VI

Pasadas las once serían cuando llegaron a *La Justa*, sin que en el camino les ocurriera percance alguno ni cambiaran palabra, como al venir ; asegura Regino que conforme atravesa-

ban el puente, una sombra veloz les cortó el paso, desvaneciéndose en el arroyo, aparición real o fantástica que por la obscuridad de la noche no fué posible discernir si era el fugitivo *Mandinga* o aquel Cura Magro que por sus orillas vagaba desde su trágica muerte ; pero, afortunadamente, el fantasma no lo vió sino Regino, siendo bastante el terror (porque la discreción en tal caso fuera sobrehumana) para callárselo y estar quieto.

Llegaron, pues, y salieron don Fabio y la señora abuela a recibirles hasta la escalinata del vestíbulo ; un *buenas noches* frío les dispersó en seguida, subiendo a sus habitaciones Victoria y Josecito, Clotilde a su torre y cargando Blasa con Pastorita, que se caía de sueño. Misia Justa, Melchora y don Fabio entraron en el saloncito que precedía al comedor, cerraron la puerta y quedáronse mirando los tres.

—Bueno, ¿qué has sacado en limpio?—preguntó impaciente misia Justa.

—¡Que no me queda duda ninguna !—contestó Melchora.—Oigan ustedes...

Se sentaron, y de manera premiosa, ahogándose, descubrió Melchora cuanto en el día había almacenado cuidadosamente. Era indudable, absolutamente indudable que Victoria se entendía con Alejo Pardales ; todas las sospe-

chas de una antigua amistad, de relaciones anteriores a la boda, contrariadas sin duda por el hermano y rotas bruscamente para realizar el gran negocio de los Esquendo, las confirmaba la actitud de los dos al encontrarse en el pueblo, el mirar de él, el sonreir de ella, su descarada vecindad en el balcón, y sobre todo y más que todo, su conciliábulo en el patio de Pardales, tan escandaloso, que ante prueba tan decisiva juzgó ya inútil esperar al baile. Hubiera deseado tener el reloj en la mano para marcar el tiempo justo que se estuvieron paseando delante de sus narices, y poder pintar, con algo más que con palabras, los gestos y monerías de ella, la enfática hinchazón del botarate, ella suplicante, él dejándose querer compasivo. ¡ Qué infame ! ¡ ah ! ¡ qué infame ! ¡ Cómo se contuvo y allí mismo no armó el gran cisco !

Pues, sí, señor. Tal como lo oían. Por supuesto, que el infeliz de Josecito ciego, completamente ciego, y la cómplice, la marisabia de la Clotilde, la doctora, la hipócrita, facilitándoles y encubriéndoles en lo que podía. ¡ Ah ! la tal maestra... Cuando Pastorita trajo los primeros partes de las conferencias de la inglesa en la torre, ya sostuvo ella que el lío estaba ahí, que el nido de la intriga estaba en la torre y si podían hacerse de una de las cartas que, según

Pastorita, leían allá arriba, más pronto se descubría el pastel; pero el tío Fabio, siempre meticuloso, se opuso a que se interceptaran cartas que venían bajo el nombre de la señorita de Paces, y ¡claro! así se carteaban ellos con la mayor impunidad y se darían cita cualquier día, si no se la vigilara tanto a la inglesa... Por fortuna, la trampa que no dió resultado el día de la Purísima, hábilmente armada en el Trigal, había cazado a la infame; y como a loba que cayó en el cepo, de las orejas la traía ella a Victoria y la presentaba a la execración de la familia.

Hablaba Melchora a borbotones y casi no se la entendía; el triunfo de su descubrimiento la inflamaba, y el odio satisfecho, la vanidad del acierto profético y de la comisión cumplida: desahogábase gozosa, y enhebraba detalles sin parar, insistiendo, ponderando, recalcando...

—Ahora, ustedes dirán lo que se hace: si hemos de seguir haciendo la vista gorda o qué. ¿Se previene a Josecito? ¿Se le devuelve al señor Stuart su alhaja regia? ¿Despedimos a la señorita Clotilde? ¿Nos aguantamos por miedo del escándalo? Ha llegado la hora de discutir, siempre sobre la base de la certeza, de la absoluta certeza de cuanto he contado a ustedes.

Sofocada, se calló, echándose aire con el aba-

nico y con el pañuelo. Ya se ha dicho que la abuela Justa no resolvía nada (aunque resuelto lo tuviera en mientes) sin consultar a don Fabio, y que don Fabio no contrariaba a su madre, aun estando en desacuerdo con ella: volvióse, pues, la cejijunta anciana hacia el hijo y le interpeló:

—¿Has oído, Fabio? ¿qué dices?

—Qué he de decir—exclamó don Fabio con grande disgusto—que aquí estamos todos locos o empeñados en parecerlo. Un mes hace que buscamos la razón por caminos donde no hemos de hallarla, como en un campo de trigo inútil será que busquemos maíz, centeno o remolacha que no hayamos sembrado. Todo cuanto nos cuenta Melchora y cuanto acerca de la torre y las supuestas cartas de Pardales nos ha contado Pastorita, me parece exageración sin fundamento, caramillos sin base, desatinos sin prueba. Yo no veo la prueba. Por un diálogo que no se ha oído, por una sospecha, no se puede condenar a nadie. ¡Lo que yo veo aquí es lo que todos ven: que una muchacha como Victoria no es posible que haya de enamorarse de nuestro pobre José... y por eso!

—¡No haberse casado!—prorrumpió la abuela.—Lo cierto es que su conducta da lugar a toda clase de suposiciones. Que las cartas que

lee en la torre con la Clotildita son de Pardales, no cabe duda : de Pardales son, porque el cartero lo ha declarado, y Regino le ha visto a Pardales cómo se las daba. Blasa y Pastora han visto también a Clotilde entregar al cartero cartas para Pardales. Luego, la correspondencia entre Pardales y la torre está completamente comprobada. De aquí nuestras sospechas, despertadas además por la actitud de Victoria desde que puso aquí el pie, sus humores, sus caprichos, sus intransigencias, que más tarde ha querido disfrazar con falsa sumisión. Ya sabes cuanto he hecho yo por atraerla, cómo substituí a la severidad el halago, y cómo ensayé dominarme, lo que más me cuesta. Todo inútil. La niña cada vez más romántica y despegada... Pero, cuando dió en la gracia de subirse a la torre y se pasó al campo de Clotilde, que es una extraña, una de afuera, para confiarla sin duda las grandes penas que nosotros, que yo especialmente, la causamos, no pude más, *me volé*, y le dije a Melchora : ¡ Aquí hay gato ! Y la pusimos sitio en regla y discurrimos el medio de sorprenderla, por la honra de la familia, por la felicidad y la tranquilidad de mi nieto. Ahora resulta que sí había gato y que el gato es Pardales... ¡ La prueba ! acaso puede hallarse una material, tan material que...

—No—dijo Melchora irritada,—si Fabio que-

rrá verles, verles... En fin, todo pudiera ser; con dejarles...

—A mí no me hace falta tanto—repuso misia Justa,—los indicios sobran. Pero solamente por indicios no podemos resolver nada, así sean estos indicios tan claros como los que acaba de descubrir Melchora. Estrecharemos la vigilancia... Y el día que yo le siente la mano encima ¡ ay de ella!

La extendió la dictadora, una mano larga, seca, amarillenta, de hinchadas venas azules, irguiéndose al mismo tiempo en el sillón, enérgicamente contraídas las cejas blancas, único rasgo que anunciaba el carácter viril en aquella hermosa cara de vieja escultura; y extendida la dejó, en señal de amenaza, mientras exponía sus acuerdos, sancionados desde luego por el silencio de don Fabio y de Melchora... La luz de la lámpara caía de lleno sobre aquella mano, y la hacía aparecer como de piedra, exagerando la hinchazón de las venas.

Lentamente hablaba misia Justa, en desarticulados períodos, volviendo la cabeza hacia el hijo para la ociosa consulta de costumbre, y sus palabras eran coreadas allá fuera por los grillos, en la calma de la noche calurosa... Era preciso no dejarla sola ni un instante. Se la prohibiría terminantemente la subida a la to-

rre. A la maestra se la despediría en la primera ocasión. Se vigilaría también a don Celedonio, que parecía de parte de ella. Nuevas instrucciones, rigurosas, se darían a Blasa y a Regino. Las visitas de doña Mónica, absolutamente prohibidas. Las de Ladislao, toleradas con centinela de vista. Todo esto lo mismo en el campo que en la ciudad mañana. Y si la prueba material aparecía... ¡ ah ! Josecito el primero...

—¡ Mamá !—interrumpió don Fabio, sonando de modo extraño este reclamo infantil entre sus barbas de capuchino.

—¿ El qué?—dijo la señora con desdén.—¿Te parece mal que el marido lo sepa? ¿Crees que estas cosas no deben saberlas los maridos, por bobos que sean? ¡ Pues sí, deben saberlas, y si no lo ven abrirles los ojos ! Nada ha visto Josecito de lo que ha visto Melchora ; nada sabe de lo que sabemos nosotros. Lo sabrá cuando yo se lo diga. Y se lo diré cuando tenga la prueba material... Puesta en guardia desde el primer día, sé ya a qué atenerme respecto de la Stuart, y espero.

La mano se recogió y quedó en la negrura de la falda inmóvil ; callados siguieron los otros y el sereno *cri-cri* aumentó en intensidad con el silencio. La abuela por delante, salieron en

seguida del saloncito, saludándose en la escalera:

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Subieron las damas muy despacio, cerró don Fabio la puerta del jardín, apagó las luces y por el pasillo se dirigió a su cuarto, que estaba en la misma planta baja y caía precisamente debajo del de su madre, con quien podía comunicar por medio de un portavoz que, junto a la cama dejaba colgar su trompetilla al extremo del tubo de goma forrado de verde; sencillo era el mobiliario todo, de bambú amarillo: las paredes no tenían ningún cuadro, ni más decoración que un crucifijo negro sobre la cama y una magnífica escopeta de caza tras de la puerta. Habitación de soldado, lo superfluo holgaba allí y parecía no haber lugar, espaciosa como era, más que para lo necesario.

La alumbraba la luna cuando entró don Fabio, y así no cerró la ventana ni encendió luz, porque más clara no la había menester; de la mesa en que depositaba sus libros de consulta, referentes a la ciencia agronómica, cogió una revista agrícola que traía un curioso estudio sobre las enfermedades del maíz y que por la mañana ya chocara su atención, y con ella en las manos se fué hasta la ventana, no a leer,

sino a examinar los grabados en que los enemigos del dorado grano aparecían retratados como malos sujetos de que hay que guardarse... No había menester de luz más clara que aquel rayo blanquísimo de luna que, del jardín, con efluvios de flores y cantar de ranas y de grillos, entraba espléndido y libremente, y sin embargo don Fabio no vió gota y dejó el examen para mejor ocasión: arriba sonaban los pasos de su madre, que velaba, dando vueltas, sin duda, al ingrato asunto que había ahuyentado la paz de *La Justa.*

En la evolución del pensamiento marchaban tan acordes el cerebro de don Fabio y el de su madre, de tal modo se seguían y acompañaban, que eran como dos relojes que dan al mismo tiempo la hora; podían discrepar alguna vez en la apreciación o juicio de las cosas, pero nunca en la oportunidad. Los pasos de arriba hiciéronle olvidar su revista agrícola, y mirando al jardín tomaron sus ideas el mismo rumbo que, por fuerza, las de su madre perseguían en aquel momento.

El disgusto de cuanto venía sucediendo agobiaba ya a don Fabio. ¿Quién tenía la culpa? ¿la madre, con su intransigencia y su carácter duro? ¿Melchora, con sus enredos y sus chismes? ¿Josecito, con su infantil inexperiencia? ¿Victoria, con su frialdad y su desamor? Aca-

so todos. Como cada cual tiraba de su lado, entre todos ahondaban día a día la desunión. Lucha grande de causas pequeñas, semejaba combate encarnizado de gusanos. ¡ La causa ! a qué buscarla fuera, a qué ir al Trigal a sorprender aquel cuitado de Pardales, con el que jurara don Fabio ni tuvo ni había de tener el mínimo conocimiento Victoria, si patente estaba en la casa para los ojos que la pasión no obscureciera, y se caía de su propio peso : que Victoria no podía querer a su marido, y no pudiéndole querer, despegada de él viviría y despegada de la familia que, en vez de conquistarla por la dulzura, compadeciéndola, la rechazaba con la dureza más implacable.

No que don Fabio disculpara a Victoria, ¿pero, había motivo bastante para aquel desaforado pelear de todos los días, para aquella guerra de familia, en que ya se echaba mano de la calumnia? Los gusanos no tardarían mucho en convertirse en monstruos horribles, y gracias a la nueva arma con que se contaba, espantosa sería la batalla próxima.

Gravemente, atusó don Fabio sus barbazas grises, y se volvió con enfado, al brotar de la idea de su impotencia, de la nulidad lastimosa de su intervención. Cuantas veces lo había intentado, salió acosado y corrido. Más fácil es domar potros que caracteres...

En la solemne calma de la noche, los pasos de misia Justa, arriba, resonaban secos y premiosos, más impacientes a medida que en el cerebro de don Fabio las ideas lúgubres se sucedían; y de pronto, silbó el portavoz, estremeciéndose como una serpiente a lo largo de la pared. Don Fabio acudió a coger la trompetilla, y por el discreto tubo bajaron y subieron las siguientes preguntas y respuestas:

—¿Duermes, Fabio?

—No, mamá, no duermo.

—¿Qué haces? ¿lees? ¿o piensas en *eso*, en lo que nos ha contado Melchora?

—Sí, mamá, pienso en eso.

—Yo también. Siempre pensamos lo mismo. No puedo dormir.

—Tampoco yo puedo dormir.

—¿Qué pensabas de eso? vamos a ver.

—Lo mismo que acabo de decir a ustedes.

—¿No crees?

—No creo.

—¿A pesar de los indicios?

—Para mí no hay tales indicios.

—Entonces Melchora es una deslenguada, y cuantos informes venimos recogiendo de la conducta de la otra son inexactos; es decir, que estamos viendo visiones, y si las alas de ángel de la otra no aparecen por ninguna parte, es culpa y falta de nuestros ojos.

—No digo yo tanto, mamá, ni llamaré deslenguada a Melchora; pero con ser exactos los informes y Melchora todo lo verídica que debe, en la interpretación se puede fallar. Y fallan ustedes, mamá, se lo repito a usted con los respetos merecidos.

—Afirmarlo así, en absoluto, me parece arriesgado, Fabio. ¿Vas a pasarte al campo de la otra?

—No, mamá. En los dos campos estoy, y de los dos quiero hacer uno solo, en bien de todos.

—Muy difícil, Fabio, muy difícil. Ella es irreductible, a pesar de su modito de colegiala humilde, y yo no me rindo a nadie. Ya entró aquí con mal pie... Acuérdate cómo embaucó a Josecito y por qué lo consentí yo.

—Sí, me acuerdo.

—Le salió la torta pan, ¡ que se fastidie ! ; no hay atajo sin trabajo, y no se goza de las riquezas de un marido tonto sin aguantar cristianamente las tonterías del marido... ¡ Cristianamente, Fabio ! Ella ha querido estar a las maduras, pero no a las duras...

—Bien, bien, mamá; pero de esto a lo otro, a lo de Melchora, a lo que casi creen ustedes...

—En el mundo, Fabio, todo tiene su causa y su por qué. Explícame los misterios de la torre, y devolveré a la de Barracas, si no mi es-

timación, pues jamás la alcanzará, mi benevolencia. Mientras no me los expliques, creeré lo de Melchora y mucho más.

—Bueno. Pero no transmita usted sus dudas a Josecito, mamá.

—¿Por qué?

—Porque sería insensato, sería introducir la discordia en el matrimonio... Además, Josecito haría una barbaridad, o dos; Josecito haría muchas barbaridades.

—Mira, Fabio, claro está que dudas o sospechas no he de comunicar yo a Josecito; pero, la verdad, con la prueba por delante... ¿cómo pretendes que se la oculte? ¿Vamos a tapar la infamia de la otra? ¿Voy yo a consentir que viva bajo mi techo y coma mi pan y lleve mi apellido...? Fabio, ¿comprendes?

El portavoz no subió la respuesta, y por la inquieta serpiente verde que agitaba la mano de misia Justa, bajó la pregunta:

—Fabio, ¿estás ahí?

—Sí, mamá.

—Y ¿por qué no respondes?

—¿Qué he de responder a usted? Mientras la prueba no aparezca, es ociosa toda amenaza.

—Ya aparecerá.

—Creo que no.

—¡Ojalá no parezca! Yo no lo deseo, si bien

ella pondría punto y término a esta situación insufrible.

—Con un poco de buena voluntad también se pondría, mamá.

—¿Ya me vienes con tus cargos? ¡Que de todo tengo yo la culpa por mi mal genio, mi humor detestable, mi corazón perverso!...

—¡Mamá, yo no digo eso, ni puedo pensarlo!

—Lo piensan y lo repiten los demás. ¿No estoy yo, con mi santa paciencia, viendo cosas indebidas, y por no alborotar las soporto y me callo y me trago el veneno? ¿Quieres decirme en qué pasa el tiempo? ¿Por qué no cose? ¿Por qué no borda, o lava, o guisa, o plancha, o zurce, o hace alguno de los menesteres de toda mujer hacendosa? ¡Defectos de educación! contestarás. Eso; ¡valiente educación! Con su farsa de la escuela cree que nos embauca... Para que después digas... ¡Vete con tus sermones a la otra, que buena falta le hacen!

—Mamá, precisamente con paciencia y buena voluntad se dominará todo... ¡Flojo escándalo daríamos! ¡Figúrese usted!

—Sí, me lo figuro; por eso trato de evitarlo. Mas no depende de mí, depende de la otra.

—Depende de todos, mamá.

—De ella, Fabio, de ella... Me voy a acostar; se me parte la cabeza. Buenas noches.

—¡ Que usted descanse, mamá!

—Adiós, hijo.

La larga serpiente verde se estuvo quieta, los pasos de arriba cesaron de allí a poco, y don Fabio volvió a coger su revista, preocupado en conocer la filiación de aquellos salteadores de sus maizales. Pero la abandonó de nuevo, porque a la madrugada había de presidir el apartado de novillos vendidos, y entre cháchara y cháchara era ya sobre la una... Se tendió en la cama, sin desnudarse, como soldado dispuesto al combate; de modo que cuando el capataz don Patricio viniera le encontrase listo, y su *Lobuno* no se impacientara en el palenque. Y se durmió con el sueño profundo que dan la salud del cuerpo y la serenidad de la conciencia...

Tan profundamente dormía don Fabio, que no oyó los golpes que se repetían en la ventana y las voces: «Patrón, patrón, señor don Fabio...» Ni el silbido de la serpiente verde, ni la algarabía infernal de afuera, en que la campana de la capilla se destacaba, tocando a rebato. Al fin se despertó y, sobresaltado, se echó a la ventana, cuyos cristales el alba teñía de azul y de rosa, abriéndola de golpe, porque reconoció la voz del capataz, y conforme la hubo abierto, diéronle en la cara, invadiendo la habitación como nube de granizo, infinidad de saltamontes, enormes langostas que volaban con

sordo rumor de hojas secas barridas por el viento, tantas, tan innumerables, que cubrían el jardín y cubrían el cielo; armada de cacerolas la servidumbre entera y de cuanto instrumento ruidoso hallaron los peones del establecimiento, con badilas, con palos y con piedras batían el cobre de lo lindo; escandalizaba a más y mejor la campanita, y sonaban escopetazos acá y allá.

La amulatada cara de don Patricio se fruncía de aflicción, pensando el viejo en el maíz que estaba granando y en la alfalfa tierna todavía; con un puñado de invasores en la mano, levantó el brazo y los enseñó al patrón que aparecía en la ventana.

—Patrón, ¡la langosta! ¡la manga de Ombú! ¡Y se ha bajado a almorzar aquí! *¡Ahijuna!*

—¡Malhaya!—dijo don Fabio defendiéndose de los malditos bichos,—buen almuerzo se prepara. Patricio, ¿y el maíz?

—Todito cubierto, señor. Y la alfalfa, y la huerta y todo. No va a dejar una hoja.

—Allá voy, Patricio, allá voy.

Para ir don Fabio desde la ventana hasta el portavoz, que seguía pitando alarmado, tuvo que marchar sobre el movible tapiz de saltamontes, que despachurró a su gusto, con rabia, como si en cien de ellos quisiera vengar la desastrosa invasión; y cogiendo la trompetilla contestó a su madre:

—Mamá, es la langosta. Una manga terrible.

Soltó el tubo, y sin pararse en aliños ni abluciones, se puso el chambergo y salió perseguido por los insectos que se prendían de sus ropas, ensordecido por la batahola de afuera.

¡Qué ira! ¡oh dolor! En la escalinata don Fabio dió una patada y quedó irresoluto y pasmado; la dañina caterva asolaba el jardín y el parque, talando todo a su paso, había desnudado ya a los naranjos del patio, y sobre los arbustos y las plantas hormigueaba de suerte que los troncos y las ramas adquirían viviente aspecto de extraños organismos; en el aire, en el suelo, en las paredes de la casa, volando incierta, o saltando prodigiosamente, acometía voraz, y el furioso juego de sus mandíbulas parecía reproducir las quejas de los seres vegetales, estremeciéndose ante la brutal agresión, llorando por todas sus fibras desgarradas. Era tan espesa la nube, como si todos los átomos del aire hubieran tomado forma visible y monstruosa...

Mientras unos trataban de ahuyentarla con el ruido, otros, a capotazos y escobazos mataban muchas de ellas, sembrando de cadáveres la plazoleta; y al estruendo de la batalla asomáronse a las ventanas los sobresaltados durmientes; salió don Celedonio armado también del primer chirimbolo que halló en la sorpre-

sa, y todos se afanaban infantilmente en atajar la invasión y el estrago de los maleantes acridídeos.

Pero don Fabio no se movía de la escalinata, convencido de la inutilidad de la resistencia, de la imposibilidad de defenderse siquiera para salvar aquella espléndida zona de *La Justa*, su obra magna, su riqueza y su orgullo. No se movía, y como de burlas o retándole insolente, el enemigo saltaba encima de él, se colgaba de sus barbas, dábale topetazos y a sus pies pululaba en legiones inmensas; y él, nuevo Gulliver, alzaba el pie macizo y lo estrujaba, y por cada ciento que destruía surgían mil y cien mil más que le acosaban.

Allá fué don Patricio, mesándose los pelos grises, echando *ahijunas* colérico...

—Patrón, ¿y qué hacemos?

¿Qué habían de hacer? Contra el granizo que cae, o la lluvia que inunda, o el terremoto que destruye, contra el siniestro metereológico o geológico, en suma, no hay remedio capaz de evitarlo en tanto que se produce: sólo la precaución, antes de que ocurra, puede ser un escudo. *¡Ahijuna!* Pues no se habían precavido en tiempo oportuno contra aquella plaga, haciendo buen acopio y gasto de gasolina, y de cuanto artículo de guerra de esta clase preco-

niza la ciencia específica, enterrando en hondos surcos las larvas... Bueno, pero la manga venía de fuera, de Ombú, donde, seguramente, no cumplieron iguales precauciones, o de más lejos. La precaución no es la garantía absoluta.

—Vamos, Patricio—dijo Esquendo ;—quiero recorrer el campo, abarcar la extensión del desastre : tal vez no sea tanto como lo suponemos.

—¿Que no? Pues si encuentra usted un *choclo* para un remedio, que me corten un dedo.

Salieron de la plazoleta, matando enemigos a cada pisada, y, dejando al pintoresco escuadrón entregado a su inofensiva cacería, montaron don Fabio en su *Lobuno* y el capataz en un overo rosado, que era su favorito, y al que cabalgó en pelo, de un salto, metiéndole en la boca una cuerda, a guisa de rienda, y marcharon, paso tras paso, entre la nube de langostas que les envolvía.

¡ Qué ira ! ¡ Oh dolor ! Cubríalo todo, todo, y podría decirse que sobre cada hoja y cada brote diez alimañas de aquéllas se disputaban el devorarla ; el clamor, el quejido colosal creía sentirlo don Fabio y repercutía en su corazón : diríase que la madre Ceres lanzaba, inconsolable, sus lamentaciones, y que Pomona y Flora, destrozadas las verdes túnicas, corrían despavoridas por la campiña asolada.

Al pasar por la lechería, vieron que las muchachas a la puerta armaban más ruido con los cántaros que un ejército; mugían las vacas, incomodadas de los muchos bichos que hasta sus pesebres se colaban, y en el camino una legión de gansos daba cuenta de todos los que se ponían al alcance de sus picos. Más allá, descargaban sus escopetas los peones, como moros que corren la pólvora, y otros encendían hogueras, o por el campo, ya trillado, hacían galopar las manadas de potros con gritos salvajes.

La presencia del amo animaba a la guarnición, y todo era ruido y pelea; *La Justa*, estremecida, que defendía el profanado seno, el tesoro de su fecundidad. Ya despuntaba el sol, y las aves libres, los animales que en majadas y corrales aguardaban impacientes a los atareados peones, tomaban parte también en el general combate, cada cual en su idioma y según sus medios de defensa particulares.

—Venga usted por acá, patrón—dijo don Patricio: ¡vea usted, vea usted!

Metiéronse en el maizal y anduvieron media lengua lo menos sin parar, renegando el capataz y dolorido don Fabio, como padre que del hijo amado contempla la desdicha, porque, a la verdad, daba grima y cólera ver las airosas plantas entregadas inermes a la voracidad del enemigo; y así, don Patricio, con juramentos

y rebencazos, iba abriendo camino, y don Fabio tendía el brazo, ademán que no expresaba ya la satisfacción del esfuerzo creador, sino el desaliento de la ruina inevitable. Luego volvieron hacia la derecha, y andando, andando, en el primer *puesto* escucharon las quejas del padre arruinado, de la mujer llorosa, de los hijos que en repeler la agresión fatigábanse inútilmente, e inspeccionaron los daños, tomaron disposiciones y precauciones, y en todas partes hallaban algo que lamentar, que prevenir o que curar : era *La Justa* misma, que, por todos sus miembros heridos, sangraba dolorosamente. Salían de un puesto y se iban a otro : aquí el maíz, allá la alfalfa, las cepas, los frutales, las hortalizas, la cosecha entera, las esperanzas todas... En las seis leguas que abarcaba el inmenso dominio, no había casi una mota de tierra que no acusara el paso del enemigo.

Advirtió, sin embargo, don Patricio, a mucho andar, que del lado del Trigal la manga no era tan espesa ni tantos los estragos, y que, fuera acosada por el ruido, empujada por el viento o harta ya la maldita, parecía que levantaba el campo, y sobre la flecha de la lejana capilla elevábase como el penacho de humo de una grande hoguera. Calentaba el sol bastante, sin que ni don Fabio ni don Patri-

cio, en la triste y larguísima inspección, lo notaran, y menos que estaban en ayunas, habiendo rechazado cuantos *cimarrones* les fueron ofrecidos por las sucias chinas de los ranchos, no por melindre, sino por desgana.

Cabalgando los dos, mentalmente calculaban las pérdidas y se consultaban con aquella franqueza que tantos años de labor habían creado entre ambos, borrando la diferencia de amo y dependiente; y absortos en sus cuentas y sus amargos comentarios, dejáronse llevar otra vez hacia el maizal, que parecía un batallón de verdes esqueletos... El ruido, conforme acercándose iban al centro, era más fuerte, y no había oído humano que lo soportara; y lo que advirtió don Patricio, que la manga alzaba el vuelo, era cierto, pues el penacho que se cernía sobre la capilla tomaba ahora la dirección recta y se alargaba, se extendía cada vez más, amenguándose el número de langostas que a ras del suelo merodeaban...

—Venga usted por acá, patrón—seguía diciendo el viejo capataz.

¡Qué ira! ¡oh dolor! no, si valía más no verlo. Todas las galas de *La Justa*, las flores y los retoños, arrancados sin piedad por aquellos bárbaros de la naturaleza, no menos feroces que los de la historia; la obra civilizadora del gran Esquendo comprometida y a pique de perderse:

ahora, ahora que el perverso insecto iniciaba la retirada, descubríase el perjuicio causado en los sembrados áridos, en los arbustos sin hojas.

Flojas las riendas, el derrotado don Fabio callaba ; y bruscamente tomó rumbo contrario, en su deseo de verlo todo, trotando hacia el sur, esperando hallar un espacio verde donde recrear sus ojos entristecidos. Y del sur tornó a la parte central, donde era mayor el barullo y el triunfo aparente, la lenta fuga del enemigo entusiasmaba a los peones... La campanita seguía tocando, y el desconcierto de cántaros y cacerolas, los escopetazos y los gritos, el galopar frenético de los potros contrastaba con la serenidad de la mañana, con la limpidez del cielo que manchaba del lado del oeste la manga funesta en su huída.

Aunque quisieran recorrer las seis leguas, no era posible en breve espacio, ni lo intentaron siquiera, porque el día avanzaba hacia el Meridiano con más prisa que la que ellos se daban ; siempre paso tras paso tomaron la senda del roído alfalfar, tapiz inmenso extendido en dos mitades a espaldas de la casa, y sin hablar don Fabio y descargando su rabia don Patricio sobre los enjambres reacios que le embestían burlonamente, camino de los gallineros tropezaron con el *break* de Josecito, que pasó veloz, sin volverse : iba solo el joven y llevaba el empaque de

los frecuentes accesos de enojo ciego y casi irracional de que padecía, ventoleras sin fundamento, sintomáticas de la temida demencia, y por más señas que le hicieron, siguió corriendo, como si en la campaña langosticida tuviera principal parte.

Mal le supo a don Fabio el encuentro, por recordarle los desagradables sucesos de la víspera : cuando Josecito marchaba así, y sin su mujer, era que con la mujer acababa de regañar, y este regaño, en día tan desdichado, contribuiría a enconar los ánimos... Pensando en esto don Fabio, vió que por la misma senda venía Victoria, a pie, acompañada de *Boy*, su respetable danés, andando con el paso gimnástico propio de la raza sajona, y como columbrara en el bonito semblante de la sobrina celajes de tempestad, dijo a don Patricio que fuera por los novillos y comenzara el apartado, que él ya iría, conforme el peligro presente hubiera pasado, lo que bastó para que don Patricio revolviera el dócil overito y con dos talonazos en los ijares le pusiera al galope.

Venía Victoria azotando con una varita las langostas que le cerraban el paso, la falda blanca recogida y el ancho sombrero sujeto bajo la barba por una cinta azul ; no traía sombrilla, pues no era coqueta, y poco se la daba a ella que el sol la besara con demasiada franqueza, y en

los graciosos morros frunciditos y los latigazos al aire se advertía desde luego que venía tan enfadada como su marido. No vió a don Fabio, ni don Fabio hizo nada porque le viera, sino que siguió al lento paso del *Lobuno*, hasta que *Boy*, plantado en mitad de la senda, empezó a ladrar... Entonces Victoria levantó la cabecita asustada.

—Buenos días, tío—dijo calmándose y sonriendo ligeramente.—¡ Es usted ! Más vale así... ¡ Qué desgracia, tío, qué desgracia tan grande !

—¡ Qué desgracia !—repitió Esquendo tirando de la rienda al caballo ;—¡ desgracia irremediable ! Hija mía, estos son los inconvenientes del agricultor : cultivar sus plantitas para que la langosta se las coma.

—¿ Viene usted de ver los destrozos, tío?

Se había acercado, y después de estrechar la mano a don Fabio, palmeaba la inteligente cabeza del *Lobuno*.

—De verlos vengo, no todos, ni ganas me quedan tampoco ; es para perder la paciencia. Y tú, ¿ adónde vas?

—¿ Yo? No sé... A tomar aire. ¿ No ha pasado José por aquí?

—Sí, en el *break*. Y por cierto que llevaba mala cara.

—La de siempre ; usted ya le conoce.

—¡Ay, Victoria, Victorita de mi alma! Mal andan las cosas; muy mal, muy mal.

—¿Y eso me lo dice usted a mí, tío Fabio? ¿Tengo yo la culpa?

—Como tenerla toda, no; pero...

Vamos a cuentas; ¿qué consejo la dió él, con qué palabras se despidió la tarde de su llegada a *La Justa?* ¿No la dijo, sobre poco más o menos: Ante todo, y sobre todo, mucho tacto, mucha diplomacia con mi madre?

—Sí, señor, eso me dijo usted—contestó Victoria brotándole ya de los labios la amarga rebeldía,—y no lo he olvidado, lo he cumplido como he podido y sabido cumplir. Ellas son, ellas son... Melchora... Ya ve usted, tío Fabio, es la más grande injusticia, la iniquidad mayor.

—Poco a poco—atajó paternalmente don Fabio,—y sigamos examinando las cuentas.

¿Cómo y de qué modo lo había cumplido? Con escaso acierto, sometiéndose con repugnancia visible, no curándose de la frialdad, de la tiesura inglesa heredada. Se sentaba a la mesa como un palo, no hablaba, afectaba comer tan poco, que parecía dar a entender que el pan de los Esquendo era pan negro y odioso. Luego vivía en un alejamiento completo de la familia: encerrada en su alcoba, en la iglesia, en la escuela o en la torre de la señorita de Paces; sobre todo, en la torre... Ni expansiones, ni intimidades con

la cuñada y la abuela, ni pruebas de afecto al marido, nada que no fuese desvío, sequedad manifiesta, transacción obligada, que a la fuerza ahorcan. Así, así, la vida de familia se hace insoportable; palabra de honor.

Dejábale hablar Victoria, en tanto que el flujo rebelde le abrasaba los labios; y cuando él concluyó la serie de cargos, le dió suelta con atropellada vehemencia:

—Todo eso será verdad, tío Fabio; yo debo ser la mujer más friona, torpe y antipática del mundo; no sabré hacer las cosas, fingir, engañar... pero ellas, ¡ellas! ¿quién tiene la culpa, principalmente, del alejamiento que usted me reprocha? Mire usted que a tiesa y a seca, no le gano yo a la señora mayor y la mala intención y trastienda de la cuñadita son imponderables. ¿Qué expansiones, ni qué intimidades puedo yo tener con quienes me espían, me recelan, me persiguen, me ofenden y me hieren de todos modos y a todas las horas del día? (*Llorando.*) ¡Ay, tío Fabio, ha dicho usted que esta es vida insoportable; sí que lo es! ¡Tan insoportable, que prefiero la muerte! Si me encierro en mi cuarto, es por evitar cuestiones; si voy a la capilla, por esconder mis lágrimas; si a la escuela, por distraerme; ¡también eso parece un delito para la señora mayor, y delito, crimen espantoso subir a la torre de Clotilde! En este mo-

mento acaba de transmitirme la orden Pastora, cuando ponía el pie en la escalera, con el inocente objeto, ya ve usted, de contemplar desde arriba el efecto de la invasión... Pues, Pastora me detuvo, diciéndome : «Ha dicho la abuela, que *no quiere* que subas más a la torre, y que en cuanto a tu doña Mónica, no debe venir más aquí...» ¡También contra mi pobre Mónica! ¡Ay, tío Fabio, usted tiene la misma pinta de la señora mayor, y aseguran que lo que ella piensa y manda, es como si usted lo pensara y mandase ; yo no lo creo ; por dentro no se parece usted nada a ella, porque si se pareciera, yo no le estimaría como le estimo desde la primera vez que le ví. Y no pareciéndose a ella, es imposible que usted apruebe este nuevo rasgo de la tiranía de la señora, esta inicua arbitrariedad. ¿Por qué no quiere dejar venir a mi Mónica? ¿Por qué no quiere que suba a la torre de Clotilde?

—En la torre—dijo don Fabio sin mirarla—se entretienen ustedes en cosas que no sientan bien a una casada seria... Leen cartas...

—¿Cartas?—exclamó Victoria con perfecta ingenuidad.

—Sí, cartas amorosas.

—¡Mentira! Chismes de Pastora — protestó enérgicamente la joven, que no quería vender a su amiga.—Chismes suyos, que luego la mamá arregla a su gusto y en perjuicio mío. En la to-

rre preparamos nuestras lecciones... y conversamos. ¿Es un pecado también conversar?

—Según lo que se converse, según lo que...

—¡Ah! tío Fabio, ¡pues estamos lucidos! Aquí no se puede ni hablar, ni respirar... ¿Cuándo me mandan ustedes cortar la cabeza enmedio de la plazoleta?

Se desvió con enojo, y don Fabio la llamó cariñosamente, la cogió de la mano que llevaba sin enguantar.

—Ven acá, rebelde, polvorilla, tienes razón...

—¿Ve usted? Al fin...

—En unas cosas, fíjate bien, en unas cosas sí y en otras no, ¿qué la has de tener? El consejo que yo te doy es que no le discutas nada a mi madre, que aguantes sus rarezas...

—¿Más todavía?

—Pero con paciencia, no con el aire de víctima, de sofocada rebelión que tomas. Bien o mal hechas, culpa de unas o de otras, las cosas, no conviene seguir envenenándolas.

—¡Por mí! ¿Quiere usted creer que, a pesar de todo y de cuanto ocurre, no he dicho palabra a Ladislao? Pues si yo le llevo el cuento a Ladislao, y Ladislao se entera que tratan los Esquendo a su hermana de esta manera y *La Justa* es una fortaleza donde su hermana está presa y sufre tormento... Convenga usted en que no soy tan torpe ni tan estúpida.

—¡ Hombre ! nunca lo he pensado... Respecto de Josecito...

—¡ Ay ! no me hable usted, tío Fabio, no me hable usted. ¿También me va usted a aconsejar más paciencia? ¿Dónde se vende? Dígamelo usted, para comprar una buena carretada, pues la provisión que traje ya está al concluirse. ¿Sabe usted por qué se ha salido furioso? Porque estaba empeñado en meterme una langosta en el seno, ¡ mire usted qué gracia ! ; y yo, ¡ claro !, no le dejaba, y acabé por darle un empujón ; entonces empezó a gritar, que él no se había casado para eso, que yo no le quería y que iba a contárselo a su abuela, la retahila de siempre. «Pues lástima que no tengas abuelo también para que se lo cuentes», le contesté ; y tuve que encerrarme, porque me corría detrás con el asqueroso bicho. Bueno, tío Fabio, ¿he debido yo permitir ese juego indecente para probar mi afecto a mi marido? Dígalo usted, sosténgalo usted, a ver con qué palabras y con qué razones defiende usted su teoría. Asimismo, ahora iba yo en su busca y me prometía desenojarle... Pero, si a usted le parece que mi deber es someterme a todos los caprichos, aun los más extravagantes, que por ser de él todos lo son...

Algo corrido don Fabio, no se atrevió ya a hacer el predicador, y estrechó con pena la mano de la joven, diciendo entre bromas :

—¡ Esta Victoria ! ¡ Lástima que no haya más paciencia ! Me enteraré de la tienda donde se vende, y compraremos, ¿verdad?... También tienes tu geniecito, ¿a quién sales, a tu padre o a misia María Josefa?

Sonó en esto la primera campanada del almuerzo, tan característica que a pesar del continuo estruendo escuchóse distintamente, y la joven se volvió como soldado que oye la retreta.

—¿Vas en busca de tu marido—dijo don Fabio,—o vienes conmigo?

—Con usted : ¡ si me retraso me cuelgan, tío Fabio !

Y se dirigieron a la casa, muy despacio, pisando las langostas muertas, mientras el grueso de ellas se elevaba sobre la flecha de la capilla cercana como el penacho de humo de una grande hoguera.

VII

Refiere don Celedonio Armero, testigo imparcial y fidedigno, que en la primera semana que siguió a la invasión de la langosta, ningún suceso doméstico, de los ingratos que ocurrían a dia-

rio, alteró la tranquilidad de la casa, como si el desastre fuera bastante a preocupar a todos, o cada cual se apercibiera para recomenzar el duelo; en la mesa, único pretexto de reunión de la desunida familia, se movían las mandíbulas en silencio, figurando convite de autómatas o de sordo-mudos; así, cada bocado era una pedrada para el encogido estómago, y formaban las salsas con la bilis revuelta peligrosa mescolanza, capaz de matar de repente al más robusto.

Pero en la segunda semana... El respetable astur se defiende de las imputaciones de parcialidad que luego se le hicieron, por demás injustas, diciendo que él nunca tomó partido por la señora Victoria, que él siempre estuvo del lado de la autoridad constituída, conforme a las sabias doctrinas de Roma, y siendo en esencia y representando esta autoridad misia Justa, por misia Justa miró siempre y a misia Justa defendió, en cumplimiento de su deber.

En realidad, don Celedonio era demasiado listo para ponerse a mal con la señora mayor, la *Nerona*, como para su sotana solía llamarla. Que al principio la palidez y tristeza de la señora Victoria, de aquella hermosa sacrificada que a todos iba contando sus penas sin palabras, le conmovieran e interesaran, no prueba más que la bondad de su corazón, propia de su ministerio; pero cuando las cosas tomaron mal giro, y

con terquedad e insensatez la señora Victoria se alzó contra el gobierno absoluto de misia Justa, él no dijo ya ni oxte ni moxte y se plegó incondicionalmente al partido de la fuerza, que es la legalidad.

De manera que la costumbre de Victoria de colarse en su capilla a todas horas, disgustaba a don Celedonio mucho; por la mañana o por la tarde, ya por la puerta principal o por la sacristía (que estaba junto a sus habitaciones particulares), cuando la puerta principal estaba cerrada, entraba la rebelde y en su reclinatorio se pasaba hasta las mil y quinientas. Aunque muy tímido el capellán, puesto en guardia el instinto del egoísmo, no tuvo empacho en decírselo:

—Señora Victoria, ¡por la santa sábana de nuestro Señor! ¡No me comprometa usted! Y usted me compromete viniendo con tanta frecuencia a este sagrado lugar, porque como usted, niña sin experiencia y sorda a todo consejo, está así con la señora mayor, la señora mayor puede creer que yo la apadrino, que aquí nos entendemos y andamos de conciliábulo, y el mejor día me larga un *ukase* y me echa a la calle. Mire usted, señora Victoria, a lo que me expone y tenga lástima de mí; considere que a mi edad no se busca uno la vida tan fácilmente, que este cargo vale por una canonjía en la Metropolitana, y que el carlistón de don Ignacio an-

da detrás de él, porque le conviene más que su curato. Todas estas razones, y otras tantas, sobran para convencer a una dama tan inteligente como usted de lo peligroso y revolucionario de sus visitas en la actualidad. Si la señora Justa lo ha observado (y seguramente que lo ha observado, ¡porque tiene un ojo!), por muerto puedo darme y usted tendrá la culpa. Arrojarla de aquí, no lo pretendo ni hay derecho; pero ¡si tiene usted en su cuarto aquella Virgen del Carmen tan hermosa, que no desea sino que usted la pida algo para concedérselo! ¿A qué molestarse en venir hasta aquí? Y si es por tomar el fresco y guarecerse del sol, enfrente está la escuela, tan amplia y ventilada como la capilla... ¿No le basta a usted haber conseguido poner en entredicho a la infeliz y desamparada señorita de Paces, con sus intemperantes visitas a la torre? ¿Qué va a ser de ella el día que la señora mayor la despida? ¿Y qué va a ser de mí? ¿O no conoce usted todavía a la señora mayor? Señora Victoria, se aproximan días muy tristes, eso se huele... Entretanto, hágame usted el favor de dejar libre la capilla y entiéndase con la Virgen del Carmen, que si mucho me apura usted acabaré por rogar a la Purísima que no la escuche, y la diré que por los líos y el geniecito que usted se ha traído, estamos aquí pasando este calvario ..

¡ Pues, ni por esas ! La rebelde siguió viniendo a la capilla y comprometiendo al padre Celedonio que se desesperaba y no sabía cómo librarse de ella : ya le parecía a él que la *Nerona* desconfiaba y el principal indicio era el espionaje de Pastorita, pegada a su sotana todo el día ; miradas terribles, en distintas ocasiones, le cayeron varias como rayos, y así se daba por perdido, esperando su expulsión de un momento al otro.

Al fin, excogitó un medio para expresar en forma muda (que el tema no era para abordarlo con palabras, ni él se atreviera jamás) su absoluta inocencia y su adhesión a la buena causa : y fué ponerse a su ventana cada vez que entraba Victoria en la capilla o pasearse ostentosamente en la plazoleta, aunque el sol partiera las piedras, esquivando hablar con ella en sitio público, todo menos dar pie a la dictadora para una medida disciplinaria de tan graves consecuencias, que el triste sacerdote no quería pensarlo.

Esto no le libertó de la presencia de la pegajosa Pastorita, ni le devolvió la perdida confianza de misia Justa, agravando su dispepsia crónica el sobresalto de la temida destitución y reemplazo por aquel don Ignacio, su envidioso contrincante, de modo que ya el bicarbonato no tenía poder digestivo ni influencia calmante si-

quiera y pasaba ratos malísimos don Celedonio...

Decía, pues, que en la segunda semana, según referencias del capellán, a poco de levantarse de la mesa, hubo tiroteo vivísimo entre Melchora y Victoria, tan vivo que si no media don Fabio, no se sabe cómo terminara el lance ; con esto la dispersión fué general y más rápida que de ordinario, huyendo don Celedonio a refugiarse en su cuarto, donde le acometió un hipo violentísimo. ¡ Válgate la Virgen de los Remedios ! ¡ Qué vida y qué manera de quemarse la sangre !

El cartero venía a *La Justa* después de mediodía, y a mediodía naturalmente, el sol de enero asa los pájaros en el aire. Quien recogía la correspondencia era Blasa o Regino, o el espetado mozo de comedor. Nunca la señora mayor, ni doña Melchora. Sin embargo, aquel día (18 de enero, jamás lo olvidaría don Celedonio) apenas se sintió el caballo del cartero en la plazoleta, salió doña Melchora, sin guardarse del sol ni de nadie, y recogió las cartas. Luego penetró apresuradamente en la casa. Don Celedonio lo vió todo, ahogado por el hipo, desde su ventana... ¡ Ay, qué cosas ! ¡ Y cómo los actos más sencillos producen, a veces, las más grandes catástrofes !

Sí, de la recogida de cartas de doña Melcho-

ra vino todo lo demás que ocurrió aquel espantoso día 18 de enero. Y asegura don Celedonio que él tuvo el presentimiento, algo así como atrevida inducción de lo que iba a pasar.

Por cierto que pensando en este suceso, se durmió plácidamente en su sillón. No ha podido saber, pues, qué hizo Melchora con las cartas, ni a dónde se dirigió al entrar en casa, aunque si despierto estuviera y no se apartara de la ventana tampoco lo sabría.

Y lo que hizo Melchora fué subir ligeramente la escalera y llamar a la alcoba de misia Justa, por fórmula, pues misia Justa la esperaba y con ella tenía concertada la violación de correspondencia, a espaldas de don Fabio. La ira de la reciente disputa con *la otra* y el gusto perverso de la mala acción coloreaban los morenos y lustrosos cachetes de la viuda, que entró sigilosa, y luego de cerrar con tiento la puerta, susurró :

—Aquí están, tome usted. Me parece que de esta vez la reventamos a la *barraquera*.

—¿Viene carta para la maestra?—preguntó misia Justa casi por señas.

—Viene. Con una palomita en el cierre, muy mona. Tome usted. Esta es para el tío y esta para ella, del hermano : conozco la letra del señor **Stuart**.

Cogió la señora la carta sospechosa, y las dos

se acercaron al balcón, cuya verde persiana tamizaba suavemente la luz; ansiosa, metía Melchora la cara por el hombro a la abuela, insistiendo:

—Abrala usted, ¿qué espera? Es esa de la palomita...

—Pienso—dijo misia Justa con gravedad—que, diga lo que dijere esta carta, como no traiga dentro el nombre de Victoria, no nos servirá los efectos de una prueba formal e irrecusable.

—¡ Vaya por Dios! En estos casos basta con las pruebas morales, que ellos no serán tan tontos para dejarse sorprender. De lo contrario, a nadie se condenaría... Abrala usted, y si no se atreve la abriré yo.

No fué menester, porque misia Justa, rápidamente, desgarró el sobre y sacó el pliego doblado. Entonces, emocionadas, se sentaron en un taburete de estos gemelos, y mientras la señora desdoblaba el papelito, devorábalo Melchora con los ojos, queriendo deletrear anticipadamente sus garrapatos... Lucía otra palomita en el membrete y esta divisa: *Siempre fiel;* la letra era muy mala, expresando los desiguales renglones lo siguiente:—«Nena mía: Ya te he dicho que para el término fijado, no puede ser. Lo dejaremos para más tarde, cuando las dificultades que sabes estén allanadas. Ten paciencia, que con la paciencia se gana el cielo, y el cielo es

nuestro amor. Consúltalo con don Celedonio y verás cómo me da la razón. Si esta tarde te dejaran libre, vente paseando por el lado de Donato, que yo trataré de acercarme lo más posible... Lo principal es que ni aquí ni allá se enteren. Adiós. Tu nene, Alejo.»

Leyó todo esto misia Justa sin necesidad de gafas, con voz clara, y cuando terminó, volvió a empezar : «Nena mía...» repitiendo palabra por palabra. Pero Melchora la interrumpió, desahogando su exaltada furia :

—¿Que no ha comprendido usted? ¿Quiere más todavía? Si la llama su nena y le habla de su amor y la da una cita ¡ una cita ! ¿Pues no es esto bastante para ir con la carta y restregársela por el hocico? ¡ Ah ! no contaba ella que nosotros velamos por el honor de la familia ; se ha casado creyendo que iba a hacer mangas y capirotes... ¡ Para que después me llame enredista ! Ella, la intrigante, la desvergonzada, que se da citas por los caminos a los dos meses de casada... ¿Y usted qué va a hacer, abuela? Porque en vista de esto... Mire usted si sabía yo lo que me decía. ¡ Qué par de nenes ! ¡ Y qué cazaditos los tenemos !

—¡ Melchora, Melchora !—murmuró la abuela Justa.—¡ No alces la voz, por Dios, esto es muy delicado ! Prueba mucho y no prueba nada. Reflexionemos... La carta está dirigida a Clo-

tilde, y, por lo tanto, lo que en ella dice el insolente de Pardales, a Clotilde se lo dice...

—No ; si iba a decírselo a la otra con todas sus letras y sus apellidos.

—Yo creía—prosiguió la señora—que si no el nombre, se dejaría dentro algún cabo de donde tirar.

—No uno, sino tres y cuatro se han dejado. Tire usted y verá como sale el ovillo.

—Despacio, Melchora, despacio.

Volvió a leer la carta y quedó pensativa. Melchora se revolvía, insistiendo :

—Pero, si está más claro que el agua. Esa es una combinación preparada con la complicidad de la Clotildita...

Misia Justa movió la cabeza. En verdad no buscaba ella disculpas ni explicación para la supuesta falta de la otra, sino una base de prueba suficiente, lo necesariamente segura para proceder contra ella. La carta de Pardales no tenía más importancia que la que el capricho quisiera darle ; la razón serena no la concedía ninguna : podía ser uno de tantos indicios, de los mismos de que dudaba don Fabio. La mano seca, de hinchadas venas azules, estrujaba el papel inofensivo, de cólera impotente, como garra que hallara por presa el vacío.

—No sé, no sé—murmuró la abuela desdoblando el papel de nuevo.

—Seguro—dijo Melchora,—que ya tiene usted todo arregladito en la cabeza y más bien pensado... Porque no hay que darle vueltas.

—Pues no, hija, no, no.

—¿También va usted a dudar, como el tío Fabio? Con ir esta tarde *por el lado de Donato*, se aclaraba todo. Mejor prueba...

—¿Cómo? ¡si hemos abierto la carta!

—¡Es cierto! y rompiendo el sobre. Si me la deja usted a mí la abro sin que se notara ¡me doy una maña!... Pero no dirá usted, abuela, que lo de la maestra está turbio también: me parece que su falta, su infidelidad, son patentes. ¿Y el capellán?

—¡Ah! lo que son ellos...

Levantó la mano, como si fuera esta la ejecutora del pensamiento. Y animada por este ademán, con fuego que si no era producto de su convicción podía ser anhelo de su amor propio y de su odio, empeñados en que la mala idea triunfara, Melchora la compuso a su gusto, presentándola a misia Justa y metiéndosela por los ojos de esta manera:

—Si está más claro que el agua, ¿no lo comprende usted? Mire usted: ellos se entendían, desde mucho antes que Josecito la conociera, y si no se han casado es porque el hermano, ambicioso, quería para ella mejor partido... Bueno, se presenta Josecito, ¡y claro!, se le dan a Par-

dales los pasaportes y se le echa al otro el gancho; ¿quiere usted más bajeza? prestarse ella a semejante comedia... Pero la casualidad (en todos estos casos la casualidad hace de encubridora) les pone luego de vecinos y la vecindad reaviva la simpatía antigua. ¿Cómo hablarse? pues se finge correspondencia con Clotilde, y así llegan a la torre todas las cartas que quieren... Las buenas migas de Clotilde con ella son innegables: desde el primer día se mostraron... ¿No está claro esto? ¿no lo comprende usted, abuela? ¿qué mayor prueba que ese papel... y todo, todo lo que hemos visto y oído, y estamos viendo y oyendo? Ahora, en lo que yo no he de mezclarme es en si basta para que demos la campanada o esperamos a que las cosas sigan su curso natural y dejamos que la señora *barraquera* arrastre nuestro apellido *por el lado de Donato*... ¿Conviene poner en guardia a Josecito? ¿soltarle a ella una alusión bastante expresiva para detenerla en el camino que lleva? ¿Se cortará por lo sano, despidiendo a la maestra, su cómplice, y al capellán, que la apadrina en su rebeldía? Allá usted y tío Fabio; yo no doy consejos, ni asumo responsabilidades, porque no quiero que digan después que la culpa fué mía...

Sucede que lo absurdo, como semilla de cizaña que cae en terreno abonado, se cuela siempre en el espíritu predispuesto, sin que la razón, celo-

sa guardiana, lo examine, discuta y someta al juicio severo de que no se libran las ideas en general, y eso, por lo común, a causa de que la pasión apagó su antorcha y como en cuarto a obscuras y abandonado las aves nocturnas entran y anidan, convirtiéndolo en casa propia. Por inverosímiles y disparatados que fueran los extremos a que arribaba Melchora, y caprichosos e imaginarios sus fundamentos, el entendimiento de misia Justita González, cuya viril fortaleza se ha encomiado tanto, entenebrecido por rencores y antipatías profundísimos, no rechazó, sino débilmente, cuanto la nieta política dijera, repetición de cuanto venía diciendo de dos meses atrás; y deseosa de soledad para meditar, la despidió con breves palabras, recomendándola mucho silencio y sobre todo que don Fabio no se enterase de lo que acababa de pasar. Luego de entregar las otras dos cartas, callarse y observar, y observar y callar hasta que ella hablara, hasta que ella obrara. ¿Entendido?

Marchóse la viuda, zarandeando las caderas... De lo que meditó misia Justa, sentada en el taburete, con la desplegada carta de Alejito Pardales sobre la falda, poco puede adivinarse: su impasibilidad de imagen no dejaba a la inducción conocer gran cosa, sino que debían de ser muy ingratos y sombríos los pensamientos que aleteaban bajo sus rizos de plata; quizá anali-

zara la historia completa de los amores de Josecito, víctima de la codicia de ambos Stuart, o perdida anduviese en los inextricables senderos de la leyenda de la torre ; tal vez preparaba la guillotina en honor de Clotilde y don Celedonio, y por eso, a veces se estremecía la línea rígida de su boca, que es don de tiranos el placer del castigo... Porque fuera cual fuere la verdad de la intriga de Pardales, Clotilde y don Celedonio se ufanaban en mostrarse partidarios de la otra, y esto era crimen suficiente para no tolerarlos ya en la casa, desde que la carta interceptada, aunque inocente de suyo, había facilitado el pretexto, especialmente contra Clotilde, a quien no podía permitirse carteos amorosos que redundaban en desdoro de la sagrada misión educadora que se le había confiado.

A las cuatro bajó misia Justa a la plazoleta. Era la hora en que Clotilde abría las puertas de la jaula escolar y daba suelta a la chiquillería, que se desbandaba alegremente por los campos ; aun no la había abierto y se oía dentro el rumor de los prisioneros impacientes. Don Celedonio, que paseaba a la menguada sombra de los naranjos, saludó tímidamente :

—Muy buenas tardes nos dé Dios, señora.

Pero misia Justa no le contestó. Pasó sin mirarle, derechamente hacia la escuela, tan tiesa que el capellán quedó temblando.

—¡ Santo Dios ! ¿ Otra tormenta en el horizonte?—pensó el cuitado.—¿ Dónde descargará el rayo? ¡ Que santa Bárbara proteja a la pobre Clotildita ! Yo, por lo que pueda tronar, escapo...

Y se guareció en la capilla, asilo donde se creía seguro. Misia Justa, entretanto, llegó a la escuela y entró ; la revolución que allí había de chicos en movimiento, subidos en los bancos, gritando, riñendo, a caza de los libros desperdigados o del sombrero para marcharse, suelto el lazo de la disciplina, se calmó por ensalmo, así que en el fondo de la sala apareció la majestuosa figura de la abuela ; todos, niños y niñas, de pie, como soldados, cantaron a unísono la salutación de práctica :

—¡ Buenas tardes, señora Justita !

En la tribuna, Victoria y Clotilde se pusieron también de pie ; en el último escalón de la tarima, Pastorita, con una desaforada lengua de franela escarlata que le colgaba hasta la cintura y un gorro de papel adornado de dos puntiagudas orejas de asno, exponía a la vergüenza su desaplicación y mala conducta.

—Señora—dijo Clotilde bajando del pedagógico sitial,—he tenido que poner a la niña en penitencia, porque no se puede con ella ; ni estudia, ni deja estudiar a los demás ; hoy ha roto su pizarra, ha derramado el tintero sobre la

gramática de una compañera y le ha pegado con la regla al menor de don Patricio...

Mientras la acusaban, Pastorita se había quitado los ignominiosos atavíos y hacía pitos a la maestra. La abuela nada contestó. La proximidad de la culpable la irritaba tanto, que apenas podía hablar. Sacó la carta del bolsillo y se la presentó, diciéndole de modo que sólo ella se enterase :

—No acuse usted a los demás cuando tanto tiene de qué acusarse, y no ciertamente de travesuras infantiles. Tome usted esta carta... Es de Alejo Pardales... ¡ Yo la he abierto y la he leído !

Muerta mil veces prefiriera Clotilde, antes que escuchar lo que parecióle trompetazo del juicio final ; se puso amarilla, las piernas le temblaron, entrechocaron sus dientes, y la mano, helada, no se atrevía a coger el papel :

—Señora... yo no sé... aseguro a usted...

—¡ Basta ! Tome usted esta carta y márchese a la torre a esperar mis órdenes. Bueno será que vaya usted preparando su baúl...

Y con voz de mando, misia Justa se dirigió al concurso de cabecitas azoradas :

—¡ Niños, afuera !

Sumáronse los dos bandos, el masculino y el femenino, y por el callejón central atropelladamente, como esclusa que se desborda, salieron

pataleando y empujándose, Pastorita la primera, a la zaga de la corrida y desventurada maestra; muchos, los más corteses, al pasar besaban la mano de la señora, y ya en la plazoleta esparcíanse todos bulliciosos, asustando a los pájaros con sus gritos y a don Celedonio, que por una rendija de la puerta de la capilla asomaba la inquieta cabeza de conejo, cambiaba breves palabras con la señorita de Paces y convulso encerrábase otra vez, encomendándose a la Virgen Santísima...

Cuando salió el último niño, Victoria bajó de la tribuna. No sabía ella (ni podía enterarse a causa de la distancia y la rapidez de la misteriosa escena) lo que con Clotilde acababa de pasar, y desprevenida llegó hasta la señora abuela, escondiendo tras de una sonrisa fría la poca gracia que el encontronazo debía de hacerle: en la inmensa sala desierta, las alimañas del friso y el esqueleto de la pared del fondo parecían moverse, infundiendo menos temor que la implacable figura de misia Justa, erguida como un granadero. Puestas a tiro una y otra, se cruzaron los siguientes disparos:

—¿A dónde vas?

—Señora, a ninguna parte.

—Te has puesto el vestido rosa, ¿por qué te has puesto el vestido rosa?

—¡ Señora, por Dios! porque es más fresco.

—¿Piensas salir?

—No, señora.

—¡ Digo que tú piensas salir !

—¿A dónde? Si es por el traje, me vestiré de luto... o no me vestiré ; andaré de bata...

—¡ Cuidado con el retintín impertinente ! No te contentas con ser respondona...

—¿Yo respondona?

—¡ No es extraño ! ¿Sabes que he despedido a tu amigota la maestra?

—¡ Ay ! ¡ pobrecita ! ¿por culpa mía? ¡ es injusticia !

—Te dije que te vigilaba...

—Señora, no sé por qué.

—Que te vigilaría. Los maridos tontos son fáciles de engañar. Y tú no me inspirabas confianza.

—¡ Señora !

—Ni me la inspiras, no ; así, clarito, ahora menos que antes. Si esto es aquí, ¿qué será mañana en Buenos Aires? Una vez despedida tu cómplice...

—¿Mi cómplice?

—Tu cómplice ; hablaremos despacio, muy despacio, y te cantaré yo la cartilla, ¿oyes? ; bueno, vete, pero con la absoluta prohibición de que te vayas por esos caminos, ni con perro, ni sin perro ; tus modas inglesas las guardas para Ba-

rracas, que si tu hermano te dejó campar libre de soltera, aquí tenemos de la mujer, y sobre todo de la casada, un concepto más digno y riguroso. Vete.

Para obedecer, tenía que pasar Victoria muy cerca de ella, y como ella no cedía el paso, se escurrió sin cuidado de no rozarla, ahogándose de cólera, ciega, tan ciega, que tropezó en la puerta con Josecito, que venía a buscarla para el paseo, y le apartó furiosa, sin darle respuesta ni disculpa.

—Pero, ¿qué tiene Victoria?—dijo el marido entrando en el pabellón.

—¿Qué tiene?—contestó la señora esforzándose por calmar la emoción del duelo.—Nada, lo de siempre; buena está tu mujer, buena...

Cerró la puerta y empujó al nieto hacia el encerado del fondo, que custodiaba el horrible esqueleto pintado sobre la pared tan propiamente, que fuera el terror de los chiquillos si la costumbre de verlo no engendrara la familiaridad y diese ocasión a la chacota. Josecito comprendió que se preparaba un interrogatorio en toda regla, y se sentó en un banco, sumiso, como alumno que va a decir su lección; y haciendo el ademán suyo familiar, de golpearse las rótulas con las palmas abiertas, se rió neciamente:

—*Jú, jú*... Ya sé lo que me va a preguntar usted, abuela; soy más inteligente de lo que us-

ted cree... *Jú, jú;* me va usted a preguntar lo que ocurrió esta mañana: pues, lo que ocurrió fué que ella no quería levantarse porque tenía sueño, y yo quería que se levantara, ¡vaya! yo quería dar un paseo hasta Ombú, y ella que no y yo que sí. ¡Siempre me ha de contrariar, abuela! pues no había quien la levantara, haciéndose la dormida, y entonces la eché un jarro de agua en la cara ¡zás! y la puse caladita... ¡Qué risa! Al sentirse mojada, se levantó enojadísima ¡como si no fuera mi mujer, y no pudiera yo hacer con ella lo que me dé la gana! ¿Para qué se ha casado conmigo? ¿Qué es lo que se ha figurado? ¡tiene gracia! ¿De qué me vale a mí ser el marido? Lo que hay es que no me quiere, que nunca me ha querido... Es más fría que un mármol...

Misia Justa, que le escuchaba armada de un buen trozo de tiza, borró con el sucio guiñapo depositado en el reborde del pizarrón los números y garabatos, y escribió rápidamente la respuesta:

—A buena hora te acuerdas. Haberlo pensado cuando te metiste en casa de los Stuart, y te dejaste atrapar como un inocente. Fastídiate.

Escribía y borraba; y tan hecho estaba el sordo a aquel sistema de conversación, que antes que la mano de la abuela terminara la frase, ya él la había leído entera y sin tropiezo.

—Fastídiate—seguía escribiendo misia Justa, —que no eres tú solo el que lo pagas, sino todos nosotros. Pero no es eso lo que iba a preguntarte : lo de esta mañana sc parece a lo de ayer, a lo de anteayer y lo de siempre ; la falta de cariño, el corazón de hielo, la pésima educación, las viejas mañas de tu mujer, como que se ha criado sin madre, son cosas muy sabidas...

Pasó de golpe el trapo sobre lo escrito y formuló esta pregunta :

—¿Te has enterado de que tu mujer es bonita?

—¡*Jú, jú!*—exclamó el sordo aporreando la rodilla derecha,—¡ qué pregunta, abuela ; si no soy ciego !

Y la señora continuó escribiendo :

—Puesto que sabes que es bonita, debieras saber también que las mujeres bonitas son las menos a propósito para esposas legítimas, porque hay que guardarlas de la codicia ajena y disponer de autoridad bastante para obligarlas a que se guarden ellas mismas... Cuando una mujer bonita no quiere a su marido, está a dos dedos de dejarse llevar por otro... Y hay zanguangos sin conciencia que del noveno mandamiento hacen una profesión...

Josecito leía e iba poniéndose muy serio. Al llegar a la última letra se impacientó.

—Bueno, ¿y qué me dice usted con eso abuela?

—Que todo marido, y en particular el dueño de mujer bonita, debe mirar mucho por ella, abrir tamaño ojo, estar siempre en guardia.

—¿Lo dice usted por Victoria?

—No lo digo por Victoria, ni por nadie—continuó misia Justa apretando más la letra, nerviosa,—lo digo en general. Contéstame ahora a esta pregunta : ¿cuando tus visitas de novio, notaste si rondaba otro a Victoria, o si la había rondado antes?

—No—dijo ingenuamente el joven,—Victoria nunca tuvo más novio que yo, y muchas veces le oí decir a mi cuñado que era la muchacha más rara y más fría del mundo.

—¿Y no observaste, o supiste por accidente, fuese visita de la casa o amigo de etiqueta, el hijo de don Zacarías, Alejo Pardales?

La tiza se quebró al trazar este nombre sobre el encerado.

—¡Qué disparate!—exclamó Josecito,—¡si a Pardales le ha conocido Victoria en el Trigal!

Aunque despuntada, la tiza siguió haciendo preguntas, más rápidas, más concisas.

—En la fiesta de Santa Genoveva, ¿qué notaste? ¿con quién habló Alejo? ¿qué dijo Alejo? ¿qué...?

Y de pronto, ante las respuestas indiferentes

del sordo, que no comprendía bien, el guiñapo borró apresurado lo que en su resaltante blancura podía descubrir la velada intención, y misia Justa, con más calma, escribió :

—Te he preguntado esto por nada, por una idea que se me vino, así... Pero, voy a darte un consejo : que no olvides que eres el marido de una mujer bonita. Y alguna vez, hoy no, ni mañana, ni pasado, te vayas en tus paseos por el lado de Donato... a ver si sorprendes al *Mandinga*, que se dice está oculto en *La Justa*... Figúrate si le sorprendieras ¡ qué servicio para el partido ! el *Mandinga* sorprendido por un Esquendo ! Anímate, hijo...

Sacudido por la risa estúpida, Josecito se retorció en el banco. *¡ Jú, jú !* ¡ qué ocurrencias las de la abuela ! Ir a buscar él al *Mandinga* y prenderle ! ¡ Lo que no hacía toda la partida junta !

—Por el lado de Donato, ya sabes—insistió misia Justa con la tiza,—vive *ño* Camilo, el padre, y la novia, Herminia...

—¡ Bueno !—saltó el sordo.—¿ Usted se burla de mí? ¿para eso me tiene aquí fastidiándome con sus escrituras?

Y se levantó, enfadado, diciendo a voces que se iba a Ombú solo, porque aquel día todos estaban de mala veta. Misia Justa borró lo escrito y con letras muy gordas puso :

—Mal genio ; contigo no se puede gastar bromas.

Josecito, como niño enfermizo y mimoso, rezongaba :

—¡ Sí, usted quiere burlarse de mí ! ¡ me ha dicho unas cosas tan disparatadas ! me duele la cabeza, porque no comprendo... El *Mandinga*, Alejo, que si Victoria... ¡ ah ! sí, ya sé, ya sé : usted me previene que Victoria... ¿con el *Mandinga?* ¿con Alejo? ¿con quién? explíquese usted, abuela. Ya comprendo, ya voy comprendiendo : parece que aquí dentro brilla una luz muy clara...

Se había abalanzado a la señora, y la exaltación le ponía fuera sí. Densamente pálida, misia Justa escribió de prisa en el encerado, llenó de letras el espacio negro, borró y volvió a llenarlo, y escribiendo y borrando dijo todo esto al nieto :

—No, has leído mal, has entendido mal ; yo no he podido decirte una enormidad semejante, porque sería una grande mentira, y la abuela no dice mentiras. La abuela da consejos, hace advertencias. Lo que la abuela te previene que puede suceder, tú lo tomas por sucedido. No seas así, porque si no, la abuela no te hablará más nada y te dejará sumido en tu eterna tontería, y que se rían de ti los demás. Lo del *Mandinga* ha sido una broma, lo de Pardales un po-

co de curiosidad : no cambies los frenos. En cuanto a que debes vigilar a tu mujer, ¿es la primera vez que te lo advierto? Te lo advertí el primer día que me confiaste tus intenciones casamenteras. ¿Dónde está la luz que te brilla por ahí dentro? ¡ zonzo ! vete a tomar el fresco y déjate de ver luces, como los borrachos.

Mohino, Josecito iba leyendo, y poco a poco se tranquilizaba, y al fin se rió, echando fuera los feos dientes.

—*¡ Jú, Jú !*—exclamó golpeándose ambas rodillas—pues entonces no me venga usted con eso otra vez... Yo no soy zonzo ; ya sé, ya sé...

Por temor, sin duda, de que las gotas de desconfianza que acababa de inyectar en aquella alma obscura produjeran mayor efecto y más rápido que el apetecido, misia Justa, arrojando la tiza, se acercó al joven y le palmeó las espaldas, empujándole afectuosamente para que se marchara y se distrajera : el camino de Ombú era el más pintoresco de los alrededores ; había de traerla nuevas de la torre de la Iglesia, si la echaron o no la echaron la montera que le faltaba. El, que escuchaba muy bien, porque la abuela le hablaba cerca del oído y con voz que afuera debía de oirse, soltaba sus *jú, jú* de complacencia ; y entretanto salían de la escuela, sin que en la plazoleta encontraran a nadie, ni traspirase de la casa ruido alguno, sumido todo en

el terrorífico silencio que acompaña a los terremotos.

Los pájaros eran los únicos que no callaban, y sabe Dios qué chismes se contaban de rama a rama y qué comentarios hacían de los sucesos de la tarde ; el sol, muy alto aún, se velaba entre nubes, acaso por no ver lo que en *La Justa* ocurría. Dijo alegremente Josecito que se marchaba a tomar su *break*, y en la misma puerta de la capilla, a donde la abuela se dirigía, se despidió de ella.

Misia Justa empujó la puerta y la halló cerrada, cosa extraña, porque a aquella hora, las cinco más o menos, llamaba la campanita para el rosario y sólo al obscurecer el mismo don Celedonio cerraba, antes de la comida. Fué la señora a la puerta de la sacristía y la halló también cerrada, y cerrados casi todos los huecos de las habitaciones particulares del capellán. Aunque éste anduviera de paseo, no acostumbraba tapiar de esa manera aquellas dependencias, sino que gustaba de abrirlo todo para que el aire puro ventilase y refrescara libremente. Misia Justa llamó a Blasa.

Blasa informó que no hacía mucho que el padre se paseaba por la plazoleta, lo cual era cierto y la señora podía dar fe de ello ; como no estaba en la casa ni se le vió por esos caminos, seguramente debió de encerrarse a pesar del calor.

Llamaron entonces, y al segundo golpe, por el entreabierto postigo apareció la desencajada y mustia faz de don Celedonio, que se retiró en seguida tan pronto como descubrió que era la *Nerona* misma quien hasta el fondo de su asilo venía a buscarle, y de la cual ni candados ni cerrojos le librarían. ¡ Santa Bárbara bendita ! ¡ La tormenta iba a reventar sobre su cabeza !

A trompicones salió a abrir el mísero, y encorvado por el miedo y el respeto franqueó el paso a la tirana, tartamudeando :

—Sí, señora Justita... Dispense usted, señora Justita... Había cerrado porque no me siento bien...

Mandó la abuela que abriese las ventanas, porque la pesada atmósfera sofocaba, y entró luego que la luz y el aire inundáronlo todo ; ya en el despachito del sacerdote se volvió para cerciorarse de que Blasa no la seguía, y sin exordios ni composturas interpeló bruscamente al tembloroso viejo :

—Padre, he despedido a la maestra, ¿sabe usted por qué la he despedido?

—Señora Justita, cómo saber... sí, sé que ha sido despedida, pero por qué... Cuando la señora Justita lo ha hecho...

—Es que he tenido mis razones, sí, padre, ¡ y qué razones ! La maestra andaba mezclada en intrigas indecorosas, de las que usted mismo...

—Señora Justita, ¡por Dios!

—De las que usted mismo participaba, sin respeto a los hábitos que viste. Usted estaba enterado; usted lo sabía y lo ha callado; sabe algo más, sin duda, y no me lo confiesa... ¿No le dice a usted nada la conciencia?

—Señora Justita—contestó don Celedonio con dignidad mal sostenida por el temor,—mi conciencia me dice que durante los cuatro años que he tenido el honor de desempeñar el cargo que me fué confiado, lo he servido con toda lealtad y dedicación; ni a los deberes de mi ministerio, ni a la señora creo haber faltado, ni de obra ni de palabra. Es cierto que yo sabía que la señorita de Paces y Alejo Pardales, si es a esto a lo que se refiere la señora, mantenían secreta correspondencia, pero con fines honestos, en lo que no cabe crimen ni desdoro para nadie. No sé más que esto; puede creerlo la señora... La señora piensa mal; la señora me acusa sin motivo...

—Padre Celedonio—insistió misia Justa,—en la intriga de Clotilde, juega usted un papel muy turbio, su nombre figura en la cartita sorprendida esta tarde; eso no está bien; y como a mí no me agrada, ¡desde este instante queda usted relevado de su cargo!

Oyó la sentencia el pobre hombre, y lo que

sintió fué como si le descargaran un palo en mitad de la cabeza. Tambaleóse, y aferrándose al sillón que más cerca tenía, con voz doliente pretendió ablandar a la implacable *Nerona*, cuya severa figura negra llenaba el despachito entero.

—Después de cuatro años... ¡ cuatro años de leales servicios ! Mire lo que hace la señora, y no condene al hambre y a la miseria a un infeliz anciano inocente. Jamás falté a la señora. En las diferencias sensibles que ha traído a la casa la esposa de don Josecito, censurándola como debía, me puse al lado de la señora, y de ello todos son testigos... Reflexione la señora ; vuelva de su injusto acuerdo...

—Ya hablaremos de eso, padre. Tiempo habrá, y deseos por mi parte. Entretanto, aténgase a lo dicho, y en esta semana prepárese usted para ser reemplazado.

Dió la espalda en seguida la dictadora ; y conforme iba la figura negra saliendo del despachito, que parecía aclararse a medida de sus pasos, se rehizo momentáneamente el triste sacerdote y, prestándole alientos la desesperación, la disparó estas palabras :

—La señora está influída por el cura del Trigal. Ya podía haber buscado otro pretexto. ¡ Nuestro Señor Jesucristo, que juzgará a los poderosos y a los humildes, se lo tomará en cuenta algún día !

Por lo pronto, no lo tomó en cuenta misia Justa, porque no lo oyó o no quiso oirlo, y don Celedonio se abatió en el sillón, como tronco que acaban de aserrar. ¡ Lo temido, lo sospechado, estaba hecho ! ¿Qué iba a ser de él? Grandes disparates se le ocurrieron : acudir a don Fabio... como si don Fabio, pensara o no pensara lo mismo que la señora, había de oponerse en modo alguno a lo dispuesto ; e irse al Trigal a retar a don Ignacio, y a Clotilde y Alejo, causas eficientes de su desgracia, y a Victoria, causa oculta y verdadera, increparles y obligarles a que le facilitaran otro destino tan cómodo y regalado como el que le habían quitado.

Los pajarillos del parque, con piar melancólico, parecían llorar la tribulación en que el capellán se encontraba, y el silencio y la obscuridad en que, poco a poco, la tarde dejaba la habitación, agrandaba la horrible idea de la despedida, que para don Celedonio significaba tumbos y tropezones por los baches del infortunio.

Tantas y tantas vueltas esta idea dió en su magín, que le perturbó y llenó de fantasmas. A las seis o las siete (que no había luz para consultar el reloj de la pared, ni él estaba para consultarle, aunque el mismo sol alumbrara de plano) se levantó a duras penas, abrió la pequeña librería y una cómoda, y empezó a sacar los objetos

de su pertenencia, sin ton ni son, amontonándolo todo en el suelo, con prisa injustificada, y ora descolgaba un cuadrito de devoción, o desenterraba del cajón un manteo raído, ya pasaba a la alcoba y traía un rimero de cepillos, o, sin hacer nada, de pronto, se quedaba parado, suspirando, en medio de la confusa y heterogénea masa de líos y trebejos.

La campana de la comida no sonó aquella tarde. Al menos, don Celedonio no la oyó, y si la oyera no acude, porque su dignidad no le consentía ya probar el pan de una casa de donde lo arrojaban ignominiosamente, como a un lacayo. Siguió, pues, sacando y amontonando objetos, preparando su baúl, deshaciendo el nido en que pensaba morir en la paz del Señor, hasta que le faltó la luz, a pesar de que no era de noche todavía. Fué por cerillas a su alcoba, y con la palmatoria tornaba, cuando se escuchó grandísimo tumulto, voces, rodar de coche, azotar de caballos... ¡ Señor ! ¿ No había terminado la tormenta? ¿ Necesitaba una nueva víctima la feroz *Nerona?*

Asomóse a la ventana del parque don Celedonio, y no vió más que al sol hundiéndose con el turbante de nubes metido hasta los ojos, los pájaros que se daban las buenas noches cortésmente unos a otros y las luciérnagas que encendían

su farolillo. Entonces corrió al zaguán, y por el postigo de la plazoleta descubrió el *break* de Josecito, al que rodeaban todos. Descubrió el *break*, mas no la causa del tumulto...

VIII

En el estrecho cerebro de Josecito no penetraban las ideas sino con el martilleo de la repetición, pero como un clavo que costó Dios y ayuda introducir, la que entrara quedaba en la dura cholla metida y no valían ya tirones para sacarla. Y así como la propia dureza del muro donde se introduce el clavo, hace a veces que éste se tuerza, se despunte o en suma se deforme de alguna manera, las ideas en el cerebro de Josecito también se deformaban y eran otras, más extravagantes, raras y disparatadas que las que le fueron sugeridas, sensatas por lo común o derechamente intencionadas.

Sucedía, asimismo, que en las nieblas de su espíritu lo veía todo confuso, tan grande era su miopía intelectual ; y cuando ayudado de la reflexión ajena, a modo de lente de aumento, distinguía lo que se le ponía delante, nunca podía

ser con la claridad y proporción debidas, sino agigantado y contrahecho: así, lo natural, lo corriente, lo vulgar adquirían para él formas fantásticas y se convertía la verdad en desatino.

Pues bien: cuando empuñó las riendas del *break* y por el camino de Ombú echó el hermoso tronco de tordillos con seguridad de mano, digna de su fama y pericia cocheriles, no pensaba en nada (ordinariamente Josecito no pensaba en nada, como no le hostigara un dolor o apetito cualquiera de la bestia), y muy entretenido iba en el orejear nervioso de los caballos, cuyos movimientos absorbían toda su atención, sin que prestara ninguna al paisaje ni a otra cosa, pareciendo en realidad que sacar de paseo a la yunta de brutos, distraerles, atender a su servicio y proporcionarles la mejor vida, conforme con su alcurnia caballar, fuera la misión terrena que se había impuesto. De las orejas a la cola, recortada a la moda inglesa y transformada en inútil y feo plumero, iban sus ojos, y a la zaga de sus ojos, arrastrándose, el perezoso pensamiento, que se quedaba dormido en el segundo viaje de la cola a las orejas y no despertaba ya, aunque la señora naturaleza, con sus armonías y sus galas, pretendiera seducirle o arrancarle de su modorra.

Dormía el lirón aquél, mientras los dos tordillos trotaban graciosamente, y de pronto, buen

trecho adelante, la violenta punzada del clavo de misia Justa le hizo dar un salto. Poco avezado a la gimnasia imaginativa, el pobrete aumentó con ello el dolor, y gimió, se retorció, asustado de los fantasmas que en la serena tarde de verano se le aparecían, como en noche obscura.

Josecito aflojó las riendas, y se metió en aquellas honduras a que su pensamiento le arrastraba ; en el fondo aparecía el encerado negro repitiendo en letras blancas las confusas y enigmáticas advertencias de la abuela. ¿Por qué la abuela había dicho eso? Cuando la abuela lo decía... Espoleada la memoria, tortuga soñolienta, no recordó nada de la fiesta de Santa Genoveva. ¿Qué hizo Pardales? ¿Qué dijo Pardales? nada, nada. No pocos esfuerzos le costó para verle al lado de Victoria en el balcón de la Municipalidad. Después, nada. Pero el clavo seguía punzándole. ¿Qué hizo? ¿qué dijo? La abuela no lo preguntaba ociosamente. Y trabajaba por recordar, con tanto empeño, que se ponía encarnado, más encarnado, muy encarnado, como si el esfuerzo que hacía fuese muscular y estuviese levantando terrible peso.

Quería recordar, y no recordaba nada. La memoria, aplanada en su soñarrera habitual, no atendía a espolazos, y el pensamiento, dolorido, parecía extenuado ya en su labor reflexiva de po-

cos minutos. La abuela lo había dicho ; ¿por qué lo había dicho? Ya no estaba encarnado Josecito, sino negro, tal era el empeño por recordar, por establecer analogías, por sacar consecuencias. Su debilidad cerebral le vendía a lo mejor y abandonado le dejaba en mitad de una deducción, como se quiebra el hilo que cuidadosamente se va tirando del ovillo. Entonces daba un latigazo a los caballos, revolviendo los ojos saltones.

La abuela lo había dicho ; ¿por qué lo había dicho? «Cuida de tu mujer, que como mujer bonita no han de faltarle gandules que se la lleven. Vete alguna vez *por el lado de Donato*.» El clavo seguía punzando y el dolor obligaba a la memoria a trabajar de nuevo. *¡Por el lado de Donato!*... ¡Ah! Josecito estaba negro y se puso súbitamente blanco. ¡La luz que creyó distinguir en la escuela acababa de alumbrar su mente, y lo veía todo tan claro! Alejo Pardales, el buen mozo trigaleño... sí, ¡qué estúpido! ¡qué imbécil! en casa de Donato, sin duda, con ella, con Victoria... La abuela lo sospechaba o lo sabía de cierto... Sí, ahora comprendía el galimatías y por qué la abuela se lo dijo en esa forma. ¡Con Alejo Pardales! Por eso era tan fría, tan desamorada, tan...

Sudó Josecito a chorros, y con el pañuelo se secaba la frente, estupefacto, pasmado, idioti-

zado. El trabajo mental había sido tan inmenso, como si hubiera subido una montaña llevando otra a cuestas. Y allí adentro la razón se oscurecía más, llenando Alejo Pardales todo el hueco, él solo, burlón, insolente, provocativo. La idea de la abuela, ya contrahecha, la llevaba clavada tan hondo Josecito, que el dolor le llegaba al corazón, sintiendo furiosos arranques, que no había quien contuviera ya, porque la máquina intelectual no funcionaba bien y era la bestia la que predominaba ahora.

Desbocados casi llevaba los caballos, castigándolos a tontas y a locas, y de repente los desvió del camino, arrojándolos sobre un sembrado, que les hizo cruzar a trallazos, con riesgo del coche y perjuicio evidente de la hortaliza. ¿Qué iba a hacer él a Ombú, si probablemente por el lado de Donato, a aquella misma hora, Victoria y Alejo Pardales se entendían a sus anchas? El también iría hacia aquel lado, y si les encontraba... No discutía ya en su interior, admitiendo como cierto lo disparatado; no lo discutía, ni era capaz de discutirlo, y hacia el lado de Donato iba más desbocado que sus caballos. Guiábale la cólera, violentísima, irracional, y por sembrados y plantíos conducía el *break* en desatentada carrera, con espanto de los animales que pastaban y asombro de los peones. ¿A dónde iba el señor Josecito? ¿Qué le pasaba? En la

cuneta del camino del Trigal en poco estuvo que volcara y se estrellase, pero siguió corriendo adelante, siempre adelante, empujado por desgreñadas furias, que le azuzaban ; así media hora, siempre corriendo, al galope desenfrenado de los tordillos cubiertos de espuma.

Por fin recogió algo las riendas conforme divisó el rancho de *ño* Camilo, porque el instinto de la prudencia le aconsejó que fuera con más tiento si sorprender quería a los criminales, los que, no siendo como él, sordos, huirían seguramente ante el estrépito que el *break* debía de venir armando ; y paró de firme, más allá, y se bajó para quitar a los caballos las colleras de cascabeles, montando de nuevo y arreando de prisa, pero con cuidado. Le pareció luego que no era aquel camino el más a propósito, ni el *break* propio para la deseada sorpresa, sino que debía buscar un sendero entre matorrales que le ocultase y permitiera rastrear libremente (en esto el pensamiento de Josecito, ya despierto, obraba como el de la raposa o del lobo), determinando, digo, dejar confiado el coche a *ño* Camilo y seguir a pie, que la tarde alargaría aún, y el sol no descendería al horizonte en dos horas lo menos.

Venía *ño* Camilo precisamente a caballo con el rebenque enganchado a la muñeca, y al topar con el *patroncito* descubrióse la cabeza cenicien-

ta, mostrando la frente morena en que el pesar y la vergüenza de las filiales fechorías, que infamaron su hogar honradísimo, habían marcado arrugas innumerables. Sabían todos que a don Josecito era inútil hablar, y el gaucho, por señas, indicó que iba a recoger su ganado; le mandó el joven que se volviera, que le tenía que esperar, guardando el carruaje, y juntos se acercaron al rancho, bajó del pescante Josecito, entregó al viejo las riendas y sin decir palabra se marchó por un sendero que él sabía de atajo y conducía en corto tiempo a la pulpería de Donato.

No dijo nada, pues, a *ño* Cámilo, y como el respeto, por una parte, y la dificultad de entenderse, por otra, impedían al viejo pedir explicaciones del raro capricho y fosco entrecejo del *patroncito*, *ño* Camilo, ni nadie, porque la ruin casuca estaba habitada no más que de las melancolías del padre infeliz del *Mandinga*, pudo saber el objeto de aquel paseo, ni el mismo perro que salió del corral meneando el rabo y quiso escoltarle, siendo despedido a puntapiés y cascotazos.

El sendero aquel atravesaba un prado inmenso, ya trillado, de modo que no ofrecía resguardo alguno, y aunque los otros, los culpables, estuvieran sentaditos aguardando que él llegara a sorprenderles, claro es que le verían venir, y ha-

biendo tiempo de sobra para escapar, su venganza sería burlada, y él, por nada del mundo quería que la burlasen ; el furor de alienado que, con el punzar del clavo de misia Justa, le enceguecía, hacíale zancajear con mayor prisa por alcanzar de una vez el bosque ; pero el prado no tenía término, y la senda, serpeando entre los segados trigos, aparecía tan visible como el camino carretero.

Descubrir lo que pensaba Josecito, es punto poco difícil ; sin temor de engañar, puede asegurarse que no pensaba más que en llegar pronto al sitio donde Alejo y Victoria debían estar reunidos. Esta reunión de los culpables era para él indubitable, porque si no, la abuela no se lo hubiera dicho. Y no cabiendo en su pobre caletre dos ideas juntas, como un clavo saca otro clavo, la de la infidelidad de Victoria, tan amarga y dolorosa, cedía a la vengativa de que iba por aquel maldito sendero a castigar la falta, probando de esta manera que no era él el memo y el infeliz que decían. De cómo sería el castigo, probablemente no lo pensó Josecito ; sin embargo, llegó a sacar del bolsillo una navajita de nácar, y después de remirarla guardóla nuevamente, acción que se relacionaría, tal vez, con propósitos sangrientos fáciles de ocurrir, en lance parecido, a cualquiera más equilibrado que Josecito.

Fuera el prado más grande aún, tenía que acabarse, y se acabó, entrando el sudado y cada vez más furioso y ciego caminante en el monte, donde una bandada de loros le saludó con escandalosa chillería, que él, por fortuna, no oyó, lindezas y denuestos, sin duda, contra el intruso. Tan pronto como en la fresca y sombría enramada penetró Josecito, le asaltó el temor de extraviarse, porque la abuela no le señaló el sitio de la cita criminal, y lo mismo podía ser por la derecha, que por la izquierda; en la misma casa de Donato, no podía ser, pues se exponían a una denuncia en regla: en el campo, en pleno bosque, pero, ¿dónde? Esta dificultosa concatenación hizo sudar más al triste sordo, y no sabía a qué lado correrse, negro, otra vez, del esfuerzo reflexivo, abrumadísimo por el peso de aquella duda. ¡Vaya! bien pudo la abuela hablar con claridad, y no andarse con tanto escrúpulo.

Por la izquierda o por la derecha, en *el lado de Donato* estaba, y se sumergió en lo espeso de la arboleda, a la ventura. Ahora sí que no le verían acercarse; ni las pisadas debían percibirse, porque andaba de puntillas ¡digo! si tenía él más picardía...

Pues señor: quiso la fatalidad que Alejo Pardales, que tranquilamente acudía a su cita con la maestra (con las peores intenciones, pese al romanticismo de la infeliz señorita de Paces y

a las tragaderas de don Celedonio), penetrara en el bosque de *La Justa*, jinete en su jaca favorita y con todos sus arreos ingleses, por el opuesto lado y a la misma hora que el furioso marido de Victoria, y andando entre aquellos matorrales de descubierta se encontraran al cabo frente a frente. Josecito vió a Pardales y éste no vió al otro, sino que le sintió, y suponiendo que fuera la enamorada Clotilde la llamó por su nombre tres veces e hizo trotar alegremente el caballo hacia el sitio donde el rumor se escuchaba, y que a él se le antojó de faldas. Llegó el caballo, saltó Josecito y abalanzóse a cogerle de la brida, se asustó Alejo del chasco, de la acometida y del extraviado aspecto del joven Esquendo... Asimismo echó mano al chambergo, saludando al amo en cuyos dominios estaba con sonrisa de amistad, que suponía broma en lo que parecía ataque formal; pero, el otro se encargó de probarle que no iba de broma, increpándole, insultándole, mientras tiraba de la brida:

—¡Ah! canalla, *picaflor* infame, ¿vienes por mi mujer? Bájate, cobarde, que aquí te espero para estrangularte.

Espantóse Alejo, y comprendió que el temido acceso mental había estallado y estaba Josecito loco de remate; quiso explicarle, a gritos, por hacerse oir, que él no venía por su mujer, ni en ella pensó nunca, respetándola en todo lo que

debía y merecía ser respetada ; al mismo tiempo dió de espuelas al caballo, que la fuga, mejor que todo razonamiento, podía librarle de tan enfadoso trance, y no logró más que encabritarle, porque Josecito le tenía sujeto fuertemente, y colgado casi del freno seguía diciendo :

—¡ Baja, cobarde, canalla, trigaleño mal nacido !

—Señor Esquendo—insistió Alejo, conteniéndose,—mire ¡ por Dios ! lo que dice. ¿Qué mosca le ha picado? Déjeme usted marchar, que ni yo me mezclo en los asuntos de la señora Victoria, ni la trato, ni la conozco apenas. Digo que me deje usted, que ya me va molestando... Yo he venido a pasear, y nada más.

Seguro de que no le escucharía, por sordo y por loco, Alejo se decidió a tratarle sin miramientos y le atropelló, contestando entonces a sus bravatas con insultos parecidos. ¡ Estúpido, loco ! con su mujer... ¡ Pues no sería por falta de ganas, sordo del cuerno !

Mas no por eso se intimidó Josecito ; furioso, comenzó a golpear al caballo en la cabeza sendos puñetazos que le pararon de manos, y a la segunda corveta casi tumba al jinete : descargóle Alejo un latigazo formidable, y sacando Josecito la navaja, se la clavó en el muslo, tan certero, que si conforme era un chisme de juguete fuese hoja de cuidado, la broma pasa a trage-

dia. Asimismo, Alejo sintió un dolor vivísimo, y la sangre le corrió por el calzón color de ante, lo cual le irritó al punto de que, bajándose del caballo, con el cabo del látigo, de plata y en forma de martillo, acometió rápidamente al loco, que, lejos de huir, le esperó a pie firme, enzarzándose ambos en el fondo del matorral, José con la navaja y Alejo con el látigo, tan ciegos ambos y furibundos, que no se sabía ya cuál era el loco y cuál el cuerdo. No proferían palabra, y sus gruñidos enmedio de la lucha alborotaban a los pocos loros que, en las ramas vecinas, asistían al descomunal desafío ; el caballo escapó, llevando sus relinchos la alarma a los cuatro costados del bosque.

Más fuerte Alejo que Josecito, creyó dominarle desde luego ; pero Josecito se defendía y acometía con la pujanza insuperable de la demencia. Prendido a él, sin dejarle espacio para que moviera los brazos, le mordió en la cara y le clavó en el cuello la punta de la navaja, lo bastante para que también corriera la sangre ; dos veces se levantaron y cayeron uno sobre el otro forcejeando, y ya Josecito encima de Alejo, ya éste encima de Josecito, se aporreaban a más y mejor, jadeantes, pero incansables.

Pudo, al fin, Alejo apoderarse de la navaja, y teniéndole desarmado, le cogió por ambos bra-

zos y del empellón le tiró de espaldas violentamente : la cabeza del sordo chocó en una piedra, y sea que el golpe le atontara o por cualquier otra causa, allí quedó sin moverse, como muerto.

—¡ Bruto, animal, loco de la grandísima... ! ¡ Así revientes ! ¡ Miren cómo me ha puesto !

Limpióse el polvo de la batalla, se restañó con el pañuelo la sangre de las heridas insignificantes que, así y todo, le escocían mucho... Entonces notó que Josecito no se meneaba, y más escamado que compasivo, le tocó para cerciorarse de que no estaba muerto, ¡ qué había de estar muerto ! ni un rasguño tenía el condenado, y sólo sus ropas guardaban señales de los revolcones ; si perdió el sentido era de resultas de la caída, y volviera o no volviera en sí allá se las compusiera él, que bien ganado se lo había. ¡ Maldito sordo ! ¡ qué ventolera la suya ! ¡ con su mujer !... ¿Quién pensaba ahora en citas amorosas, ni cómo esperar a Clotilde? ; lo prudente era largarse al Trigal, avisar de paso a Donato, por caridad, para que le recogieran y llevaran a su casa, y callar lo sucedido, que, aunque hijo del juez de paz, la responsabilidad del hecho, si acaso éste pasaba a mayores por gravedad del golpetazo en cholla que debía ser como granada explosiva, no se la quitaba nadie. Mas se escamó Alejo contemplando el cuerpo del

desmayado Josecito; felizmente, testigos que le vendieran no había otros que los loros, y estos desaforados parlanchines son más discretos que los humanos.

Buscó su caballo, que halló no muy lejos pastando tranquilo, montó de un salto y picó espuelas, renegando de su mala suerte. En menos de un cuarto de hora, por el camino más corto, llegó a la pulpería de Donato, alarmando a dos gauchos que jugaban a la taba debajo del emparrado de la mísera casa de adobe, porque se acercó gritando:

—¿Está Donato? que salga en seguida.

Viendo cómo jugaban aquéllos, había otros dos sentados sobre pelados cráneos vacunos, con el mate en la mano, que les servía la moza mayor, la sucia perla que respondía al poético nombre de Herminia, morena descarada y hermosa, pasión y discordia viva de todos los jóvenes y viejos alegres del partido. El sol, ya débil, vestía de púrpura su esbelta figura de criolla, soberbia en su desaliño rústico; tenía uno de los rollizos y desnudos brazos apoyado en el tronco del parral y el otro en la cadera, pareciendo entretenida con los hombres en dimes y diretes reñidos seguramente con la honestidad.

—*Ché*, Herminia—siguió gritando Alejo,—¿está tu padre?

—¡ Padre, padreeee !—gritó a su vez la muchacha,—aquí le busca el señor Pardales, el hijo del señor juez.

Requerido con tales voces, salió el piamontés de la pulpería, el cual, de llevar en vez del chambergo la clásica corona de pámpanos y si la desnudez paradisíaca sustituyera a su camiseta listada y su pantalón bombacho, con sus rojas carnazas pletóricas de mosto, caballero en un barril, fuera el mismo dios Baco en persona. Salió, pues, seguido de la moza menor, Laurita, y todos se asustaron de lo que Alejo, con entrecortadas y temblorosas palabras, les contó acerca del encuentro que en el monte acababa de tener ; allí, junto al espinillo partido, tan estirado el pobre don Josecito que le pareció muerto...

—¡ Jesús !—exclamaron las dos chicas,—será un ataque de alferecía.

—Yo no sé lo que será—dijo Alejo,—vayan ustedes a recogerle, que yo me voy al pueblo a buscar al médico.

Lo que él deseaba era salir pronto de *La Justa*, que mientras no se viera del otro lado del *Cura Magro* no estaría tranquilo ; y porque, ya con preguntas o la inspección indiscreta de su cara y traje (que las manchas en el pantalón bastaban para la sospecha) no se denunciara él mismo, enredándose en la mentira, escapó al galope

con rumbo a la tranquera, que era para él la puerta de la libertad.

No había tiempo que perder, y Donato, las chicas y los jugadores acordaron lo más urgente : que fué que uno de ellos saliera a prevenir a la familia, mientras los otros con Donato iban en socorro del *patroncito ;* y sin más palabras el emisario y los compañeros desataron sus potros del palenque, trajo el piamontés el suyo, al que no montaba sino en las grandes ocasiones, y puso su pañuelo por freno y una piel de carnero sobre el lomo, cabalgando todos diestramente, con excepción de Donato, el que pasó fatigas para subir y no logró su empeño hasta que Laura le proporcionó un banco y la ayuda necesaria. La desenvuelta Herminia montó a la grupa de su padre, llevando cuanto había que llevar para los primeros auxilios, y ¡ hala ! el emisario por la carretera y los demás por el atajo hacia el espinillo partido.

El cual, como no estaba al fin del mundo, hallaron a poco de internarse en el bosque, y a Josecito tan quieto como Alejo le dejó. Miráronle y le zarandearon, palpándole de todos lados ; le roció Herminia con agua fresca las sienes y le ungió luego la cara con ginebra, dándosela a oler, pero el joven seguía inmóvil, y en lo que demostraba no estar muerto era en el recio suspirar que parecía arrancarle del fondo mismo del

alma, tan acongojado que Herminia, sensible de naturaleza, se afligió muchísimo, acaso también (que la malicia nada respeta) porque don Josecito fuera el primer rondador que tuvo, según las crónicas trigaleñas más verídicas.

Viendo que no volvía en sí, probaron a echarle en la boca un trago de la bienhechora ginebra, pero los dientes estaban tan apretados que no pasó ni una gota. Recostó la muchacha la cabeza del desmayado sobre sus rodillas, y haciéndole aire Donato y los otros con sus chambergos esperaron a que Josecito resucitase o que llegaran de la casa, con temor de que la noche se echase encima, que aunque el sol no se había puesto, en aquel sitio sombrío lo parecía. En esto se oyó el ruido de un carruaje en la calma de la tarde, y se estremeció todo el bosque al paso del *break* que el emisario había encontrado delante del rancho de *ño* Camilo y que *ño* Camilo traía, juzgando mejor que ir a llamar a la familia llevar en él al enfermo.

Juzgáronlo también así los demás, y en el *break* acostaron a Josecito con mucho cuidado, subiendo en él nada más que Donato y *ño* Camilo, y despidiéndose los otros, Herminia sobre el caballo del padre, con las hermosas pantorrillas a la vista y paciencia del grupo que la escoltaba, tan gallarda y segura de sí misma, cual si fuera hábito suyo andar a tales horas por aque-

llos vericuetos y de la masculina compañía nada temiera.

Guiado por Donato el *break*, entre los comentarios a que se prestaba el raro suceso y que los datos del gaucho viejo embrollaron más, pues el Baco piamontés no se explicaba el abandono del coche, la marcha a pie y el desmayo junto al espinillo, buscaban los dos hombres la manera de cumplir su desagradable comisión sin alarmar a la familia; y entretanto arreaba los tordillos Donato, el tristón *ño* Camilo se atusaba las guedejas de Nazareno, suspiraba Josecito y cerraba la tarde las ventanas de Occidente con espesa cortina de nubes franjeada de oro. En el largo camino hasta los galpones no hallaron peón alguno, que a aquellas horas todos se ocupaban en la recogida del ganado, pero al aproximarse a la lechería, primero un chico, luego dos mujeres que salían del establo, se enteraron de la noticia que Donato les brindaba, la que corrió más rápida que los tordillos, y abultada y desfigurada penetró en la casa; de tal modo que, cuando el *break* llegaba a la plazoleta, misia Justa, Melchora y don Fabio esperaban ya con angustiosa impaciencia y el clamor sorprendía al malaventurado don Celedonio, y suspendiendo sus tristes preparativos, le echaba afuera, como a los demás.

Agrupáronse todos en torno del *break*, preguntando, lamentándose, mientras bajaban a Josecito como muerto, y el Baco, en su lengua bárbara, decía lo poco que sabía; no dando mayores datos aclaratorios *ño* Camilo, atribuyóse el suceso a un accidente cardíaco o algo así, pues ni mostraba herida ni señal ninguna de lucha: sólo misia Justa tuvo horrible sospecha, que no dejó traslucir, sin embargo, su fina máscara de imagen impasible. Cierta de que Josecito vivía, mandó que le subieran a su alcoba, llamó a Blasa, ordenó a Regino que fuera al Trigal por el médico, y acompañada de Melchora y de don Fabio, pasó fríamente entre el grupo de servidores y curiosos y subió detrás de los que cargaban al nieto.

Al rumor de los comentarios, Clotilde bajó de las alturas donde se ocupaba en faena tan triste como la de don Celedonio, y mostró el afligido rostro, con los ojos atomatados de llorar, y asomóse Victoria tímidamente a la escalera, descendió unos cuantos peldaños, y se arrimó a la pared, muy pálida, al ver el extraño cortejo.

—¿Qué hay? ¡por Dios! ¿qué ha pasado?

Nadie le contestaba. Creyó que Josecito había muerto y quedó petrificada. No se le ocurrió gritar, ni hacer aspaviento que tradujera el inmenso dolor que como esposa estaba obligada a sentir, y la lenta procesión desfiló delante de

ella, sin que ella se moviera ni dijera cosa alguna.

Se hacía de noche y se encendieron luces. Josecito había sido acostado en su cama, y a toda prisa se procuraban reactivos. Los criados pasaban atropellándose con cuchicheos y pisadas cuidadosas. Poco a poco se establecía el silencio, gran silencio de muerte.

Victoria comprendió que ella también debía participar de aquel duelo en su carácter de esposa, dificilísimo papel, que, no aprendido del amor, desempeñaba muy torpemente, y remontó los pocos peldaños que había bajado, se acercó a la puerta de la alcoba, indecisa si entraba o no entraba ; salía Blasa, y a sus preguntas respondió la muchacha con cabezadas negativas : —No sé, no sé...—escurriéndose escalera abajo. Pastorita la dijo que no entrara, porque estaba el tío muy malo. Y Victoria se decidió a empujar la puerta, pensando que a la cabecera del marido le correspondía estar a ella, y se pondría desde luego, para que no dijeran... La ronda angélica del techo le sonrió burlonamente, los conocedores de sus secretos, los confidentes de su desamor, de sus repugnancias y de sus tristezas de esposa por fuerza, los testigos de aquella lucha doméstica en que había sido vencida. Victoria entró. Pero misia Justa, al verla, se

apartó del lecho, y vino rápidamente a cortarle el paso, susurrando :

—Vete, aquí nada tienes que hacer. Sal, sal.

Y cerró la puerta. Victoria se encontró de nuevo en la meseta de la escalera. No sabía si bajar, o quedarse allí o qué hacer. Los suspiros de Josecito llenaban la alcoba conyugal de donde acababa de ser arrojada. La pasión, ganando el puesto del deber maltrecho, la decidió, al fin, a bajar. Y bajó, pisando fuerte, olvidada de su papel, como siempre, mala comedianta que no le importa de parecerlo, a tiempo que Melchora subía de puntillas con una bandeja y una taza. Se encontraron, se tropezaron, y con el mismo susurro de misia Justa, la cuñada le asestó esta frase :

—Si hubieras acompañado a tu marido, cumpliendo tu deber, no habría ocurrido esta desgracia.

—¿Qué?—exclamó Victoria erizándose.

—Pero, naturalmente—prosiguió la otra en igual tono,——tienes cosas más interesantes en qué ocuparte. . Si lo sabemos, hija, lo sabemos. ¿Quieres que te lo pruebe?

Le habló al oído brevemente, y siguió su camino con su taza y su bandeja. Victoria retrocedió demudada :

—¡ Melchora ! ¡ Melchora !

Pero la cuñadita había trepado ya y la enviaba gestos despreciativos desde arriba. Clotilde, que en un ángulo del pasillo confundía sus lamentos de proscripta con don Celedonio, en viendo venir a Victoria, que bajaba temblorosa, huyó y con ella el resentido capellán, y la infeliz hubo de arrastrarse hasta el *hall*, arrojándose en el primer sofá, donde lloró de indignación y de ira.

Estaba a obscuras. Allí la encontró don Fabio. Victoria le reconoció por la presión afectuosa de la mano : el único en la casa que fuera capaz de aquella muestra de cariño a la rebelde era el gran don Fabio, y se amparó de la mano amiga redoblando sus sollozos, con ímpetu desesperado, balbuceando incomprensibles quejas ante la sombra protectora que la consolaba :

—No te aflijas así, hija mía, si lo de Josecito no es nada : un accidente que probablemente no tendrá consecuencias ; le hemos dado éter y parece más reanimado. Ya nos explicará él lo ocurrido.

—¿ Sí? Bueno, bueno... ¡ ojalá !—murmuraba Victoria ahogándose con el flujo de su soberbia. —Pero si yo no lloro por Josecito, ¡ mire usted si soy franca, tío Fabio !

La sombra se había apartado, y retirádose la mano cariñosa. Ni don Fabio ni Victoria se

veían las caras, y valía más que no se las vieran.

—¿Sabe usted por qué lloro?—prosiguió la joven irguiéndose en el sofá,—¡ah! ¡llorar! ¡no debía llorar! sino salir de mi pasividad estúpida y acometer de frente en vez de defenderme con la resignación y el silencio... Pues esa infame de Melchora, tío Fabio, esa infame acaba de decirme ¡no, usted no se imagina lo que me ha dicho! es tal, que mi aborrecida sangre inglesa ha perdido toda su pachorra, ¡ya es demasiado! ¡esto yo no lo aguanto! ¡se lo contaré a Ladislao, llamaré a Ladislao, que venga Ladislao... ¡Poco se me da a mí romper las ligaduras conyugales y sociales que me atan a *La Justa;* antes sí se me daba, más por Ladislao que por mí, ahora no, ni un ardite. Recobraré mi independencia, volveré a ser dueña de mí misma, no sufriré más tiranías de señoras mayores, ni de niños tontos. ¡Comeré a gusto, respiraré en libertad, viviré, viviré! ¡Ah! ¡no más, no más! ¡Cuánta razón tenía Mónica! Después de la calumnia de esa... ¡Qué calumnia, tío Fabio! Ahora me explico muchas cosas, alusiones, indirectas, persecuciones, espionajes, el destierro de la torre, la despedida de Clotilde... ¡Ay! ¡Cuánta maldad! Y todo ha partido de ella, la infame... Porque a mí, tío Fabio, se me podrá acusar de frialdad, de mal

carácter, ¡pero de faltar a mi deber, de deshonrar el nombre de mi marido!... ¡Si a ese Pardales del Trigal, el novio de Clotilde, yo, tío Fabio, yo no le conozco, y le traté por la primera vez el día de Santa Genoveva! ¡Ah! ¡Esto se acabó, se acabó...!

La sombra había vuelto a acercarse, y la mano amiga buscaba de nuevo las pequeñitas y nerviosas para sosegarlas, escuchándose la simpática voz de Esquendo, conmovido:

—¡Cálmate, hija! Tienes razón, sí señor. Tu indignación está justificadísima. Melchora es una loca, que no ha debido decirte lo que te ha dicho, aunque lo pensara, ni ha debido pensarlo tampoco, porque injuriar a ciegas es injuriar dos veces. Hace algún tiempo que se nos ha venido con tales sospechas, realmente absurdas y ofensivas. Con esto te expreso, hija mía, que yo no creo en semejante barbaridad, y me atrevo a afirmar que, en el fondo, ni mi madre ni Melchora misma lo creen tampoco. Atribuyo esto a excitaciones y apasionamientos de la guerra en que están ustedes tres empeñadas, y contra la cual no bastan razones. Cálmate, cálmate. Y no vayas con el cuento a tu hermano, sobre todo en estas circunstancias, en que el accidente de hoy ha venido a complicar la situación. Tu marido no está mal; pero puede po-

nerse peor, dada su naturaleza débil y especiales condiciones...

—¡ Ay, sí, tío Fabio !—dijo Victoria, apagada su cólera por nueva crisis de lágrimas,—lo he pensado y lo temo; porque yo ¡ ve usted ! es posible que le quiera... o que llegara a quererle, pero lejos de la atmósfera de *La Justa*, en otra parte que no hubiera parientes cerca, salvo el que está aquí presente, el más noble y bondadoso de los hombres, a quien agradezco, en esto como en todo, su generosa intervención y el juicio que yo le merezco. Gracias, gracias, tío Fabio de mi alma. Usted se me figura en este infierno un protector celeste, un santo puesto por Dios para que las maldades y las tiranías no prosperen. ¿Quién, teniéndole a usted a su lado, teme a la lengua de Melchora ni a la mano de la señora mayor? Así, no digo ni hago ya nada sin su consejo, en la confianza ¡ eso sí, tío Fabio ! que yo no he de seguir en *La Justa*.

—Seguirás o no seguirás—murmuró Esquendo entre sus barbas.

—No, no seguiré—exclamó la joven con repentina exaltación, levantándose del sofá y dirigiéndose a la sombra del tío.

¿Qué había de seguir? ¿Vivir ella bajo el mismo techo que la odiosa cuñada, después de lo que se atrevió a pensar de ella y a decirla, la más grave ofensa que a mujer casada se la

puede hacer? Jamás. ¿Qué faltaba? Irse a las manos como verduleras. No quedaba otra cosa. Bueno; para evitarlo, ella dejaba el campo libre, con el consentimiento o sin el consentimiento de su marido, lo autorizara o no lo autorizara la señora abuela, lo aprobaran o no lo aprobaran su hermano y su señor tío presente, que encima de los prejuicios sociales y de los caprichos e intereses personales estaba su tranquilidad propia. Harta de sinsabores, injuriada y ofendida, tornaría a Barracas... si Josecito, una vez repuesto, se negaba a poner casa aparte.

—Usted, tío Fabio—repuso suavizando el tono,—patrocinará y hará suyo este proyecto mío, porque es razonable de sobra. La vida común en esta casa es ya imposible; y puesta en el disparadero, me alzo contra el intolerable despotismo de la señora mayor y la perversidad de mi cuñada, ¡y que me toquen a mí campanas!

—Hija mía, eso será lo que tase un sastre—dijo tranquilamente don Fabio;—si te sales del terreno de la razón y de lo justo, en el que yo te acompaño, y te metes en el revolucionario, pierdes tus derechos, a la verdad muy dignos de respeto, y toda mi simpatía.

—Pero, cree usted que yo...

—Yo creo, sobrinita, que estás ahora demasiado exaltada para ocuparte de esta cuestión gravísima: todo lo que digas será producto de

la corajina que los disparates de Melchora te han provocado, y con mucha razón. Aguardemos a mañana, ¿eh?, que te serenes tú y sepamos todos a qué atenernos respecto del estado de Josecito. Yo he de hablar con mi madre... Lo de separarles a ustedes, es medida que me parece saludable; ya ves que en esto también te apoyo. En lo que no te apoyo, ni te apoyaré, es en los procedimientos subversivos y de escándalo. Falta saber si mi madre se presta a que vivan ustedes dos aparte.

—¡Y aunque no se preste!

—¡Silencio; carbonaria, anarquista! Mañana hablaremos. Y con Melchora, ¡chitón! Vamos a ver qué tal sigue Josecito.

Dijo Victoria que ella no iba, porque acababa de despedirla de la alcoba misia Justa, y se sentó en el sofá, enfurruñada, haciendo pucheros, y nudos con el pañolito. La sombra de don Fabio se corrió hacia la ventana, y luego, de prisa, sobre la lisura del entarimado, a la puerta del pasillo...

Porque se oyeron golpes de herradura en la plazoleta y las voces de Pastorita: «¡El médico; ahí está el médico...!» que pusieron en conmoción toda la casa.

Y salieron Victoria y don Fabio a recibirle, encontrándole al pie de la escalera. De este

personaje nada se ha dicho hasta ahora, ni hubo motivo de que se dijera, pues en el Trigal no formaba parte de la tertulia de Pardales, ni era *picaflor*, ni político, ni amigo del cura, ni de ninguno de los que en esta historia van mezclados, sino hombre ordinario, retraído, que substituía la ciencia con la práctica y se presentaba donde le llamaban. Llevaba poncho ligero, de luto, y botas de campana ; con la misma mano recogía el sombrero ancho y el látigo, apoyando la otra, curtida del sol, en el boliche de bronce de la escalera ; calva la coronilla, en perfecto círculo, por detrás parecía un cura, y por delante un chivo, gracias a la pera, los ojos reventones y el remolino de cerdas negras sobre la frente.

—¡ Gracias a Dios ! — dijo don Fabio saludándole familiarmente,—doctor amigo, pase usted, que le esperamos como agua del cielo.

—Vamos allá—contestó el médico.

Disponíanse a subir, cuando apareció Blasa en la meseta y, echándose sobre la barandilla, clamó despavorida :

—Señor don Fabio, suba usted en seguida, que no podemos sujetar al niño... ¡ Ay ! si parece que ha perdido la cabeza.

Al mismo tiempo resonaron gritos en la alcoba, tan extraños y horribles, que de garganta humana dijérase no podían ser, sino de animal

salvaje a quien se acosa o el hambre tortura; gritos que herían el tímpano y helaban la sangre. Y con los gritos, carreras y saltos, y las voces angustiosas de misia Justa y de Melchora:

—Josecito, hijo mío, sosiégate, ven, toma...

No esperaron a más los que abajo escuchaban aterrados, y se lanzaron escalera arriba, tan desmayada Victoria, que no le obedecían las piernas; y antes que ellos llegaran, la puerta de la alcoba se abrió de golpe, y cogiéndole de un brazo misia Justa y Melchora del otro, surgió Josecito como alma en pena, de largo camisón blanco, desencajado, loco, forcejeando, gritando, la boca llena de espuma...

—¡ Déjenme ! allí está, allí viene, allí sube... ¡ Picaflor ! ¡ Canalla ! ¡ Te mato ! ¡ te mato !

Exhaustas las dos mujeres, le soltaron y sobre el médico, que llegaba primero, se arrojó furioso, levantando los puños, con embestida tan irresistible que el otro no pudo parar y rodaron ambos en rabioso abrazo. Don Fabio acudió en auxilio del aporreado, y entre él y las mujeres a duras penas le sacaron del poder de Josecito, que con el camisón hecho jirones se debatía aún, elevando aquel grito selvático de fiera:

—¡ Déjenme ! ¡ Voy a matarle ! ¡ Quiero matarle !

Le ataron con pañuelos, que él desgarraba con los dientes, y con una toalla empapada le envolvieron la cabeza, derramando sobre ella toda el agua que a mano había; y entre todos, y Regino, que subió, y don Patricio, el capataz, y don Celedonio, más muerto que vivo, y Donato y *ño* Camilo, que en las cocinas se indemnizaban de las molestias de su comisión, y cuanto criado y peón se logró reunir, que con ser muchos, todavía eran pocos para la empresa, le sujetaron, le redujeron y en el lecho le acostaron de nuevo, maniatado sin piedad.

IX

De los primeros en presentarse en *La Justa*, con motivo del doloroso acontecimiento, fueron don Zacarías Pardales y misia Petrona, ésta con una *tualeta*, que decía ella, tan originalísima, que de lejos provocaba la vista, deslumbrándola. Ambos dijeron que Alejito hubo de marcharse a Buenos Aires por asuntos urgentes, viaje repentino y precipitado que apenas le dió tiempo para colocar un par de camisas en la maleta, y así de nadie se había despedido;

luego de arreglar los susodichos asuntos, volvería, y se apresuraría a traer personalmente su pésame a la familia de Esquendo, a la que apreciaba tanto y respetaba, declaraciones éstas que hacía misia Petrona, quitándole la vez al marido, con muchos dengues y abaniqueo, en el tono sincero de quien dice la verdad, de modo que no había lugar a dudas respecto del viaje, que de los verdaderos motivos Alejo se llevó el secreto, y, por la muestra, ocultándolo a los mismos padres. Como los loros del monte no hablasen, podía dormir tranquilo.

También vinieron el intendente Herreros y su mujer, el cura don Ignacio, husmeando la vacante, con su hermana la flaca Antonina, la *Picaflora*, y, en suma, toda la aristocracia trigaleña. Las señoras de la casa no recibían; pero don Fabio, hondamente afectado, devolvía apretones de manos y las frases de rúbrica.

Declarado loco peligroso el infeliz Josecito, mientras se resolvía lo que con él había de hacerse, fué necesario aislarle en sitio donde su delirio impulsivo, para él y para la familia no ofreciese riesgos, pareciendo el más adecuado la torre de Clotilde, a cuyo efecto se reiteró a la maestra la orden de desalojo, que cumplió dos días después, una mañana triste, de cielo anubarrado. Despidieron a la señorita de Paces nada más que don Fabio, los criados y los pá-

jaros que con ella habían cantado endechas al amor y la tenían por compañera suya cariñosa; las señoras no se mostraron, y menos Victoria, que ni ésta se prestara a ver a su antigua amiga, ni Clotilde tampoco, achacándole la culpa de su infortunio. Marchóse con ella don Celedonio; pues aunque don Fabio, autorizado sin duda por la dictadora en un acceso de blandura increíble que determinara la desgracia de Josecito, le rogó que se quedara y no tomase en cuenta lo pasado, no quiso consentir el sacerdote, porque el pan, que tan perjudicial era a su estómago, y vida tan sobresaltada y amarga no valían la pena de conservarse, y la paz y la libertad, aun hermanadas con la pobreza, son mil veces preferibles a la abundancia derramada por manos de una *Nerona*.

Partieron, pues, los dos, sin volver la cara atrás, de rencor y despecho, y lloró la campanita de la capilla y gimieron las aves todas del parque. En la torre, que albergara los sueños poéticos de Clotilde, encerraron al loco, y allá arriba, cerca de las estrellas, resonó aún el nombre de Alejo Pardales, no entre amorosos suspiros, sino entre rugidos de fiera...

El mismo día de la marcha de Clotilde y don Celedonio, tuvo lugar una importantísima conferencia de misia Justa y don Fabio, a puerta cerrada. Esta circunstancia impide detallarla

por menudo, e indicar, y menos precisar, el tema que sirvió de base a conversación tan larga y misteriosa, en que no se oyó murmullo que anunciara discusión o desavenencia; siendo la madre y el hijo los de la encerrona, sabido era que, en lo tocante a las resoluciones, el acuerdo sería perfecto. Mas si acerca del objeto de la citada conferencia nada puede decirse, y ambos actores consiguieron mantenerlo secreto, evitar que les vieran y por las caras y la actitud de cada uno se dedujera la parte que en ella habían tomado y la gravedad del asunto que trataron, fuera difícil y casi imposible; no faltando, en efecto, quien observara el abatimiento y tristeza de don Fabio, y, sobre todo, el desmejorado aspecto de misia Justa, siempre erguida, como roble que no cede a los años y a las adversidades mientras el tronco se conserva en pie, pero sombría, ceñuda, el color terroso, los ojos, que no sabían llorar, fijos, apretados los labios y deshechos los bucles de nieve que la terrible mano ejecutora olvidaba rizar y componer, como si el picorcillo de la conciencia, la negra idea de que era ella la causa del espantoso suceso, incomprensible para todos menos para ella, consumiera sus energías, y ante el encerado de la escuela, donde imprudentemente repitió sospechas propias y calumnias ajenas, la tuviese clavada para expiación eterna.

Consecuencia de esta entrevista fué el viaje de don Fabio a Barracas; antes habló brevemente con Victoria que, encerrada en su alcoba, y separada en absoluto del resto de la familia, esperaba que de una vez se resolviese la violenta situación en que el destino la había colocado. Impuso, sin duda, don Fabio a la desgraciada casadita lo convenido con la abuela, y Victoria se conformó a todo, entre gemidos y sollozos, expresando al tío que, confiada en él, y segura de sus promesas, no había querido escribir a Ladislao, y que éste, por consiguiente, ignoraba aún lo que pasaba, pues, de otro modo, habría venido. Que dispusieran de ella como les pareciera mejor, siempre que no la condenaran a prisión perpetua en *La Justa*, en lo que había de mostrarse irreductible; a lo demás no hacía objeción, que al fin y al cabo su desventura no tenía remedio, y ahora menos que antes.

Despojado de sus prendas gauchescas, en cuya holgura tan a gusto se hallaba, montó don Fabio en su *Lobuno*, y acompañado de Regino, que en la estación había de encargarse del caballo, salió para el Trigal, siguiendo las huellas del carricoche que llevaba a Clotilde y a don Celedonio; no era menester atravesar el pueblo para llegar a la estación, y así evitó

molestias y preguntas ; pero en la estación tropezó con don Zacarías, que fatigó su pàciencia hablándole de política y otros temas menos interesantes, entre el continuo hipar de su disnea y al compás de la cojera del pie derecho, encarcelado en una bota indomable. Estaban en el andén la señorita de Paces y el capellán, y observó don Fabio, en los forzados paseos de la espera, que rehuían el saludarle, procurando, así que llegó el tren y se desentendió del juez de paz, colocarse en un vagón donde ellos no fueran, precaución inútil, porque los pobrecillos habían tomado billete de segunda y en un coche de esta clase acomodábanse modestamente, mientras el gran Esquendo se arrellanaba en el suyo, volteaba sobre los ojos el ala de su chambergo y se disponía a dejarse arrastrar por el tren y por sus pensamientos.

Largo era el camino, y asimismo faltábale espacio a don Fabio para examinar en todas sus fases, y con el detenimiento preciso, antes de llegar a Barracas, el delicado problema que llevaba entre manos, examinado ya a la luz del consejo de misia Justa, pero más vidrioso y difícil a medida que se le daba vueltas. ¡ Cuidado que la suerte se mostraba dura con él de poco tiempo acá ! ¡ Y cuántas desdichas y zozobras y disgustos de toda laya con el noviazgo y casamiento del malogrado Josecito ! ¡ Cual si

no fuera bastante la perdición de Jacobo y la muerte violenta de Alberto! ¡Ah, sobrinos, sobrinos! Bien dice el refrán que los da el diablo. Ellos habían turbado siempre la beatífica tranquilidad de su celibato y las legítimas alegrías de su obra magna de agricultor y ganadero... ¿Qué diría el señor Stuart? ¿Cómo recibiría la embajada? ¡Valiente conflicto! ¡Qué desgracia, señor, qué desgracia!

No logró, naturalmente, el pensativo y abrumado don Fabio aclarar nada de lo que le preocupaba, sino embrollarse más y afligirse con la idea de la desdicha inmensa que pesaba sobre la familia, y así pasó estaciones y más estaciones, sacudido por el vaivén, aturdido por el silbato, ciego del humo y del polvo. Cuando al volver de una curva, tres horas más tarde, distinguió los mástiles del Riachuelo y el triángulo que sobre la fachada color de café remataba la *Barraca de Stuart* y el tapiz de jazmines del balcón de la otra, la rebelde, la inconsciente culpable de aquel cisma doméstico, estaba don Fabio como al principio, más embrollado, si cabe, y disgustadísimo.

Bajó en la estación, sin percatarse de que le miraran o no la maestra y don Celedonio, y se fué derecho al puente, que cruzó a buen paso; pero, casualmente, conforme en el colchón de polvo de la calle, Sahara con *simoun* y todo, a

pesar de la vecindad del río, hundía el pie, vió a Ladislao en el muelle dirigiendo la operación de cargar cueros vacunos en unas barcazas, vestido de ligero dril amarillo, pañuelo al cuello y sombrero de paja, desnaturalizadas sus trazas aristocráticas en la baja faena que la costumbre y el amor al trabajo disimulaban, sin embargo, y realzaban de modo que, como un general en medio de sus soldados, Ladislao en medio de los peones, corriendo unos con el rimero de pieles secas a la espalda, contándolas otros y arrojándolas al fondo de la embarcación, entre el chirriar de la grúa y el repugnante olor de la curtimbre, era el mismo joven de cutis fino y lechoso, de manos de raso que el sol no quemaba ni estropeaba, Adonis de cromo, digno de mejor empleo y compañía.

Profundas ojeras violáceas, marcadas por la disipación o la anemia, agrandaban sus ojos claros, y dábanle aire enfermizo, de fragilidad y delicadeza femenina ; todo en él era transparente, como figura de alabastro, menos el alma, que ni en la mirada ni en la expresión se revelaba. Con un lápiz tomaba apuntes, y su voz, cuando preguntaba o mandaba algo, era suave y débil, voz de niño y no de hombre... Don Fabio se aproximó y le tocó el hombro ligeramente :

—Querido Stuart...

—Hola, amigo Esquendo—exclamó el joven cerrando el libro de apuntes,—¿usted aquí? Me sorprende usted en plena labor. Esta no es la de usted, grandiosa, bíblica, diré... y remunerativa en ciento por uno; es labor sucia y mezquina: ustedes crean, como Dios, nosotros recogemos lo que ustedes quieren darnos... ¿Hay algo grave?

Que sí lo había, lo comprendió desde luego en el triste semblante de don Fabio, e impresionable en grado sumo le apremió porque lo dijera; pero don Fabio indicó que mejor estarían en casa y allá se fueron, delegando Ladislao en un dependiente la tarea interrumpida. Atravesaron la calle y entraron por el portalón de la Barraca en un patio empedrado, de mucho fondo, en el que se veían carros cargando cueros y más carros descargando fardos de lana y sartas de cuernos, en tal abundancia que ponía miedo; por una escalera empinada que al lado del portalón ofrecía sus estrechos peldaños subieron uno detrás del otro, y arriba, con hosco empaque, los recibió la señora doña Mónica, que tendía en unas cuerdas ropa a la sombra, que no al sol, pues en aquel momento tapado estaba y no lucía ni una hebra de su áurea cabellera.

Muchas plantas en macetas, tinas, cajones y

vasijas de todas clases se desarrollaban con esplendidez tropical en la terraza que precedía a las habitaciones, jardín plebeyo tan lozano como el más pretencioso y ajustado a las reglas de la delineación y del riego mecánico, y balanceando del techo al extremo de cadenitas doradas o fijas en garfios a la pared, había varias jaulas, muy limpitas y bien abastecidas, con los canarios, el mirlo, el zorzal, la calandria y la pareja de torcaces de la ausente.

Don Fabio y Ladislao penetraron en la habitación que daba frente a la escalera, y era el comedor, reducido y modesto, la mesa con tapete de hule blanco y los demás muebles de estos de efímera chapa de nogal ; del comedor pasaron a la sala, también pobrecita, saludando los conocidos retratos de Mr. John y misia María Josefa ; y por último, al despacho de Ladislao, una pieza pequeña con escritorio de pino negro y media sillería de yute, grabados en las paredes, y en los huecos cortinas de Persia, europeas : delante del sofá desplegado estaba un precioso tapiz hecho de plumas de avestruz, y un enorme huevo de la misma ave, curiosamente pintado, colgaba de la anilla de la lámpara central. Por la ventana se dibujaban en el fondo del cielo gris los mástiles de las embarcaciones, y hasta allí subía el rumor de grúas, sirenas y carros, el movimiento y la vida de aque-

lla puerta fluvial donde vuelca la provincia una parte de sus riquezas.

—Está usted en su casa—dijo Ladislao,—casa muy modesta, como usted ve : todo nuestro lujo lo tenemos encerrado en la alcoba de Victoria ; todo por ella y para ella, amigo Esquendo. Conque, explíqueme usted, ¿qué hay?

—Pues hay — contestó don Fabio sin miramientos ni rodeos—una gran desgracia : nuestro pobre Josecito...

—¿Está enfermo?

—¡ Loco, querido Stuart, rematadamente loco !

—¡ Ah !

La noticia desplomó a Ladislao en el respaldo de la butaca, con vibración dolorosa de todos sus nervios, y don Fabio, muy despacio, fija la mirada en la graciosa pluma que se encrespaba a sus pies, prosiguió :

—¡ Sí, loco, loco ! Usted sabe que siempre nos preocupó la salud de Josecito ; sabe usted también los temores de los médicos, los cuidados de la familia... Pues, anteayer...

Inmóvil, atolondrado, el joven callaba. Tan pálido como era, la emoción le hacía parecer más, y más profundas las ojeras violáceas. Josecito loco, Josecito muerto (que lo mismo daba), a los dos meses de casado, significaba el derrumbamiento de sus ambiciones, estimula-

das por el egoísmo y el interés, la pérdida de *La Justa* y de la fortuna de Esquendo en la amplia medida que prometían futuras combinaciones y los brotes posibles del ingerto de Stuart en el tronco de la millonaria familia; significaba la infelicidad de Victoria, cuya posición tantos esfuerzos le había costado alcanzar. Dando un suspiro, dijo al fin:

—¿Y Victoria?

—A eso vengo—contestó don Fabio abordando el tema con la misma franqueza que para comunicar la mala nueva;—en el estado en que Josecito se encuentra, no puede permanecer en casa; hay que atenderle y vigilarle por otros medios que los que disponemos. Es decir, que mejor que en casa, estará en una de estas que llaman *de salud*, con médico fijo y servidores inteligentes, lejos de caras conocidas, que le irritan más y le enfurecen. Hay que someterle a un régimen apropiado, y esto desde luego, si queremos verle bueno algún día. En esta semana le traeremos de *La Justa*... ¿Qué hacemos de Victoria?

—¡Victoria es una Esquendo!—replicó Ladislao con arrogancia.

—Perfectamente; pero Victoria no quiere quedar en *La Justa*.

—Se quedará. Victoria hará lo que yo la ordene.

—Es el caso, querido Stuart, que aunque usted lo ordene, y Victoria consintiera en obedecer, que lo dudo mucho, mi madre no quiere, a su vez, que se quede Victoria en *La Justa*.

—¿Por qué?—interpeló el joven sonrojándose; con tal viveza la declaración de don Fabio le había picado.—¿Qué motivos alega la señora?...

—Mire usted, Stuart, graves ninguno—contestó don Fabio con la sinceridad del convencimiento.—Y a decir verdad, ni graves, ni leves. Cosas de mujeres, tonterías, ¡qué sé yo! Junte usted rarezas seniles, terquedades, celos, envidias, antipatías, frialdades, soberbia, tiesura de carácter, desamor... Revuélvalo todo bien; ¿qué resultará?, algo monstruoso, la Discordia. Pues esto, la discordia es la que ha reinado en *La Justa* desde el primer día en que personas de tan diversos gustos y aficiones, de genios tan contrarios como mi madre, mi sobrina Melchora, Victoria y Josecito, hicieron vida común. La incompatibilidad de humores se manifestó patente, y venga el guapo que sea capaz de arreglarlo. ¿De quién es la culpa? ¿de mi madre? ¿de Victoria? ¿de Melchora? No sé; de todas, y de todos; acaso tenga yo parte de ella también, y no escasa usted, Stuart.

—Todo esto que usted me cuenta, lo igno-

raba—dijo Ladislao hondamente disgustado;—Victoria nunca me lo confesó. Si yo lo hubiera sabido...

—Habría escollado como yo, Stuart. ¿Qué he hecho yo más que mediar y tratar de poner paz en los dos bandos? Inútilmente. El mal venía de muy lejos, estaba muy arraigado, y dispénseme usted que sobre este punto doble la hoja, porque no hay para qué resucitar historias viejas. Vengamos a lo que tratábamos. Por las razones antedichas, Victoria no puede quedar en *La Justa*, ni ella quiere, ni mi madre quiere: aunque esta terrible desgracia no ocurriera, se imponía la separación de los casados de nosotros, y no habría tardado en realizarse; obligada a separarse ahora, fatalmente, Victoria de su marido, mientras dure esta separación y no se cure Josecito...

Ladislao saltó de la butaca, muy excitado, sonrosadas las mejillas marfilinas.

—Pero, ¿no comprende usted, señor Esquendo, que es ridículo para Victoria volver a la casa de su hermano? ¿Qué dirán todos? ¿Qué supondrán que no sea ofensivo para ella? Victoria es una Esquendo, y en la casa de Esquendo tiene su puesto, señalado por la ley.

—Ta, ta—exclamó don Fabio, encogiéndose de hombros;—si me saca usted el Cristo, nada he dicho. Yo no discuto lo indiscutible, ni mi

madre tampoco. Si usted se opone a recibir a Victoria, como no hemos de echarla a la calle, con ella nos quedaremos... y que arda la casa, legalmente. A fe que su hermana de usted no le agradecerá mucho la defensa de sus derechos, que nadie desconoce, por otra parte. Al contrario, lo que todos deseamos es armonizar lo discorde, y la única manera de armonizarlo es poner el aceite de un lado y el vinagre del otro, dejando que la sociedad murmure o no, que la tranquilidad por casa importa tanto como la salud. Victoria al lado de su hermano será más feliz, en lo que cabe dentro de su triste situación de viuda a medias y del severo recogimiento a que esta misma situación la obliga, será más feliz, repito, que entre mi madre y mi sobrina, con disputas diarias y desagrados continuos. Victoria es una Esquendo, sí, señor, y como tal, mientras dure la enfermedad de Josecito, tendrá su pensión servida por la familia.

Lentamente se acercó Ladislao a la butaca y sentóse mirando a don Fabio.

Don Fabio continuó, con el aplomo de quien se considera dueño del campo:

—Esta pensión será de mil pesos al mes, ni uno menos, suficiente, en nuestro concepto, para que Victoria conserve el rango que la corresponde. Usted dirá, Stuart, si le parece bien

o mal... Discutamos, que si de la discusión no siempre sale la luz, estando conformes en lo esencial, en la necesidad de sacar a Victoria de *La Justa*, en todos los demás detalles dispuesto me encuentra usted a hacerle las mayores concesiones, y seguramente no hemos de reñir.

Pasó un minuto sin que Ladislao contestara, quizá porque pensaba que no era muy airoso ceder tan pronto ante el argumento decisivo; y entretanto, las pocas gotas de sangre desaparecían de sus mejillas y se ponía pálido, lívido como antes.

—Francamente, amigo Esquendo, me tiene usted aturdido, mareado... No sé... Insisto en que nada sabía de lo que pasaba en *La Justa;* consideraba a Victoria muy feliz y a la familia satisfecha de Victoria... La discreción de Victoria en este caso ha sido excesiva, y no la disculpo.

—No lo crea usted—dijo don Fabio;—Victoria ha hecho bien en callar y dejar al tiempo el cuidado de desenredar la situación. No suele éste disponer las cosas como deseáramos, y en nuestro asunto ha cortado el nudo con tajo tan tremendo, que a todos nos duele por igual, pero las intervenciones ajenas a veces son peores; que entre marido y mujer... ¿qué diré, Stuart, qué diré, entre mujeres? Conque, ¿de acuerdo?

—Hágase lo que usted quiera, amigo Es-

quendo—respondió Ladislao con pesadumbre ;— que vuelva mi desgraciada hermana a esta casa, puesto que el destino lo manda. Me someto, no discuto, pero protesto, protesto por la posición delicadísima en que se coloca... ¡ No esperaba yo golpe semejante !

Don Fabio se levantó, y echándole un brazo por el hombro, le tuvo un rato abrazado, en prueba del afecto paternal que le inspiraba Victoria, y de que aquella desgracia, que en apariencia les desunía, les unía más a él, con quien siempre podían contar. Luego hablaron de la forma en que había de realizarse lo convenido, y acordaron que, pareciendo natural que fuera por Victoria el hermano y no el tío quien la acompañara, al día siguiente iría Ladislao a *La Justa*, porque en ese día o al otro, que esto dependía de la consulta con los médicos que en la ciudad aguardaban a don Fabio, sería Josecito conducido a la reclusión que se le había impuesto en bien propio y tranquilidad de todos.

Salieron ambos del despacho y por las habitaciones consabidas a la terraza ; en el comedor un mulatillo avispado ponía la mesa para el almuerzo, y en la terraza doña Mónica acababa de tender su ropa, saludando al señorón trigaleño con un respingo y una mirada de inquina,

pues siendo el tal de los de allá, de los que tenían secuestrada a su niña y la habían desterrado a ella, no podía ser buena persona ni venir a cosa buena.

En la calle don Fabio y Ladislao se despidieron, metiéndose don Fabio en el tranvía que pasaba, y dirigiéndose al muelle Ladislao a proseguir la interrumpida tarea de apuntar las pieles embarcadas. Preocupada su imaginación con tan graves sucesos, lastimados sus nervios de histérico por las súbitas emociones que acababa de sufrir, su delicada mano, al coger el lápiz, temblaba y no pudo reanudar la operación cominera, cediendo de nuevo lápiz y cuaderno al dependiente, y sentándose en un poyo para presidirla por lo menos; miraba el fondo de las barcazas, que se llenaban poco a poco, los sudados peones, la grúa escandalosa, el agua sucia del río, y la voz de don Fabio seguía contándole al oído todo aquello que de tal modo trastornaba sus proyectos y arruinaba la base de su obra de ambición: el matrimonio de Victoria...

A las doce subió a almorzar, y halló instalada en el comedor, delante de la ventana, cuyo visillo, para aumentar la luz, había levantado, a doña Mónica zurciendo medias.

Oficialmente era la señora doña Mónica el ama de llaves; pero, en realidad, la arrugadita

y vivaracha anciana reemplazaba, con casi todas las prerrogativas domésticas y del afecto familiar, a misia María Josefa Solaños desde que esta infortunada señora murió, al poco tiempo de la desaparición misteriosa del arruinado míster Stuart, de quien no se supo ya más, ni se sabe nada a estas horas ; es decir, que doña Mónica no comía con los señores, los niños que vió nacer y adoraba como madre, pero les tuteaba y se permitía con ellos regaños y confianzas tolerados por la costumbre y la fidelidad acreditada, ejerciendo en el interior de la casa, sobre la servidumbre, absoluto e inapelable dominio.

Por causa de la oposición sistemática y apasionadísima que hiciera contra el malhadado bodorrio, las relaciones entre Ladislao y doña Mónica no eran muy cordiales, y hubo día en que Ladislao, olvidando servicios y excelentes intenciones, puso casi en la calle a aquel crítico gruñón, cuya influencia sobre el ánimo de la hermana recelaba tanto ; seguramente, si Victoria no se ablanda, y no cesa la campaña obstruccionista de la vieja sirvienta, cumple el joven su amenaza, aunque doña Mónica, temblándole todas las arrugas de su cara, se defendía valientemente.

Llanto amarguísimo daba término a estas es-

cenas, que se reprodujeron todo el tiempo que duraron las vacilaciones de Victoria; cuando ésta otorgó el sí a Josecito, doña Mónica hizo *mutis*, y casada la niña, sola en la casa, no salió ya de su silencio; miraba de reojo a Ladislao, mirada de reproche y de encono que apenas disimulaba el grueso cristal de sus gafas.

Escasa conversación gastaba, pues, Ladislao, con doña Mónica, y desde la visita primera a la niña, ninguna, porque volvió la anciana insoportable de suspirona y llorosa, suspiros y lágrimas que se recrudecieron a la segunda visita, y se resolvieron, con motivo de una carta misteriosa de Victoria, en soponcios sin fin, antojándosele a Ladislao que todo ello era nostalgias de la muchacha y sensiblerías de la vieja, que, por poco que las dejaran solas, se desatarían a su gusto. Como doña Mónica no le habló palabra de tales entrevistas, no hizo mayor caso, esperando la ocasión de prohibirlas, si había por qué, y aparentando no parar su atención en los ojillos colorados, el sonar de narices y el gimotear del vejestorio en los rincones.

No tenía costumbre la señora de sentarse en el comedor a la hora de las comidas, y menos desde que rehuía la presencia de Ladislao obstinadamente; así, le irritó al joven verla instalada allí, con la pretensión, sin duda, de averiguar lo que al señor de *La Justa* había traído

a Barracas, y todo su mal humor, su despecho y su disgusto de vencido hallaron el pretexto que necesitaban para desbordarse sobre la cabeza del obscuro censor y profeta cuyo triunfo la fatalidad sancionaba. Asperamente la mandó retirar :

—¡ Mónica, vete !

La señora cogió en silencio la cestilla de la costura, y se dirigió a la puerta. Ladislao se había sentado delante de su cubierto, y desenvolvía con enfado la servilleta. Antes que doña Mónica saliera, la llamó, de modo tan áspero, como el empleado para despedirla.

—Espérate, oye : el cuarto de Victoria, ¿ sabes? el cuarto de Victoria es preciso que lo ventiles, limpies bien y prepares... para mañana. ¿ Entiendes?

—El cuarto de la niña—contestó doña Mónica con visajes precursores del llanto—lo ventilo todos los días, y está de limpio lo mismo que cuando... cuando ella lo ocupaba. Como preparado, es decir, hecha la cama... así, no, porque no hay necesidad.

—Te he dicho que lo prepares para mañana.

—¿ Para mañana?

Ahora sí que doña Mónica no se marchaba, aunque la soltara el otro todo el flujo de su bilis. ¿ Pretendería el egoistón, el cruel causante

de las penas de su niña, el pálido ambicioso que en aras del interés la había sacrificado fríamente, introducir en la alcoba virginal, objeto de su culto, alguna mujerzuela? ¡Ah! no; ella se opondría, la defendería, se echaría al través de sus umbrales para que, sólo pisoteándola, pudiera entrar el vicio. Se sentó decidida, con la cestilla sobre la falda.

—¿Estás sorda?—preguntó Ladislao, furioso.

—No estoy sorda—contestó la anciana;—oigo bien; casi, casi, adivino lo que quieres, pero deseo saberlo de fijo. ¿Para qué me mandas preparar el cuarto de la niña? ¿Quién va a ocuparlo? ¿Quién viene mañana?

—¿Quién ha de ocuparlo, estafermo? Pues ella, Victoria.

—¡Victoria!

No fué sólo la cesta lo que se le cayó a doña Mónica, repartiéndose cuanto contenía por la estera, sino también la calabaza con la media y el ovillo de algodón; si más guardara en las manos flacas, todo lo arroja en aquel salto que dió desde la silla a la mesa, sobre la que se apoyó, temblando, y repitiendo el nombre de su niña querida:

—¡Victoria!

Ladislao tuvo lástima de aquella madre postiza, tan extremada en su amor como si legí-

tima fuera, y se aplacó súbitamente. Entraba el mulatillo con el primer servicio, y mientras lo presentó, retiró el joven el par de huevos pasados por agua, los partió en el borde de la copa, sacó el precioso contenido, mojó en él las rajitas de pan y se marchó el muchacho, no hubo medio de que doña Mónica supiera cómo y por qué se realizaba el milagro de que la prisionera de la *Nerona*, entregada a los Esquendo en nombre de la ley, tornara libre a Barracas... ¿Con el marido? ¿Sin el marido? La demora en descubrir el enigma, la fría cachaza de Ladislao en servirse, la estremecían de impaciencia, sin que de la mesa se apartara, mirando, angustiada, los manejos de la mano femenina del joven en torno de la copa.

—Oye, Mónica—dijo al fin Ladislao, chupando las jugosas rajitas;—es justo que te explique la causa de la vuelta de Victoria a ocupar su cuarto de soltera, pero voy a hacerlo con la condición o la prohibición, mejor dicho, de que no me salgas con tus lloriqueos y el recuerdo de tus profecías impertinentes, tus *ya me lo sospechaba yo*, *ya lo anuncié*, *así castiga Dios*, etc., porque te juro que no lo dirías dos veces. ¿Entiendes? Bueno...

Hecha un pasmarote estaba doña Mónica, y cuando se enteró de la desgracia ocurrida, desgracia que, por acaso providencial, abría las

puertas de la jaula a la encarcelada, libre del marido y de la abuela; desgracia que, en cierto modo, y juzgándola bajo un punto de vista anticristiano y estrecho, era la felicidad y la redención de Victoria y la alegría suya propia, de madre que recobra a la hija perdida, no se atrevió a expresarla, eso no; pero la sintió tan profundamente, que se cubrió con el pañuelo la cara. ¡Dios mío! ¡Alabado sea tu santísimo nombre!

Ladislao había dicho:

—Ahora, vete y déjame en paz.

Pero el asombro de la anciana no la dejó oir aquella orden; y lo que hizo fué sentarse y con los intervalos a que obligaban el entra y sal del mulatillo, referir al niño Ladislao lo que Victoria, por extremada discreción, y ella, por considerarlo inútil para el remedio de lo que hecho estaba y no podía ya deshacerse, habían callado: la vida de *La Justa*, la tiranía de la señora mayor, las procacidades de la viuda, el espionaje de los criados, las brutalidades del marido, la tasa del tiempo, la censura en todo y por todo, la dominación absoluta sin el permiso de respirar ni de mover un dedo. Victoria odiada, espiada, perseguida, sujeta a horario fijo, castigada de palabra a cada paso, obligada a no ir, ni andar, ni ver, ni decir sino lo que mandase la señora mayor que dijera y vie-

ra y donde la ordenara que fuera o la prohibiese que no fuera... ¡ Ah ! una mártir, una mártir la pobrecita niña Victoria ! ¡ Si llegaron a aislarla de sus fieles servidores, como ella, y de los que algún afecto la mostraban como la maestra y el capellán ! ¿Por qué no iba ella a *La Justa?* ¡ Ah ! ¿Por qué? Pues, porque en una carta la niña le previno de que no volviera a visitarla, a causa de que la señora mayor lo tenía prohibido. Así, así. Y entretanto, sufriendo en silencio, sin esperanza, sin la más remota esperanza... ¡ Ah, Dios mío, alabado seas !

De esta exclamación, pronunciada ya en voz alta, a la fórmula de reproches y recuerdos agoreros, poco faltaba, y en ello se engolfara doña Mónica, deslizándose inconsciente a tan resbaladizo terreno, si Ladislao, ceñudo, no reitera la orden de que se marchase.

—Basta, Mónica, te he dicho que te vayas.

Y la siguió, de reojo, y cuando hubo desaparecido arrojó la servilleta y se paseó cabizbajo, con visible turbación que ante el mulatillo, en su último viaje de la cocina al comedor, no había para qué tomarse el trabajo de disimular. Entró el chico y puso el servicio de café sobre la mesa. Pero Ladislao no lo cató siquiera, lo dejó enfriar y se olvidó de él completamente : las confidencias de doña Mónica, aquello que ig-

noraba y era la condenación de su obra, completaba el día, después de la embajada de don Fabio Esquendo. Hay días negros...

Bajó al escritorio, una pieza grande al pie de la escalera, de paredes blanqueadas, con fardos en los rincones, cajas en montón, alguna piel de bicho raro y productos varios, agrícolas y ganaderos, que parecían estar allí como muestras consignadas a la *Barraca de Stuart* para la venta, y sin hablar a los dos dependientes, que trabajaban en un extremo, cada cual con su librote, se encerró detrás de un biombo de madera, que aislaba su mesa y le defendía a él de la impertinencia del público, y se sumergió en el examen de unas cuentas muy complicadas. Desde la una a las seis de la tarde, con asiduidad ejemplar, revisaba papeles, despachaba consultas, concertaba ventas, detrás de aquel biombo negro, que tenía una barandilla de balaustres diminutos, por la cual se entreveía la rubia y peinada cabeza del patrón, denunciando su presencia, y se entrevió también, durante los primeros años del establecimiento, la soberbia frente, coronada de un copete gris, del padre, de Mr. John, en cuyas funciones, con viril energía de nadie sospechada, le sucedió aquel mancebo de voz dulce y aniñada estampa.

Sin duda, detrás del mismo biombo, entre el prosaico revisar de papeles, que proclamaban la

lentitud y parsimonia con que el comercio marchaba, surgió aquella idea del engrandecimiento de los Stuart por medios más prácticos y decisivos, de acuerdo con las teorías modernistas, y el sacrificio de Victoria quedó irrevocablemente dispuesto. Allí se refugiaba Ladislao y hallaba fuerzas para seguir la lucha contra la hermana haciendo el balance diario, y de allí salía cada vez más convencido que el negocio redondo de la Barraca, el mejor, el único, era entregar al feo retoño de los Esquendo la mano de Victoria, que un día u otro podía ser presa del primer pelafustán que pasara, recluída en la soledad de aquel arrabal nada aristocrático por su carácter, por su pobreza y por su orfandad. Y cuando llegó a conseguirlo, sonrió con el orgullo del triunfo de haber redorado el apellido regio.

No sonreía ahora, no, detrás del biombo negro, en esta tarde nebulosa en que su obra, de tan sólidos fundamentos, al parecer, la miró derrumbada y deshecha. Desde la una a las seis pensó, pensó en muchas cosas ajenas a los papeles que revisaba, tan ajenas, que las cuentas se embrollaron más y tuvo que dejarlas al cabo. Pero también sonrió una vez, corta indemnización a su amargura, y fué al pensar que si Victoria volvía, no volvía con las manos vacías...

Y entretanto, arriba, el contento de doña Mónica se manifestaba sin rebozo, alborotando a los criados y hasta a los pájaros dentro de sus jaulas. Dió una escoba al mulatillo, y ella con su plumero y su buen delantal a barrer, a fregar y a dejarlo todo como un sol para cuando la niña viniera. A ratos cantaba y lloraba a veces, asustada aún de aquel milagro, que de manera tan rara y maravillosa anulaba lo mal hecho y realizaba lo imposible.

Había abierto la bonita alcoba azul, que la luz alegraba y desinfectaba el aire del olor de tumba que el encierro y la ausencia producían; tendida de cretona floreada, blanco el menaje, de laca, en las paredes grupos simétricos de repisitas de *biscuit* con figurillas, con floreros y monerías, y sobre el reclinatorio una copia rafaelesca muy bien hecha, para doña Mónica guardaba los suspiros de su dueña, y cada objeto el recuerdo de la larga lucha que precedió a la partida. Porque mientras el hermano, después de la disputa casi diaria (que fué agriándose a medida que crecía la resistencia), bajaba al escritorio y detrás del biombo negro preparaba los medios de combate, la muchacha se refugiaba en la alcoba, y colgada del cuello de la señora, la pedía fuerzas y consejos; y en la alcoba también, cada vez que el novio se marchaba, al final de una de sus visitas enfadosas de sor-

do, venía a ocultar su desesperación y su tristeza.

En esta butaca sentada estaba el día que la confesó haber cedido a la imposición del hermano, arrepentida ya, y desde ese día no durmió, comió apenas, enflaqueció y se quedó en los puros huesos. ¡ Ay ! como dormía doña Mónica en la pieza vecina, la oía quejarse muchas noches, y lo que a doña Mónica la sacaba de sus casillas, era que ella misma, por su propia voluntad, pues la del hermano, por tiránica que fuese, no había ley ni Roque que la impusiera en siendo la resistencia formal y decidida, se entregara mansamente contra su corazón y su gusto, sin duda porque (perdónele Dios idea tan mala a la señora doña Mónica) el interés perverso que a Ladislao había cegado, como el diablo lo inspira y tiene el encargo en la tierra de turbar y perder conciencias, sedujo la de Victoria con brillantes perspectivas, y la dominó y doblegó a su capricho.

Un plumerazo demasiado vigoroso derribó de la repisa el ramito de azahar que en la sacristía de la Merced le dió ella la mañana de la boda, y este recuerdo ahuyentó a los otros, sobre todo el malévolo que, en ocasiones, la hacía incomodar consigo misma, porque dudar de su niña parecíale desafuero y ofensa imperdonables.

Y cantó más fuerte, animó al mulatillo, y entre los dos fregaron y limpiaron curiosamente, como no lo hicieron nunca con más ganas ; luego doña Mónica cortó flores de los tiestos y las distribuyó en el comedor, en la sala y en la alcoba de Victoria, y con sus propias manos arregló el lecho, tarea antes a cargo de la *mucama* que despidieron después de la boda y había que tomar de nuevo, puesto que las cosas quedaban como si nada hubiera pasado. Puso el juego de holanda con ancha cenefa de encaje, y sacó del armario la bata de franela celeste y los pantuflos de raso. ¡ Era un sueño, un sueño ! y lo pasado horrible pesadilla : como que nada había pasado, y todo, todo, era fantástica comedia de la imaginación. No existían ni Josecitos, ni *Neronas*, ni nada : Victoria volvía de un viaje más o menos grato, y tornaba a su vida ordinaria. ¡ Dios mío, alabado seas !

Después de las seis subió Ladislao a vestirse, porque desde que vivía solo comía fuera, y oyó los cantos de doña Mónica y vió las flores de bienvenida, poniéndose de mal talante ; la llamó, y con crudeza de frase que repugnaba a la dulzura de su voz, la dirigió vivos reproches por aquellas manifestaciones inconvenientes.

¿ Qué ? ¿ Acaso estaban de fiesta ? ¿ Sucedía una gran desgracia en la familia, que la entris-

tecía y enlutaba, y a ella no se le ocurría sino cantar y celebrarla, como si se tratara del acontecimiento más feliz?

E ingenuamente la anciana se disparó de esta manera:

—¡ Una desgracia! ¿Te parece a ti? ¡ la suerte mayor del mundo, como dispuesta por Dios, que sabe hacer bien las cosas!

X

Por el tren de la tarde llegó Ladislao a *La Justa*, a fin de evitar el embarazo de un almuerzo y la prolongación de una visita que, en el estado de relaciones existente, debían ser intolerables; yendo por la tarde, apenas le quedaba espacio para recoger a la hermana y tomar el tren nocturno que al filo de la media noche les dejaría en Barracas. Llegó, pues, a poco más de las siete, con el dolor de la triste comisión que traía y del recuerdo punzante de aquella primera vez que vino a la edénica mansión y vió a don Fabio entre la lluvia de oro de los trigos, sintiéndose señor futuro y sucesor probable de su poderío.

Nadie le esperaba. La escuela y la capilla estaban cerradas, desierta la plazoleta y la casa en silencio, como deshabitada o guardadora de un cadáver. Llamó Ladislao con las palmas y vino Blasa, a quien preguntó por don Fabio; respondió con incivil despego la muchacha, fuése sin invitarle a que pasara del umbral, y al buen rato apareció don Fabio, saludándose uno y otro gravemente.

Como don Fabio le rogara que entrase, él se negó, diciendo que previnieran a Victoria porque no podían perder un minuto, a lo que contestó don Fabio que Victoria estaba prevenida y bajaba en seguida. Al mismo tiempo, desembocó en la plazoleta la volanta, bien enganchada, y dos criados, como quien lleva un ataúd, trajeron un baúl mundo y otros bultos pequeños, que colocaron en la trasera y liaron cuidadosamente; entretanto, después de breve cambio de frases de pura fórmula, Ladislao paseaba y don Fabio miraba a las estrellas, silenciosos los dos, impacientes de que terminaran los preparativos que tanto aumentaban su malestar. Y en esto se escucharon pasos de mujer en el vestíbulo, y de negro, con sombrero y velo a la cara, una bolsita de viaje en la mano, y reteniendo con la otra la niquelada cadena de *Boy*, se presentó la que debía de ser Victoria y no se la reconocía bien a causa de lo tupido del

velo y lo escaso de la luz. Ladislao se acercó a ella y no se hablaron nada, permaneciendo uno al lado del otro como dos estatuas.

Entonces don Fabio dijo con alterada voz:

—Yo les acompañaré hasta la estación. Un momento, y vuelvo.

Y se dirigió a su cuarto e hizo silbar el portavoz. La serpiente verde se estremeció y por su boca habló misia Justa desde arriba:

—¿Qué quieres?

—Mamá, ahí está el hermano.

—Y a mí, ¿qué me importa?

—Ella ha bajado y está para marcharse.

—Que tenga buen viaje.

—¡Mamá!, me parece que por lo menos debieran ustedes despedirse.

—Yo, ¿despedirme de ella, yo?

Y la serpiente vomitó la última palabra de la intransigencia, del odio y del rencor.

—¡Jamás!

Don Fabio cogió su chambergo y salió a reunirse con las dos sombras que esperaban. Disimulando las trazas de su derrota, dijo en el tono más amable que la emoción le permitió:

—¿Vamos?

Y los tres montaron en la volanta, sentándose Victoria junto a don Fabio y Ladislao enfrente. El cochero arreó... Cantaban los grillos, mostraba la luna entre los árboles sus redondos

mofletes y los murciélagos dábanse trompicones en sus torpes revoloteos; la campiña se adormecía; cerraba la noche. No habían salido aún del parque, cuando se oyeron espantosos alaridos, que debían de proceder de muy lejos o de muy alto: Victoria tembló y a la pregunta de Ladislao contestó tristemente don Fabio:

—¡ Está peor, cada vez peor! Mañana le llevaremos a la ciudad...

No hablaron más, aterrados. El tintín de los caballos inquietaba al danés que, colocada la cabeza sobre la falda del ama, gruñía disgustado. Y salieron del parque, y por el camino trotaron los caballos con mayor sonajear de las colleras e inquietud de *Boy*; la luna les seguía, alumbrándoles amablemente, y no les abandonó ya en el fúnebre viaje, escoltándoles durante el larguísimo trayecto de dos horas, único testigo que presenciaba la partida de aquella que dos meses antes *La Justa* recibía como a nueva castellana en los esplendores de una tarde inolvidable, con himnos y gorjeos de niños y de pájaros, asociados todos para festejarla, mientras ahora de la desterrada nadie hacía caso ni se daba cuenta de que en la calesa que pasaba iba la reina de entonces, humillada y sin ventura. *La Justa* se dormía indiferente, esperando el nuevo día...

En la estación reunido estaba el Trigal ente-

ro. Fuera indiscreción de Regino o de algún otro, casualidad (que en las noches de luna el paseo de la estación era el predilecto) o simple intuición de los más avisados, de los que vieron llegar al señor Stuart por la tarde y atando los cabos de los chismes y rumores que por el pueblo corrían, dedujeron que no perderían el viaje si bajaban, lo cierto es que allí estaban todos, los conocidos y los desconocidos, las autoridades, la aristocracia, la plana mayor de los *picaflores*, el cuerpo de redacción de *El Aura* y *El Independiente* y hasta *Isabelita*, en medio del grupo que presidía la elegante figura de misia Petrona. ¡Qué murmullos y qué alegre reir de unos y de otros y qué silencio repentino, qué movimiento de curiosidad cuando al extremo del andén apareció Victoria enlutada! Abrieron calle para darle paso, algunos se adelantaron para recibirla, pero ella retrocedió y huyó de la perversa curiosidad, aislándose en un banco lejano, donde don Fabio y Ladislao, vueltos de espaldas, la prestaron guardia, de modo que nadie, ni los que se ufanaban de mayor intimidad con la familia, se atrevieron a aproximarse.

Allí permanecieron media hora, asaeteados de todo el concurso. Algunos *picaflores* no quisieron desperdiciar la ocasión de ser impertinentes, y con *Isabelita* a la cabeza pasaron delante del grupo varias veces, llevados del diablo porque

no se veía a la tapada ni las manos. Bajo el reverbero les esperaban misia Petrona, Antonina, la intendenta, don Blas, don Zacarías... Y todos, ellas y ellos, con la misma curiosidad preguntaban :

—¿Qué tal? ¿Está pálida? ¿Llora? ¿Suspira? ¿Se queja? ¿Ha enflaquecido?

—Si está más entapujada que una bruja—contestaba *Isabelita* en falsete,—no sabemos si es o no es la inglesa. Parece un fantasma, y ni llora, ni hace nada más que estarse quieta como un palo.

—¿Como un palo?—repitió Antonina malignamente ;—pues de seguro es ella.

—Lo cierto es que no la acompañan ni la abuela, ni la cuñada—dijo el *picaflor* más pintadito de la bandada.

—¡ Ay ! como que están a matar—contestó misia Petrona ;—¡ cuánta razón teníamos en decir que *La Justa* iba a hundirse ; pues, señor, ya se hundió ! ¿No te parece, Zacarías, que muy bien ha podido Esquendo venir a saludarnos?

Sobre esto crecieron los comentarios y las críticas. El rumor llegaba hasta los tres silenciosos, y las carcajadas, las salpicaduras de la maldad humana, en eterno flujo, como el mar. Cuando al final de la vía surgió entre las sombras el tren, corrieron todos, se atropellaban, y el círculo respetuoso que en torno del banco

se había formado, se estrechó al punto de dificultar la salida : Victoria, cogida del brazo de don Fabio, cruzó los grupos de curiosos, y ayudada de él y del hermano, subió al primer vagón ; pero no entró, sino quedóse en la plataforma, inclinándose hacia don Fabio.

—Hace dos meses apenas—balbuceó éste ;—¿te acuerdas, hija mía?

Y bajo el velo negro, por primera vez, sonó la voz llorosa de Victoria :

—¡ Sí, tío Fabio de mi alma ! ¡ Dios no lo ha querido ! Adiós, adiós. ¡ Abrázale, Ladislao, abraza al hombre más noble del mundo !

Los tres se abrazaron, y Victoria, vacilante, entró empujada por el hermano. Aun se volvió de la puerta, y con el pañuelo saludó a Esquendo que, al pie de la plataforma, escondía mal su emoción, y de todos era blanco.

—¡ Adiós, tío Fabio, adiós !

Se refugió luego en el primer asiento desocupado, y quedó como desvanecida... Mucho tiempo pasó así, ausente, perdida en las nieblas de sus recuerdos, presa de un atontamiento singular que no la dejaba discurrir en qué sitio se encontraba ni a dónde iba ; un gruñido de *Boy* la despertó, y vió que andaba el tren, y a su lado a Ladislao, Ladislao tieso, ceñudo, pronto a dispararla los rayos de su enojo ; hasta entonces no la había dirigido la palabra, esperando,

sin duda, la soledad de Barracas para desahogar su ira contra ella, y que por el bailoteo de los nerviecillos ciliares, conocido síntoma suyo, debía ser grandísima. El tren andaba, corría, volaba. ¡ Y a Victoria le pareció que la llevaba en contraria dirección, hacia el Trigal, como aquel día, el día de la boda, cuando Josecito se revolvía en torno suyo, gruñendo de impaciencia, y oía voces de todas partes, anunciándola desgracias tan pronto realizadas ! Mecida brutalmente, se abandonó con desfallecimiento de todo su ser, fatigado por las vigilias y las cavilaciones, y se durmió y soñó también cosas más gratas que la dura realidad la ofrecía, muchas cosas, y durante tanto tiempo, que lo hubo de sobra el tren para llegar a una estación en que Ladislao, que iba despabilado por sus tercos pensamientos, se levantó, recogió aprisa los bultos de la red, y sacudió del brazo a la dormida.

Y como aquel día, el día de la boda, la infeliz preguntó sobresaltada :

—¿ Es el Trigal?

—Ya estamos en Barracas—contestó el joven malhumorado ;—ahí tienes a Paco. Baja.

No bajó sin que tropezara y cayera casi, mareada, aturdida. En el obscuro andén se quedó parada, aguardando que la voluntad del hermano la moviera ; el mulatillo había alzado una

linterna que traía y la saludaba alegremente, diciendo:

—¡ Buenas noches, niña Victoria!

Pero ella no respondió; tampoco reconoció al mulatillo, ni la estación, ni sabía por qué la arrancaron de su sueño delicioso para sumirla en las obscuridades de aquel camino ignorado y polvoriento. La luna se había escondido, y para andar seguro era preciso seguir la huella que señalaba la linterna de Paco; asimismo, se cogió del brazo de Ladislao y hasta el portalón de la Barraca marchó como somnámbula, estremeciéndose al golpear de los aldabonazos, que en el dormido barrio resonaron miedosamente. ¡ Ay! ¡ no, aquella no era *La Justa*! ¿No la llevaban entonces a entregarla a la *Nerona*, ni la esperaba Josecito en la alcoba? Reconocía ahora la puerta, el empedrado zaguán, la escalera... y aquel bulto que por la escalera bajaba precipitadamente, como si rodara, y sobre ella se arrojaba frenética sin que ella se asustara ni esquivase el abrazo, era... sí, sí, ¡ era Mónica, Mónica! ¡ Estaba en su casa! ¡ Estaba en Barracas! ¿Por qué? ¡ A tales horas! ¿Había dejado de ser, pues, la mujer de Josecito?

Doña Mónica la hizo subir y sentar en el comedor, donde había dispuesta una buena cena; le quitó el velo de la cara, y entonces apareció la desencajada y amarilla máscara, las ojeras

cárdenas, la boca contraída, la mirada de calentura, que espantaron a doña Mónica. ¡ Señor ! ¡ cómo se la habían puesto a su niña ! ¡ Cómo se la devolvían !

—Ladislao, ven, ¡ mírala !—dijo la anciana dolorosamente.

Desembarazado de sus avíos de viaje, Ladislao paseaba, más ceñudo que antes. No atendió al reclamo de doña Mónica, y pasó a su despacho, tornando con una caja de cerillas para encender dos picos más de gas, pues la luz era poca.

—¿Te duele algo?—preguntaba doña Mónica con angustia ;—¿qué quieres?

—Luego tomaré caldo o una gota de Jerez —suspiró Victoria,—y me acostaré... en mi cama, Mónica, en mi cama, ¿eh? Y sola, sola. Dormiré muy bien, ¡ ay, qué bien ! Y mañana me despertaré a la hora que yo quiera, y me levantaré si quiero, y si no, no, y haré lo que quiera, ¿verdad, Mónica?

—Sí, hija de mi alma—exclamó la anciana, besándola en la cara y en las manos ;—aquí eres tú la reina, y no hay más campana que la del deseo. ¡ Jesús ! ¡ qué dolor de niña mía ! Voy por el caldo y por el Jerez...

Momento propicio la salida de doña Mónica ofrecía para la explosión del reconcentrado enojo de Ladislao, que, conforme quedaron solos, se

plantó delante de la hermana, castigándola con esta palabra:

—¡Torpe, torpe, más que torpe!

¡Ya estaría satisfecha! Separada del marido, enemistada con la familia... No, si no la echaba la culpa ¡claro! de la locura de Josecito, aunque sabe Dios qué grados de culpa tenía, como los demás; pero sí toda, toda entera, del rompimiento con los Esquendo. ¡Torpe! ¿Comprendía lo que había hecho? ¿No se daba cuenta de la posición equívoca y ridícula en que quedaba? ¡Ah! No era esto lo prometido, de someterse humildemente, de soportarlo todo con resignación, que éste, y no otro, es el papel de la mujer casada. La rebeldía la pone fuera de la ley, en pugna con la sociedad; de mujeres rebeldes se forma el contingente del vicio y del adulterio. Y por no someterse, por no saber ser práctica, ¡práctica!, ciencia suma de la vida, fácil de aprender, sin embargo, sólo con dominar los sentimientos y educar la voluntad, hacerse dueño, en fin, de sí propio, en vez de ser juguete, había perdido la alta posición conquistada, comprometido su nombre, labrado su desdicha y puesto una piedra enorme en el camino comercial de su hermano. ¡Ah! ¡Cuánta torpeza! ¡Qué estupidez! ¡Y tanto que la habló, que la aconsejó, que la recomendó, que la suplicó!... Mira, Victoria, mira... ¿Por qué no

hizo cuenta de que no tenía ojos, ni boca, ni oídos? Así no hubiera visto ni sentido lo desagradable, y no hubiera dicho lo inconveniente. ¿Por qué le engañó, por qué le ocultó lo que pasaba? Hubiéraselo dicho a tiempo, y la habría prestado apoyo, consuelo, luz, que si lo fatal no se evitaba, al menos se evitaba lo caprichoso y lo irracional ; no sería la mujer casada sin hogar y sin marido, sino la mujer que vive en la casa de su marido, con la familia de su marido, en su propia casa y con su familia propia. Se había conducido neciamente, la chiquilla de siempre, la romántica, la indócil, la mimosa. Le había engañado. Había faltado a sus promesas. ¡ Torpe, torpe !

Fluía la amargura de los labios de Ladíslao, lívido, tembloroso de cólera. Victoria, con la cabeza inclinada, se defendía humilde, pero entera :

—No ha podido ser de otro modo, Ladislao. Cuando lo sepas todo, cuando yo te lo cuente todo, te convencerás. Hasta de la calumnia se han valido contra mí. Yo no soy una santa, pero ni un ángel bajado del cielo soporta lo que yo he soportado. ¡ Imposible ! A más no me obligué, y creo que ni a tanto. Comprendo tus razones, sé que mi situación es deslucida, difícil... Pero, ¿qué remedio?... Y además, si te molesto, si no quieres recibirme, iré a vivir a

otra parte con Mónica: ¡casada soy e independiente!

—¡Cállate!—dijo Ladislao, exaltadísimo;—no añadas a la torpeza la injuria. ¡No te disculpo, no te perdono!

—¡Ay! ¡Bien se ve que no sabes lo que he sufrido!

—Lo sé, y por eso mismo...

Por eso mismo la condenaba con entero conocimiento de causa. ¡Sufrir! Todos estamos obligados a *sufrir con paciencia*... vulgar catecismo que todos sabemos de memoria de chicos y olvidamos de mayorcitos, y así tenía él que repetir cosas tan viejas, que de puro viejas parecían nuevas para ella; cosas que andan en todos los libros de devoción y por ser obra de la experiencia olían así como a refranesco o perogrullada. ¡Pues qué! ¿Creía que no había más que ponerse el traje de novia y lucirlo en la ceremonia, y recibir los regalitos y las felicitaciones? ¡Bah! No se casó con los ojos cerrados, sin embargo; bien sabía lo que se hacía y a lo que se comprometía. ¿O era que las prendas físicas del marido no acabaron de gustarle, y le hubiera deseado más alto, más rubio y más guapo? ¿Acaso los maridos se fabrican a capricho y los caracteres se modelan a torno? ¿Dónde está la tienda en que se venden estos juguetes para las señoritas románticas? ¡Sufrir! Ahí se

las dieran todas: ¡con fincas magníficas, viviendo en palacios! ¡Se sufre en la miseria, con hambre y sin ropa! La riqueza no puede ser fea, por cualquier costado que se la mire, y su yugo no pesa más que una pluma. ¡Vaya, vaya! Pues ya tenía para rato: los locos, por lo general, como no sienten ni padecen, viven más que los cuerdos, y antes había de morirse ella de tedio que su marido; no podría echar el pie fuera de la puerta, ni distraerse en nada lícito fuera de casa, porque su situación se lo impedía: ¡todo lo más, a misa los domingos, y gracias! Bueno: esto mismo, esta tiranía de los usos, este vasallaje de la fatalidad no valía más soportarlo al lado de los Esquendo...

Hizo Victoria un gesto de horror, y Ladislao se exaltó de nuevo y gritó furibundo:

—¡Eres como una roca! Nada te conmueve ni te convence. No extraño, te digo que no extraño el batacazo que has dado...

Afortunadamente entró doña Mónica con el caldo y el Jerez. De una ojeada adivinó lo que ocurría, y cortó por lo sano haciendo levantar a Victoria.

—Ven, hija, vamos a tu cuartito, que debes hallarte muy cansada. Allí tomarás tu caldo a gusto. ¿Qué es eso? ¿Lagrimitas?

Y por el camino iba susurrándole:

—¿Qué? ¿Ya te la soltó? ¿Qué pretendía el

zángano, el desconsiderado? ¿Que te volvieras loca tú también o te dejaras desollar por la *Nerona?* No le hagas caso... Ya me contarás, Victorita, ce por be los últimos sucesos de *La Justa* esa que ojalá la parta un rayo. ¿Cómo habrán sido, que te veo aquí y no doy crédito a lo que veo?

Entró Victoria en su alcoba y se sentó con languidez, trastornada por la violentísima escena fraternal. Doña Mónica la puso una servilleta sobre la talda, entregándole la taza del substancioso y dorado líquido, que la joven probó primero y ansiosamente bebió luego, mezclado con pequeñas rebanadas de pan. Comía y mirábalo todo, los muebles, las paredes. ¡ Qué raro se le hacía encontrarse allí ! ¿Era un sueño?

Preguntó por *Boy*, y la dijo doña Mónica que se había acostado ya en su caseta de la terraza, muy contento ; sin duda, la cama de *La Justa* no le agradaba tanto, si es que cama le ponían al pobrecito.

—¡ Qué caldo más bueno, Mónica !—murmuró Victoria apurando la taza ;—y ¡ qué pan ! ¡ Hace tiempo que no pasaba un bocado a gusto ! ¡ Y qué bien voy a dormir ! ¡ Hace mucho tiempo que no descanso ! ¡ Ay !

—¡ Lo creo, lo creo ! Así estás. Toma ahora la copita de Jerez y acuéstate. Mañana charlaremos...

Dejóse Victoria, como un niño, que la zarandearan, la desnudaran y la acostaran. Apagaron la luz... Las palabras airadas de Ladislao zumbaban sobre la cariñosa almohada de plumas; pero la joven, en el embotamiento de tan grandes emociones, se adormecía feliz y tranquila, sola, bajo el blanco dosel de su lecho de soltera.

¡Y qué bien durmió! A la mañana siguiente la halló doña Mónica, ya vestida, detrás de los cristales del balcón, mirando el río y el movimiento del puerto, como si jamás lo hubiera visto...

Así reanudó su vida anterior, colegiala en asueto, que de severo pupilaje vuelve a la casa paterna y halla nuevos goces en sus entretenimientos favoritos. Sus pájaros y sus flores, sus queridos autores ingleses, el *Shakespeare* de lujo, el *Byron* encuadernado en piel de Rusia, la serie completa de Walter Scott, la distrajeron y conmovieron como antaño; figurábase que había recobrado el sentido, después de un sueño cataléptico de dos meses: su boda y su estancia en *La Justa* un paréntesis, un calderón interrumpiendo el curso normal de su existencia, que, como el arroyo sortea el obstáculo y continúa su marcha, tornaba a deslizarse mansamente.

Tuvo Ladislao el buen acuerdo de no tocar

más el punto delicado y respetar la paz de que ahora disfrutaba. Poco a poco iban renovándose los perdidos colores y renacía la salud, a pesar del enclaustramiento a que se veía reducida; pero, ¿con qué comparar la satisfacción del libre ejercicio del albedrío? ¿Cómo encomiar el ansia con que el espíritu se bañaba en el ambiente que le era propio? Prisionero que en obscura mazmorra ha estado largo tiempo y mira al sol, Victoria sentía la belleza de la luz y de la vida.

Cuando doña Mónica hacía imprudente memoria de lo pasado:

—No sé, ya no me acuerdo—contestaba con rápido fruncir de las cejas doradas.—¿De veras? Me imagino que nunca he salido de Barracas y que aquello... aquello nunca ha existido, ni he conocido yo a esas personas que nombras...

Dos veces estuvo en este mes don Fabio a visitarla, y estas visitas, aunque mucho apreciaba al bondadoso tío, como la traían a la realidad, la descomponían y entristecían bastante. Le daba don Fabio noticias de Josecito, que estaba tan ricamente en la casa de salud, muy bien atendido, y si no ofrecía grandes esperanzas de curación, se había calmado mucho y sus accesos nerviosos eran cada vez menos frecuentes; decían los médicos que, de no curarse por

completo, pues en estos casos todo pronóstico parece aventurado, declinaría su enfermedad en monomanía pacífica. Lo cierto es que sólo en dos ocasiones tuvieron que ponerle la camisa de fuerza ; por lo general se pasaba el tiempo echado, silencioso, y costaba mucho hacer que paseara en el hermoso jardín del establecimiento. Ahora no, porque los médicos temían que la vista de la familia le produjera algún recargo, si no daño grave, pero cuando la ciencia consintiera, irían a verle.

—Sí, tío Fabio, iremos—contestaba Victoria suspirando ;—usted me avisará, ¡ pobre Josecito !

A otro género de noticias solía correrse don Fabio : que las otras, la madre y la cuñada, pensaban quedarse en *La Justa* hasta fines de mayo, que ya habían tomado nuevo capellán y nueva maestra... Victoria demostraba entonces su disgusto de modo que obligaba a don Fabio a meter violín en bolsa.

—Bueno, hija, ¡ cuidado con el hociquito ! Hasta otra, si es que me permites volver...

—¡ Que si se lo permito !—decía la joven con ternura ;—¡ se lo ruego !

Le acompañaba hasta la terraza, le despedía luego con la mano tras de los cristales, y el día entero, ensimismada, pensaba en *aquello*, en el horrible pasado que podía volver, muerto

que se alza de la tumba, sólo con que hiciera Dios el milagro de curar a Josecito. ¡ Ay ! ¡ no estaba libre, no ; fuerte cadena la ligaba a la odiada familia ; no era ella la de antaño, aunque a su alma virgen, flores, pájaros y libros dijeran las mismas cosas !

Por absoluta que fuese la sistemática discreción de Ladislao, estas visitas de don Fabio habían de reavivar el hondo desagrado que, en cierta manera, le apartaba de toda afectuosa comunicación con la hermana, y traducirse en gesto o alusión suficientes para aumentar el de ella, más hondo todavía ; de modo que poca gracia le hacía a Victoria la visita del tío, que así la despertaba de su hermoso sueño.

Tres veces más tornó en febrero, siempre con noticias iguales, y dos en mayo, la primera con la de una recaída de Josecito, y la segunda con la de la nueva mejoría y la instalación de la familia en su palacio de la calle de la Victoria.

Cuando Ladislao supo esto último, no lo comentó con indirectas, sino con frase cruel y explícita.

—Si no fueras tú... quien eres, instalada también estarías allí. ¡ Has preferido la Barraca, tu perro y tu Mónica ! No digo tu hermano, porque para el caso que has hecho de sus consejos...

Y le dió la espalda, rehuyendo polémicas in-

necesarias. La joven le miraba alejarse, y lastimada de su injusticia lloraba silenciosamente. ¡ Su perro y su Mónica ! ¡ No tenía, pues, otra cosa en el mundo !

A veces, en el deseo de distraerla, que sus pesares y su encierro determinaban penosamente en doña Mónica, montadas las gafas y junto a la ventana de la sala, con trabajoso descifrar de nombres y risibles trabucamientos, la leía periódicos, por lo general *El Cotidiano* de la tarde, cuya crónica de sociedad apuraba hasta la última letra. Aquel maremagnum elegante en que soñó un día andar mezclada gracias al escudo de Esquendo, y (dígase la verdad entera, que la frivolidad no es pecado, sino defecto, generador probable de pecados, eso sí, y como tal digna de vituperio) fué la causa principal de su cobarde capitulación, tanta fiesta, bailes, teatros y comidas, pintura de trajes, chismes de mejor o de peor gusto entretenían a Victoria, no al igual de su Shakespeare, pero como agrada al paladar un sutil merengue o el inofensivo chupar de un caramelo.

Y leyendo doña Mónica una tarde, de la gacetilla pasó a los sucesos y a otras secciones que, comúnmente, no llamaban su atención, encontrando tres noticias que, como las de don Fabio, le hicieron a Victoria cavilar y entristecerse cada una por idéntico motivo, aunque fueran

stintas las tres y nada tuvieran que ver la una ›n la otra : anunciaba la primera que don Cedonio Armero había sido nombrado cura páoco de Las Piedras, en reemplazo de aquel ıdre Clavel, ya finado ; la segunda, que la se›rita doña Clotilde Paces había sido nombra- directora de la escuela municipal número ntos de la capital, y la tercera que Alejo Par-les se casaba, ¿con quién? ¿con Clotilde, el noroso afán de su juventud, el dulce tormento sus ocios trigaleños? No, con otra, una funa (la señora no entendía el apellido, extranro, de fijo) que debía de ser más agraciada de ›tes de fortuna que de dotes poéticas.

¡Don Celedonio, Clotilde, Alejo Pardales! lejo Pardales, el mozalbete mezclado fatalente a su destino, cuya influencia, desconoci- de él mismo, puso remate singular al drama *La Justa!* Victoria doblaba el periódico... Y ía la torre de Clotilde, donde se refugiaba en s momentos de extenuación moral, y hurgan- en la cajita de sándalo se contagiaba con el ótico lirismo de la maestra, ella, la pobre mu-ca de carne, que no sabía amar ni llegaría ınca a aprenderlo, y vestía a su ideal caballe-, tal como ella le deseara, con casco de plu-as y armadura de plata, Lohengrin que así hubiera pasado años y años apuntando al con su catalejo no le vería aparecer montado

en el cisne blanco. ¡Qué risa! ¡Cuánta pamplina! Alejo casado con otra, sugestionado también por la madre o por el padre, sacrificando el amor en aras del interés con frescura y falta de aprensión admirables; Clotilde en su escuela, resignada, sin duda, consolada, tal vez, con la nueva prebenda y acaso curada de sus delirios, sus vehemente ansias y sus esperanzas locas que conmovieron a las mismas estrellas... ¿Tendría razón Ladislao? ¿Ser *práctica* sería lo mismo que ser *feliz*? Y si era sublime bobería soñar con Lohengrines que a lo mejor resultan Alejos vulgarísimos, ¿no había ella realmente desperdiciado la propia felicidad con rebeldías y repugnancias infantiles, haciendo hincapié en nonadas pasajeras, mirándole el pelo a su marido, que forrado en oro estaba?...

Como la pensión daba para todo, a principios de abril se cambió el modestísimo ajuar del comedor, se refrescaron la sala y el despacho de Ladislao, compráronse hermosas bruselas y terciopelos en substitución de las gastadas moquetas y se llevaron a cabo otras reformas de lujo y de comodidad interior, en la posición de la señora de Esquendo indispensables. También se tomó coche, una bonita berlina a tronco, para que Victoria paseara, esto de acuerdo con don Fabio, y según barruntos, con el beneplácito de misia Justa, que, aunque de lejos, vigilaba

la conducta de su nieta política y seguramente cerraría la bolsa si no se conducía con la corrección debida.

La que tan exagerada era de parte de Victoria, que el encierro y la falta de aire, con los demás motivos que concurrían a su infelicidad, apagaron de nuevo sus colores, y si no llegó a enfermar, privada de sus varoniles caminatas a la inglesa, fué porque don Fabio imaginó aquellos paseos en carruaje, con las cortinillas echadas para evitar curiosidades y chismes, por andurriales donde no se viera un alma. Todos los días, pues, salía con doña Mónica, que se dormía al poco rato.

Dieron comienzo las lluvias de invierno en junio y entonces limitó sus paseos a los días de sol, ya escasos. Pasaba la mayor parte del tiempo sentada detrás del visillo de su alcoba, envidiando a los que en la calle andaban libres y sin cuidados, ella, la prisionera de los Esquendo, que la habían dado su casa por cárcel. Y un día de estos, en que su espíritu estaba cubierto de sombras, como de nubes el cielo, la sorprendió el gran don Fabio con la nueva de que, al siguiente, podría visitar a Josecito, *si quería*... Hallábase Josecito tan bien, más tranquilo, que nadie dijera que estuvo malo de la cabeza jamás ; no desbarraba en nada, cuando despejado de sus melancolías consentía en hablar : el úni-

co síntoma que de su enfermedad persistía era la ausencia total de memoria para el reconocimiento fisonómico ; él, don Fabio, habíale visitado y le visitaron misia Justa y Melchora, sin que el joven se fijara en ellos más que en otros, desconocidos. Por esta razón tenían determinado que siguiera en el establecimiento hasta su curación completa, pues el roce con la familia, antes de asegurada, fácilmente comprometería lo ganado a fuerza de ciencia y de paciencia.

La idea de ver a su marido encendió y empalideció, simultáneamente, la cara de Victoria. Otra idea de sospecha o de temor la turbó también de tal manera, que, emocionada, permanecía en silencio, pasando de una a la otra mano el pañolito hecho una pelota.

—Si no quieres...—insinuó el tío.

—¡ Oh, sí, no faltaba más ! Es mi deber... y yo cumplo, siempre he cumplido con mi deber, tío Fabio.

Levantó altiva la cabecita rubia, satisfecha de poder afirmar de nuevo su desprecio a las miserables calumnias de la cuñada, y don Fabio, desviando el golpe, repetía :

—Pues, mañana, hija ; mañana a las diez.

No añadió más, ni se atrevió Victoria a pedir pormenores que, acaso, la obligaran a desistir de visita semejante ; y cuando subió La-

dislao del escritorio, le dió cuenta de la embajada de Esquendo, rozando con cuidado el tema que dolorosamente los dividía.

—Yo le he contestado que sí... contando con que tú me acompañarás. Es mi deber...

Ladislao asintió secamente. «Bien. La acompañaría». Y como Victoria advirtiera el temblequeo ciliar del rencoroso, apresuróse a retirarse prudentemente, más afectada que nunca por un estado de cosas de que no tenía entera la culpa, pero que era la sola condenada a sufrirlo, sin esperanzas ya, en sentido alguno, de remisión.

No durmió, sobresaltada, pensando en Josecito, en la *Nerona* y en Melchora. Soñó disparates; en los escasos ratos que el sueño la dominaba, y una de las veces que despertó encendió luz, porque creía sentir sobre la almohada la cabeza de Josecito; Josecito, su dueño y señor, que en recobrando la perdida chabeta, se apoderaría de ella nuevamente para conducirla a *La Justa* o a otra parte donde ella tendría ocasión de acreditar la sinceridad de sus propósitos de enmienda y el fruto de sus reflexiones y de los consejos fraternales durante el tiempo de severo aislamiento que llevaba. Con vergüenza de sí misma, hallóse la infeliz tan débil como el primer día, y hablando con su conciencia decía a la almohadita:

—Mis intenciones son buenas, ¡ya lo creo!; si se cura, me alegraré, sí, me alegraré... Pero, no quiero volver con él, y menos, ¡ah, eso no!, con ellas, las indecentes... Prefiero el encierro en que me tienen las señoras conveniencias sociales; más todavía, que conviertan en calabozo mi cuarto y me pongan grillos y centinela de vista... Y prefiero seguir viendo la mala cara de Ladislao y comprobar cada día la inquina que me guarda, y prefiero mi Mónica y mi perro a la compañía de *ellas*, y mi modestia a su lujo, y la situación en que he quedado a la que *ellas* me ofrecieran, y la paz relativa de hoy a la guerra declarada de ayer, y lo poco que tengo, aunque el porvenir no me reserve placeres ni amores, a todo lo perdido, que yo creo que no lo he perdido, sino que he ganado con perderlo... ¿Entonces no he aprendido a ser *práctica*, como quiere Ladislao, y a pesar de tan buen profesor y de tantos desengaños? ¿Será que en mí la sangre de mi madre se sobrepone a la paterna, y Ladislao sale a mi padre, inglés de los pies a la cabeza? ¿O será que para ser práctica el corazón estorba?...

Se levantó con el alba, y anduvo mangoneando en la alcoba por entretenerse; tan nerviosa estaba que todo se le caía de las manos, y suspiraba, ya con ganas de llorar o de reñir con alguien. Vistió una falda negra, de seda, un abri-

go con azabaches y un sombrerito, lo más modestamente que pudo, para que *las otras*, si estaban, no la llevaran en lenguas. Francamente, ¿por qué habían de estar *las otras?* La hora de visita no debía de ser exclusiva, ni debía de haber día fijo: *ellas* irían otro día, a otra hora, cuando se les antojara.

Algo se calmó, y salió con Ladislao en la berlina antes de las diez, con las cortinillas corridas, como si fueran a un entierro. Pero apenas se lanzó el coche por aquellos barrizales desapareció la mentida calma, sintiendo tan gran desazón, que se ahogaba; no quería que el tieso hermanito lo notara, y ávida de aire levantaba disimuladamente la cortinilla, viendo desfilar las quintas elegantes, las casucas mezquinas, el barrio entero danzando con rapidez que a su debilidad figuraba vertiginosa. Las callejas sucedían a las callejas. ¿Era muy lejos? ¿Faltaba mucho? O al volver de aquella esquina...

El coche paró como si se hubiera atascado. Delante se veía una verja, y tras de la verja bonito jardín, un corredor de columnas, un edificio macizo, blanco, de techo pizarroso; sobre la verja un tablero negro con letras doradas y en la vereda del jardín, amarilla curva que subía hasta la casa, un hombre paseando al sol gravemente. Bajaron. No había cordón de campanilla, ni botón de llamada a la vista, y para

entrar hubo de descorrer Ladislao el cerrojo que de dentro cerraba el portón en apariencia; preguntaron al que paseaba si era celador o conserje del sanatorio, rogándole les encaminara hacia el sitio donde el que buscaban debía de hallarse, y el grave caballero, por respuesta, les sacó una lengua de a cuarta, rosada y larga como la de un becerro, comprendiendo ambos que se las habían con un loco de los mansos que, por parecer cuerdos, andan sueltos.

Arrimóse Victoria a Ladislao y no quiso ya soltar su brazo. Más arriba, en torno de una fuente, dos viejos jugaban, el uno al aro y el otro a la peonza, y era su locura, sin duda, la de creerse niños, chifladura inocente tan común en el mundo, y por eso les dejaban libres.

Austero silencio reinaba en la casa. Para ser asilo de la demencia, digno de notarse, porque, regularmente, en las de personas de juicio el ruido y el desorden imperan sin trabas. Concluía la amarilla senda al pie del corredor, pero por allí no aparecía puerta abierta, ni sujeto de quien fiarse; y como se detuvieran indecisos y contrariados, oyeron voces a su espalda y de un pabellón próximo a la fuente vieron que salía un hombre de enmarañados pelos y sospechosas trazas, quien descendió por una veredilla de la izquierda y fué a reunirse con los que daban las voces... Desde el altozano en que se

asentaba el edificio y donde Ladislao y Victoria quedaron despistados, se dominaba el jardín que en pendiente se extendía hasta la verja, y no fué maravilla que, sólo con volverse, distinguieran a misia Justa, a Melchora, a Pastorita y a don Fabio que por la cuesta subían acompañados del hombre de los pelos, que parecía loco y era cuerdo, como que era el señor director.

Estremecióse Victoria y se puso más pálida que una muerta, y la lividez habitual de Ladislao se volvió púrpura. Los otros subían y venían hacia ellos derechamente, precedidos de la descarada y saltarina Pastora; un minuto más y el choque se produciría. Inmóviles, Victoria y Ladislao esperaban. Llegaron... Victoria se inclinó sin mirar, Ladislao esbozó un saludo dignamente. Misia Justa y Melchora pasaron, tan encorvada y envejecida misia Justa, que no parecía la misma, aquella *Nerona* altiva que sabía resistir a todos los golpes, como si el último hubiera dado casualmente en el escondido corazón, partiendo la piedra de que se hallaba formado... La cuñada pasó frunciendo el morro.

—Hija mía—dijo bajito don Fabio a Victoria,—no lo he podido evitar. Tenía yo la idea de venir hoy y ¡claro! a mamá se le ocurrió lo mismo. Parece que nuestros cerebros estuvieran

unidos por un hilito eléctrico, pues si en el sentir discrepamos casi siempre, en el pensar coincidimos asombrosamente. Bueno, y como ha querido venir, ¿quién se oponía? Ten calma y hazte la desentendida... ¡ Diplomacia, hija, diplomacia !

El peludo director hacía reverencias y Ladislao se apartó con él unos pasos y con ambos se reunió en seguida don Fabio. Victoria miraba de soslayo a misia Justa, y misia Justa y Melchora de soslayo miraban a Victoria. Y mientras ellas se inspeccionaban rencorosamente, los tres hombres hablaban con misterio. Victoria creyó oir por dos veces al hombre peludo : —¡ Incurable !... y la palabra se le clavó en el oído como una saeta. En aquel momento, ¡ oh humano corazón ! ¡ quién pudiera descender hasta tus profundidades, para aquilatar los sentimientos de la esposa cristiana ! Averígüelo Merlin y coméntelo mi señora doña Mónica !

A todo esto dijo don Fabio :

—¿Y nuestro enfermo? ¿Iremos a su departamento?

—Mírelo usted—contestó el médico.

Seguido de un criado, apareció, en efecto, Josecito por un extremo del jardín, con un latiguillo en la mano y un cordelito muy fino que hacía de rienda, y él figuraba que venía guiando su *break* predilecto, y todo era tirar del hilo,

dar latigazos y arrear *¡hip! ¡hip!* con la boca, tan contento de la engañifa, que era una compasión verle, sobre todo cuando ponía al criado el cordelito de freno y le obligaba a correr *¡hip! ¡hip!* como un chiquillo.

Hízole señas el médico y él vino sumiso, callandito, cual si temiera castigo.

El doctor le designó a las damas y caballeros que a visitarle habían venido.

Josecito miró detenidamente a cada uno y se rió, como imbécil. Luego se palmeó las rótulas, gruñendo:

—*¡Jú! ¡jú!*

Y se lanzó hacia el criado, el latiguillo en alto *¡hip! ¡hip!* desapareciendo por el corredor.

Desfallecida, Victoria reclamó el brazo de Ladislao; y mientras misia Justa y Melchora subían tristemente la escalinata tras del pobre loco, don Fabio acudía a unos y otros, y por acudir a unos abandonaba a los otros, en su papel generoso de contemporizador, siempre fracasado, entre las pequeñas miserias que habían unido y desunido a Victoria y Josecito...

FIN